



"LA ESTACION", CUADRO DEL PINTOR BELGA E. MUXIER

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA

∴ ARTE, CRITICA Y LITERATURA ∴

Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD

Nº 107

20 cts.

EDITORIAL CLARIDAD

DIRECTOR:
ANTONIO ZAMORA

PUBLICACIONES:

LOS PENSADORES

BIBLIOTECA CIENTIFICA

LOS NUEVOS

CLASICOS DEL AMOR

BIBLIOTECA COSMOS

LOS POETAS

EDICIONES POPULARES

LIBROS Y REVISTAS

Dirija toda la correspondencia a

**EDITORIAL
CLARIDAD**
CASILLA DE CORREO

736

BUENOS AIRES

SUMARIO

E. MUNDER	<i>La estación (Portada)</i>
REDACCION	<i>Al margen de la vida que pasa (Comentarios).</i>
RUBIO	<i>Literatos venenosos: II. Wast.</i>
LUIS R. VISCONTI	<i>Temas de juventud.</i>
S. A. G.	<i>Epitafios.</i>
JUAN ANTONIO SOLARI	<i>Figuras.</i>
ROBERTO MARIANI	<i>"Los Rateros" (nove'a).</i>
PEDRO MATA	<i>El arte de vagar.</i>
PEDRO MILLE	<i>La personalidad de Rudyard Kipling.</i>
MONTIEL BALLESTEROS	<i>Compañero.</i>
ENRIQUE M. AMORIN	<i>Canto a los González.</i>
PEDRO MATA	<i>Uno de Tantos.</i>
SILVERIO LANZA	<i>Un rey destronado.</i>
LEONIDAS BARLETTA	<i>Breve noticia del ladrón.</i>
JUAN JOSE	<i>"Bestias, Hombres, Dioses".</i>
M. GIMENO	<i>El fomento de la raza coballar.</i>
A. LABARCA	<i>Teodorinda.</i>
"	<i>Eccundidad.</i>
"	<i>En el taller.</i>
CARLOS PEZOA VELIZ	<i>La maestra rural.</i>
GABRIELA MISTRAL	<i>Poetas rusos contemporáneos.</i>
ISRAEL ZEITLIN	<i>La cocinera.</i>
JUANA DE IBARBOUEOU	<i>¡No!</i>
JOAQUIN DICENTA	<i>Máximas y chistes.</i>
FEDERICO NIETZSCHE	<i>Los dos mendigos.</i>
ALVARO YUNQUE	<i>Cartas abiertas.</i>
REDACCION	<i>Un universitario.</i>
P. GONZALEZ ALBERDI	<i>Platón.</i>
LOS GRANDES PENSADORES	<i>Sus aventuras en Africa.</i>
CONAN DOYLE	<i>La nota roja.</i>
REDACCION	<i>El Dolor.</i>
CONCEPCION ARENAL	<i>En la orilla del bosque.</i>
E. T. BARADLAY	<i>Poemas trunco.</i>
JUAN PEDRO CALOU	<i>La tircvía en el Perú.</i>
MANUEL A. SROANE	<i>La bruja Baba-Yaga.</i>
AFANASIEV	<i>Capucita.</i>
FRANCISCO VILLAESPESA	<i>El estudio.</i>
A. CULLAS	<i>Como curarse sin drogas.</i>
LA NUEVA CIENCIA	<i>Una promesa imprudente.</i>
MAX Y ALEX FISCHER	<i>El Coraje.</i>
JUAN JAURES	<i>Sueño.</i>
CARE KJERMEIER	<i>Sueño.</i>
REDACCION	<i>Glosario político.</i>

PENSAMIENTOS, BIBLIOGRAFIA, ETC.



DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 736

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6107, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:-: ARTE, CRITICA Y LITERATURA :-:
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
d la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- MÍN
SEMESTRE " 2.50 "
En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO IV

Buenos Aires, 10 de marzo de 1925.

Núm. 107.

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

La peor morfina

Se combate a la morfina, al opio y sus derivados. Se los combate en razón de los estragos que hacen estos venenos en el cuerpo y en el espíritu del hombre. El gobierno persigue y encarcela a los que venden, vota leyes y trata de poner una muralla china al vicio. Todo eso está bien. Pero hay un veneno más terrible que la morfina que se expende libremente en todos los quioscos y librerías y contra el cual no se toman medidas de ninguna naturaleza. Es un veneno que corroe el alma del pueblo, que degenera al hombre, lo embrutece y lo aniquila. Es la literatura populachera. Esa literatura que hacen los idiotas mentales para sus colegas analfabetos. Esa literatura de "Mundial" y "Para tí" y Martínez Zuviría y Marcelo Peyret. La literatura pornográfica de ciertas publicaciones bajunas que cultivan el onanismo de la inteligencia. La degradante desfachatez de las carátulas desnudas para sarcar la lujuria de los seminaristas. La literatura hedionda de ciertos diarios plebeyos y chantagistas que explotan descaradamente la nota sangrienta y las evasiones y las intimidaciones de los protagonistas. La crónica policial de ciertos diarios de la tarde es una sentina de inmundicias personales. Los cronistas se comportan como miserables alcahuetes. El arte de escribir queda convertido en oficio de truhanería. La prensa está infestada de piratas. De lo blandengue se pasa a lo espeluznante. Hay literatura de este género para niños, para viejos verdes y para señoritas. Cada edad y cada sexo tiene su publicación especial. El veneno alcanza a todos.

Y esa es una morfina más terrible y corrosiva que la misma morfina. Y nadie combate a esas asociaciones de bandidos que la expenden. Nadie habla de ponerlos en la cárcel. Ni de pegarles cuatro tiros.

Comisarios delincuentes

Ayer nomás le decíamos al jefe de policía que debía exhortar a sus subalternos antes que al público, y los hechos posteriores nos confirman en nuestra opinión.

¿Qué ha hecho el jefe de policía por la cultura de sus subordinados? ¿Les encarece siquiera que traten de reconquistar el crédito perdido haciéndose un deber en respetar al público?

Hace unos días fué un tal Benítez, subcomisario nada menos, que vejó y ultrajó a una mujer, en la vía pública, porque no le correspondía en sus pretensiones.

¿Qué dice de esto el celoso jefe de la repartición policial?

Ahora parece que el juez Moreno ha abierto proceso contra un tal Ferro, comisario nada menos, que cometió mil y un abusos en su comisaría.

¿Y qué nos dice el celoso jefe de esto otro? El jefe no dice nada, no puede decir nada. El jefe de policía sabe muy bien que ese comisario Ferro ya debería estar en la calle hace mucho tiempo; pero el hombre tiene sus *cuñas políticas* y el celoso jefe de policía no tiene más remedio que entretenerse en hacer cartelitos frívolos.

¿Porqué no reproduce este?:

La cultura del pueblo se destaca aún más con el proceder de los comisarios de la mejor policía del mundo.

A la Escuela

Empiezan las clases. Los chicos, mañana, mediodía y tarde ponen una nota bullanguera en la calle dominada por el áspero ruido comercial.

Una pizarra, un cuaderno, una caja de útiles, tienen mejor vista que un cajoncito de lustrar botines, en las manos de una pobre criatura.

Y este espectáculo de los niños que van a la escuela sería harto significativo para los que esperamos una vida mejor, si no supiéramos que en la virtud también tiene cabida el vicio y que los hechos no solo son buenos por sus intenciones.

Auní vamos a afirmar una cosa estupenda. El 90 ojo de los maestros son semianalfabetos. Ellos y nada más que ellos son los culpables de la inteligencia raquílica de nuestro pueblo.

Sírvannos de testimonio sino, los textos ordinarios de lectura, de historia, de geografía, de cuanto materia embuten en la cabeza de los chicos, plagados de errores, de horrores y de mentiras sin cuento.

Después de todo, el maestro de hoy día cree que ha cumplido su deber si consigue inculcar en el alumno que nuestro país es el mejor del mundo y que en todos los órdenes de la actividad humana vamos en punta.

Con esto y con un "Viva mi patria" el maestro ha cumplido su abnegada, su heroica, su noble, su sagrada misión.

El que roba

Lector: hay el que roba y hay el ladrón. No se debe confundirlos. No se puede poner al que roba entre los honrados ladrones. El que roba es astuto, es pícaro y es cobardo. No tiene la decisión y la valentía del ladrón.

El que roba, casi siempre establece un negocio. Compra a tres y vende a veinte. No aspira a vivir cómodamente; su aspiración es enriquecerse. Que importa que venda pan o medicinas, hay que cobrar estas cosas a buen precio; sean para alimentarse, sean para curarse, lo esencial es enriquecerse.

A este ladrón, lector, la ley lo protege. Le da una patente por cien o doscientos pesos y le señala con el título de comerciante.

Si el que roba tiene alguna instrucción llega al gobierno. Allí se apropia de los bienes comunes y los usufructua en beneficio propio.

Y a este ladrón le erigen un monumento. Una calle, una plaza, una estación de ferrocarril llevan su nombre y perpetúan el recuerdo de sus hazañas.

Si el que roba fué obligado a seguir una carrera, se recibe de médico o de abogado o de cualquier otra cosa y en todas estas honorables profesiones su arte descuella.

Si es médico cobra su consulta como tal y apenas si sabe aplicar el tratamiento de tres o cuatro enfermedades comunes, usando diez drogas de nombres fáciles de retener en la mollera.

No es difícil que se le dé por hacer versitos; se complace haciéndose llamar "doctor"; frecuenta la sociedad; es galanteador, aventurero; va al cabaret a los casinos, al hipódromo y a ratos perdidos atiende a sus enfermos con un aire paternal que le han prestado en la facultad. Después de diez años de esta vida no sabe clasificar los huesos de una calavera.

Si el paciente tiene dinero, el que roba dilatará la cura para que sean mayores los honorarios. Si el enfermo es pobre irá un segundo nada más que un segundo en el momento que más le convenza y cobrará media tarifa porque es considerado con los pobres.

Y ante este ladrón las gentes van a humillar la cabeza.

Si es abogado, defenderá sin razón una causa injusta. Exorimirá su cerebro para hacer aparecer blanco lo que es negro; estará, no de parte de la justicia, sino de parte del dinero.

Este ladrón podrá usar chapa en la puerta de su casa.

Si es sacerdote prometerá la absolución divina de las malas acciones, el paraíso, la eterna bienaventuranza, todo por unos miserables pesos.

(Este tipo de ladrón es gordo, más gordo que los otros: este es rechoncho).

En resumen, lector: todos estos que han hallado una fórmula para robar impunemente, a la sombra de la ley, han elegido al ladrón, que usa una procedimiento más simple, más humano y más franco, para entregarle a la Diosa Témis que, por llevar los ojos vendados no vé estas calamidades.

Ya que lo monstruoso de lo que acabamos de señalar, a la carrera, es que todo el furor de la diosa se descarga en el pobre. Todos sabemos que un ladrón adinerado deja de ser ladrón ante la sociedad para convertirse en acaparador de cereales o en especulador de cuantas materias de vora el pueblo.

Profesionales del Carnaval

Este siglo utilitarista que vivimos ha echado a perder hasta a los buenos muchachos que suelen organizar murgas y comparsas en carnaval.

Todos los que se disfrazan quieren ganar algo. Ya no se trata, como antaño, de sorprender, de asombrar, de cosechar aplausos...

Los muchachos de ahora quieren dinero en efectivo, sino no cantan.

—¡Diga, si me dá dié guita hago cantar la murga — dice el director.

El público que paga es exigente y el público que tiene que aguantar resignadamente el chubasco, oye unas cosas impertinentes que no vienen al caso.

Las comparsas también quieren monedas con tantes y sonantes para dar el triple salto de la muerte, que es al fin de cuentas una exhibición de zapatillas sucias.

El carnaval en nuestro país es una cosa ridícula y obscena. La policía que cree que uno sale de paseo para hacer de alhauete, pide al público que denuncie a los atrevidos y supone que ya está el mal remediado. Cuando lo lógico en un país de materialistas como el nuestro, es suprimir esa fiesta sensual y embrutecedora, que en nada beneficia la salud moral y física del pueblo.

El poeta termómetro

El poeta-termómetro escribe de acuerdo al almanaque. Es una especie de máquina registradora nacional del tiempo. ¿Hace frío? ¡Canción de invierno! ¿Hace calor? ¡Canción de verano! ¿No hace ni frío ni calor? ¡Canción de primavera o de otoño! ¿Llueve? ¡Una elegía patética a la lluvia! ¿Hay barro? ¡Una imprecación al barro! El poeta-termómetro respeta todas las fiestas de la santa madre iglesia y de su santísima abuela: la patria. ¿Es el día de San Martín? Nuestro poeta le canta a San Martín. ¿Es el día de Belgrano?

¡Salud Belerano
guerrero soberano!

Viene Navidad: salud navidad; viene Año Nuevo: salud primero de año. Llegan los Reyes Magos, ídem. El poeta-termómetro saluda a todo y a todos... en verso. No hay paseo urbano o suburbano al cual él no le haya cantado, desde las termas municipales al Parque Japonés. Tiene una garganta ravada por una línea mercurial. Su voz huele a mercurio y a tinta de imprenta. Es el eco de todos los fenómenos atmosféricos. Aquel año inolvidable que cayó nieve en Buenos Aires, nuestro poeta le cantó a la nieve. A él no se le escapa ninguna fecha que sea cantable... Es algo así como la prima-dona del tiempo: la dona inmóvil...

Ahora con motivo de las carnestolendas sus

versos aparecen llenos de papelitos y serpentinas. Aparece Pierrot y Colombina, la *Cuna de plata*, Arlequín, Momo, etc.

Lo más triste es que los días suceden a los días y los años a los años y la canción del poeta-termómetro se repite sin variantes. El poeta-termómetro es de una sonoridad invariable. Machaca siempre sobre la misma campana con el mismo martillo, un día y otro día, un año y otro año, así, así, hasta que la muerte se apiada de nosotros los oventes y le pone punto final a su eterna canción. En vísperas de morir, se canta a la muerte a quien llama él, *parca implacable*.

Para el poeta-termómetro todo es cantable. La vida es una cantata. El amor un gorjeo *rímico*. La muerte unos gorgoritos. O un *do* de pecho descacharrante. Todo para él está sujeto al ritmo y a la rima de la voz. Canta, canta siempre como la chicharra. Y como la chicharra ni emudece un momento ni se queda ronco jamás. No hay esperanza de que nuestro poeta se llegue a quedar afónico algún día.

A los Santos no les gusta el trabajo

Vosotros no leéis los libros sagrados. Si no, sabrías que el mes pasado o el otro fué el santo de San Simeón Estilita, cuya historia está llena de hechos extraordinarios. La iglesia ha santificado a muchos atorrantes, lo cual demuestra que Dios no condena la vagancia. Apuntemos que Jesucristo fué el primer atorrante de la historia. ¿Qué oficio desempeñaba Jesús? Ninguno. ¿Qué hacía? Nada. ¿Cómo se ganaba el sustento? Pedía limosna. Y se atenía aquello de que los pájaros y los animales no laboraban la tierra y sin embargo Dios no los dejaba morir de hambre.

Dicen los libros sagrados que San Simeón Estilita "después de haber vivido 3 años en una montaña sin techo y sin abrigo, expuesto a las inclemencias del tiempo y alimentándose de yerbas" (por lo que se ve llevaba una vida naturalista, sistema Kuhne o Kneip) resolvió irse a vivir sobre una columna". No resolvió ponerse a trabajar, claro está. El dulce far niente y la contemplación es la Santa base de la santidad. El trabajo repugna a todo el mundo y con más razón a los santos. La extraña resolución de San Simeón Estilita hoy no podría sin duda llevarse a cabo. Si a un hombre se le ocurriese subirse a una columna para terminar allí sus días, este mundo prosaico o el escuadrón de seguridad lo bajaría a balazos. Y hete aquí un santo menos. En dicha columna, sin embargo, San Simeón Estilita vivió "durante cuarenta y siete años". Parece ser que "no bajó jamás de ella", hasta que "Dios lo llamó para sí por los años de Jesucristo 460, a los 69 de su edad". La columna en cuestión tenía diez metros de altura. Ahora uno se pregunta, primero: ¿qué hacía allá arriba San Simeón? Los libros sagrados responden:

"La ocupación de San Simeón en la columna era la oración. (¿La oración es una ocupación; qué opinan los bolcheviques?) En las grandes solemnidades pasaba las noches en pie con las manos extendidas. (Haría esto tal vez para demostrar que hacía algo). Su oración duraba todos

los días, desde que anochece hasta las tres de la tarde del día siguiente; desde esta hora hasta la noche instruía a los asistentes, sanaba a los enfermos, etc."

¿Cómo sanaba a los enfermos?

"Con la mano".

¿Y si "desde que anochece hasta las 3 de la tarde del día siguiente y desde esta hora hasta la noche hacía lo que hacía, cuándo dormía? ¿O no dormía? ¿O hacía las cosas durmiendo?

¿Y si se hallaba a diez metros de altura y no bajaba nunca, cómo se alimentaba?

"La gente piadosa le llevaba de comer". El santo tenía una piola y un tarrito que lo bajaba y lo subía cuando sentía hambre. Bien. Ingería así, pero ¿cómo desingería? Vale decir: ¿de qué medios se valía para expeler, previa digestión, todo cuanto ingería? ¿Y cómo... (¡!!! !!? eh? ¿O es que los santos no hacían eso?)

En los libros sagrados se recomienda como ejemplo la vida de este santo que no ha hecho otra cosa que estarse parado sobre una columna, rezando y sanando "con la mano" a los enfermos. ¿Qué sería de la humanidad si a todos nos picase la chifladura de subirnos arriba de una columna? Imaginaos a San Simeón en Rusia cuando estalló la revolución y pegaron por las calles aquel cartelito de "quien no trabaja no come". ¿Qué hubiese ocurrido con San Simeón?

Hubiera terminado en una fábrica como un simple obrero. Muchos santos, para mayor gloria de la humanidad, habrían terminado en la misma forma.

Piernas, piernas...

Cada pueblo tiene su manera de realizar el negocio amoroso. En Bolivia las mujeres mandan una tarjetita, más o menos así:

ENRIQUETA LUCERO
Recordación

En los países de Centro América las mujeres ponen avisitos en la prensa:

Novio, necesito. Buen mozo. Llevaré violetas en la cintura. De 6 a 7 en el Parque

Aquí, en nuestro país, quizás por influencia europea, las mujeres pescan novios enseñando las piernas. Y como los novios andas escasísimos, en esto de mostrar las piernas se matan el punto unas a las otras.

Francamente, esto no va en son de crítica. Nos parece bien que las chicas enseñen todo lo que tienen. Nosotros no somos puritanos. Sabemos mirar y sabemos apreciar.

Vamos a demostrarlo: tomemos el número 796 de la revista *El Hogar* que es una especie de catálogo de agencia matrimonial del gran mundo, por el sistema de enseñar las piernas.

La señorita de Castellanos tiene unas piernas muy lindas. Acaso el tobillo, un poco grueso no le permita aventajar las piernas de la señorita Villarobos; pero la verdad es que las pantorrillas de la señorita Altamirano son muy superiores.

En este mismo número, en unas fotografías de

la rambra de Pocitos, el lector, mejor dicho, el curioso podrá deleitarse contemplando una docena de piernas gruesas, incitantes, deliciosamente bellas, de niñas que la revista no nombra.

Pero, dígame lo que se quiera, las chicas del Ocean Club de Mar del Plata, les dan ciento y raya a las de Pocitos.

Veamos el número 797. ¿Tenemos o no razón? ¿Van a negarnos ustedes que las piernas de las cuatro señoritas de Campos Carlés, no son más hermosas que las de las chicas de Pocitos?

De las cuatro hermanas, la que está a la derecha se lleva la palma. ¡Qué morbideces, santo cielo!

Tampoco son de desdenar las piernas de la señorita Raquel Arias. Piernas ágiles, nerviosas.

En el mismo caso se encuentra la señora de Peralta Ramos, en una fotografía del número 798. En cuanto a las niñas que participaron en el baile del club Mar del Plata, en honor del general Mates Pershing Banks, francamente indecisos, las declaramos a todas fuera de concursos.

Aquí sí que hay para los ojos. No sabemos los nombres de estas niñas para clasificarlas por separado. Pero — Dios nuestro — ¡qué pantorrillas, qué rodillas, que medias color champagne!

En el número 802, la señorita Zuberhübler tiene unas piernas muy lindas, acaso mejor formadas que las de la señorita de Campos Carlés; pero las piernas de la señora Constanza son más hermosas, aunque no tan morbidas como las de la poetisa Beatriz Equía Muñoz.

Das incenvidades nos permitirá el lector: ¿Porqué también las señoras muestran las piernas? ¿Porqué las poetisas tienen las piernas gruesas?

Los últimos números de *El Hogar* acusan un ligero repunte. Deben andar muy escasos los novios porque las chicas ya empiezan a mostrar el muslo. Nosotros que no somos candidatos, podemos solazarnos igualmente por solo veinte centavos. A hurtadillas compramos un número de *El Hogar* y vemos las figuras cuando nadie nos mira.

Porque a nadie se le escapa, y es el éxito de la empresa editora, que actualmente *El Hogar* trae más material que el antiguo *Mimí*, por algo tiene el mismo director *El Hogar* que tenía antes *Mimí*.

Spring's del calendario

Amado lector: ya hemos clasificado tres especies de literatos, de la familia de los que intoxican al pueblo con sus elucubraciones.

Es una ingrata tarea esta de examinar y describir los bichos de nuestra fauna literaria, algunos de los cuales no se pueden tomar ni con pinzas.

Para amarse es preciso conocerse, dijo Hipólito Irigoyen. (Ya ven ustedes que tenemos una vasta erudición). Con este fin proseguimos nuestra tarea de dar a conocer los innumerables bichos que infectan nuestra incipiente literatura.

Hoy trataremos del poeta de calendario que es una especie asaz numerosa.

El poeta de calendario, amable lector, no tiene nunca nada que decir. Hace versos con la espon-

taneidad de los pájaros que cantan. Así, al menos, explican ellos este curioso fenómeno.

Ahora bien; no está mal que el pájaro, que se aumenta de semillas y orugas, se proponga alegrarnos las horas muertas con sus trinos; pero que un tremendo zanganote de melena grasosa, que necesita tres o cuatro pesos diarios de manutención, se ponga a cantar como un pajarillo nos parece el cómo de la desfachatez.

Al poeta de calendario nada le preocupa; ningún problema espiritual le atañe; nada de lo que en el mundo acontece le concierne. Su única preocupación constante es hacer versos. Y como tiene el cerebro más vacío que una vejiga desinflada, recurre al calendario.

Veamos el sistema: Enero, Sol en Acuario. Lunes 19: San Canuto, rey, Luna en cuarto menguante. — ¡Oh, luna! ¡oh, San Canuto! Versos, versos.

¿Entiendes, amado lector?

Al día siguiente: balada al martes, soneto a San Fabián, papa. ¿El domingo?: cantata dominical.

Al mes siguiente, Febrero: Sol en Piscis. ¿Carnaval? Versos a la mascarada, a la incógnita del antifaz. ¿Semana santa? Un soneto a cada uno de los siete dolores de Santa María, santa. ¿Mayo? (sol en géminis) grand's tiradas patrióticas.

¡Oh, sol de mayo, etc...

¿Entiendes, amado lector? El poeta de calendario no deja de pasar una sola festividad, un solo detalle significativo del calendario, sin endilgarnos una oda o una elegía, una canción, letrilla, cantata, soneto, madrigal, romance o balada, porque domina, generalmente, todas las formas.

Como los *remononos*, los *jazz-bandistas* y los *diáfancos*, vive de su familia. Se le encuentra sin excepción en las revistas mediocres, de gran tiraje. Son muy apreciados por los directores.

Si quieres convencerte, amadísimo lector, de la existencia del tal bicho, compra una revista de la semana, ábrela sin asco, mira primero en las páginas gráficas las piernas torneadas de las mujeres de nuestro gran mundo, dá vuelta la hoja y en primer término te apostamos a que descubres una: "Canción de Otoño".

Si luego quieres explicarte nuestro acierto, mira el calendario, Marzo. Sol en Aries.

El fútbol en España

Alfonso, rey, ha dado un mensaje para los jugadores argentinos de fútbol.

Vamos a destacarnos en el viejo mundo por nuestras vacas, por nuestros puños y nuestras patas.

Ayer era Firpo, en Norte América, que, según se dice, negaba puñetazos con más fuerza que una coz de burro.

Hoy nos llenan de gloria unos muchachos que corren a patadas una pelota de cuero.

Después nos quejamos si Baroja dice que somos unos pobres gatos, como lo venimos demostrando.

La ciudad de los perros

Un vecino del Rosario se dirigió al municipio con una serie de cálculos perrunos. Resulta que en la manzana donde él vive, existen 25 perros. El hombre multiplicó las manzanas y los perros y llegó a la conclusión de que en la ciudad del Rosario existían alrededor de 350.000 perros. Casi, casi, a razón de un can por habitante. Si cada perro pagase su patente correspondiente, el municipio del Rosario sería el más gordo de la república. Aunque el vecino anónimo que levantó tan espléndida estadística lo hizo con fines patenteriles, a nosotros nos sugiere algunas reflexiones al margen de la oficina de marcas y patentes. En realidad, una ciudad que posee tantos perros tiene que tener algo de santa o de perrera. Se ve, a simple vista que en el Rosario los industriales no saben hacer chorizos como en Buenos Aires. Si estuviese por allí "La Negra" o "La Blanca" o Camuyrano, la cantidad de perros se reduciría en poco tiempo y hasta peligraría la especie. Desaparecerían asimismo una gran parte de burros y matungos. Por el momento, la civilización no ha encontrado otro medio más humano de eliminar a los perros que convertirlos en mortadela. Entre los innumerables servicios que el perro presta al hombre, puede sumarse este. Digamos que el Rosario gracias a ese vecino pasa desde hoy a ocupar el rango de una ciudad bíblica. Todos los santos amaron entrañablemente a los perros, todos los santos y todos los fabricantes de embutidos. Y lo singular del informe consiste en que no se propone la matanza de perros, sino: la patente. Que cada perro rosarino lleve al cuello su patente municipal. Y que el municipio cobre sus diez pesos por cabeza. Y que los 350.000 animales sigan viviendo. Los perros tienen derecho a vivir aunque sean perros. En el Rosario se respeta la vida de todo bicho viviente. Por eso es difícil ir a un hotel que no tenga chinches. Pulgas, eso sí, no hay, porque se las comen las chinches.

¡Qué ciudad generosa y apostólica esa que mantiene en su seno a 350.000 cachorros! ¡salve Bathalem!

Luis de Val, respira

Nos hemos quedado con la boca abierta de par en par. Parece que Luis de Val, el decano de los escritores de novelas por entregas que han infestado la península ibérica, está vivo y coleando y aun se permite publicar una novela titulada: *Claro de luna*.

En la tal novela figuran personajes argentinos que cantan al uso del campo y toman mate en París.

Luis de Val, que es el autor preferido de las mucamas y cocineras, que hace llorar a los vigilantes y a los porteros, quiere esta vez acreditarse y escribe extensas cartas de disculpa por sus novelas anteriores.

Mi nombre — dice — puesto muchos años al frente de obras del género popular, puede ser para muchos críticos, nuncio de romeritiqueses trasnochadas o truculencias de pésimo gusto.

Ya ven ustedes, el hombre reflexiona y no carece de sentido común. Ya no hay en sus novelas vírgenes que abandonan sus hijos en el quicio de las puertas. Ahora, en consonancia con la época, aparecen en *Claro de luna*, troteras y danzaderas; más el grado de imbecilidad es el mismo de hace veinte años.

Don Luis de Val, como Martínez Zuviría en nuestro país, es el acaparador de todo el ridículo de España.

No sería difícil que Alfonso XIII lo hiciera marqués de Val, literato de rey. La imbecilidad les crea especie de parentesco.

LITERATOS VENENOSOS



HUGO WAST

TEMAS DE JUVENTUD

Nótase en los hombres jóvenes de nuestro país una marcada indiferencia por los grandes problemas del momento, por esas cuestiones trascendentales de orden social, moral, político, filosófico, cuestiones algunas de ellas que, escapando del radio puramente nacional, tórnanse de un interés universal, como el tan mentado conflicto entre el capital y el trabajo, en el cual, si se conoce la solución, aún no se ha aplicado.

Una gran parte de nuestra juventud, ya por estar imbuída en viejos prejuicios, ya por temor a perjudicarse en sus intereses particulares, o bien simplemente por una intolerable apatía, muéstrase reacia a reconocer la justicia con que una porción enorme de la población reclama su sitio en el "banquete de la vida", en el cual — como dijera el doctor Juan B. Justo en su notable obra "Teoría y Práctica de la Historia" — "si para muchos hombres no hay asiento es porque otros ocupan en la mesa demasiado lugar." Pues bien, esa despreocupación — si es despreocupación y no falta de valor para adoptar una situación definida — resulta, en parte, achacable a la sordidez del ambiente, al criterio mercantil que impera actualmente en todos los órdenes de nuestra vida, a la pleitesía que lacayos y bufones rinden a Don Dinero, a la estulticia de los unos, a la mezquindad de los otros. Así, se va formando en nuestro país una casta de hombres dedicados solo a amontonar dinero, sin reparar en las víctimas de que siembran su camino tenebroso, y el mal, como tara hereditaria, cuasi incurable, pasa a sus hijos y a los hijos de sus hijos...

Con ese sucio criterio — criterio de comerciante — mucha gente se despreocupa de todo lo que no sea su propio bienestar. Egoístas, torpes, sensuales, dioses en los altares que le ha levantado una sociedad totalmente mercantilizada, solo viven para sí. Son los parásitos modernos; son los que viven, sin producir nada, a expensas de los demás; son los que explotan el trabajo — y la salud — de las mujeres y los niños; son, en gran parte, los directamente responsables del espantoso desarrollo de la tuberculosis y otras enfermedades; son los que niegan una pensión a un trabajador inválido y van luego a rezar a la suntuosa iglesia; son los que creen que para las masas obreras las mejores razones son el sable y la metralla; son los enemigos de la instrucción porque saben que esta conduce a la libertad, que si en Rusia no hubiera existido el pavoroso porcentaje de un 80 por ciento de analfabetos, el zarismo hubiera desaparecido hace cincuenta años, o más; son, en fin, los que, si algún día se ajustaran las cuentas y hubiera reivindicaciones y justicia, se verían en situación harto comprometida.

El doctor Justo en "Base Biológica de la Historia" — un admirable capítulo de su obra ya citada — dice acerca del parasitismo humano: "La especie humana es la única que practica y sufre el parasitismo en su propio seno; es preciso elevarse hasta ella para encontrar clases enteras de individuos que substraen a los otros los medios de subsistencia, sin servir para nada a ellos ni

a la especie. Su prototipo, el propietario ocioso que vive de rentas, hospeda muy comúnmente lacayos, como parásitos secundarios."

Es, pues, el nuestro, un ambiente que, en aras de la avaricia y el egoísmo, tiende a destruir los nobles sentimientos latentes en las almas jóvenes, los bellos ideales de amor a la colectividad, las aspiraciones en pro del común bienestar y los afanes para llevar a la práctica dichas aspiraciones. No es, no, el medio más apropiado para que en él florezca una juventud moral e intelectualmente superior, una juventud con sed de justicia y mejoramiento social, y con justas y sanas rebeldías. ¿Habrán que buscar esas preciosas cualidades en otra parte, en una juventud que hoy consume su salud y sus energías en una labor agotadora y mal remunerada?

Estos conceptos deben merecer toda nuestra atención, pues hay mucho que meditar al margen de ellos. Es imposible para un ciudadano que quiera ser realmente tal, pasar de lado ante estos grandes problemas de la hora actual, que no solamente afectan a nuestro país sino que cobran un extraordinario interés para el mundo entero. Nadie ignora que hay mucho que hacer, que corregir, que reformar. No es preciso un profundo examen en el panorama nacional para comprobar estas verdades. Esa tarea de hacer justicia, de renovar y de depurar está encomendada a las generaciones actuales. Ellas deben arreglar el engranaje descompuesto de la sociedad, ascender las bases de una nueva organización, establecer la armonía en el concierto humano, cumplir el virgiliano: "Parcere subjectis et debellare superbos" (perdonar a los que se someten y domar a los soberbios).

Si esta labor ha de realizarse, el momento propicio será siempre el minuto actual. Las dilaciones y las vacilaciones son propias de aquellos en quienes la voluntad falta y el valor flaquea. Los que batallan por una idea, los que realizan una acción fecunda, un esfuerzo enorgullecido, no pierden el tiempo.

Esto último es patrimonio exclusivo de los parásitos humanos...

LUIS R. VISCONTI.

Buenos Aires, Febrero de 1925.

EPITAFIOS

José Quesada.—

Yace aquí José Quesada
que fué cronista social...

—¿Escribía?...

—Sí, pavadas,
y además lo hacía mal.

Mario Bravo.—

Aquí yace este señor
desentonando el concierto,
es lástima que haya muerto...
era tan buen senador.

S. A. G.

FIGURAS

Por JUAN ANTONIO SOLARI

Diversas circunstancias dan actualidad a estas páginas de nuestro colaborador, algunas de las cuales fueran escritas y publicadas hará dos años.

Nos complace comprobar que los mismos sentimientos de cordialidad y de noble tolerancia han encontrado, en otras tribunas autorizadas sostenedores, y damos las que van a leerse como un anticipo de otras páginas que próximamente se publicarán en forma de libro.

EL TOLERANTE

No se diga que es pusilánime o escéptico nuestro amigo el tolerante, porque eso no es cierto. Le conocemos bien y afirmamos que un puro sentimiento de justicia inflama su vida y la orienta. De su valor moral y cívico pueden hablar los que escucharon su palabra libre y sin precio cuando todos callaban; los que le vieron, más de una vez, erguirse altivo y sereno — porque no son, las suyas, “necias rebeldías de lacayo” — ante lo que él consideró inaceptable o injusto. Sabe estar solo y no lo marca la vocinglería de la multitud, y por ello han podido creer algunos que es tímido o indiferente.

Tiene, además, una gran fe en el esfuerzo y en la voluntad del hombre, y su obra de todos los días está diciendo que trabaja con pasión fervorosa y cálida, aunque no con mezquinos apasionamientos. Ama y admira a los soldados de la vida, que la exaltan, la dignifican, la mejoran y embellecen, y quiere ser uno de ellos.

No, no es pusilánime o escéptico. Tiene mucho de común con nuestros amigos el optimista y los entusiastas, mas nada que lo acerque al infalible. Y por esto, porque no se considera infalible ni superhombre, con las buenas cualidades y con los defectos de los hombres, merece ser llamado — con honor para él — tolerante.

Reconoce la imperfección y la relatividad de toda obra humana y afirma que el más alto ideal de vida es el que persigue el incesante perfeccionamiento de esa obra. Lo absoluto es — diríamos — animal. Lo humano, lo divinamente humano está representado en la antorcha de llama inextinguible que Meandro pone en la mano de las generaciones en su marcha sin fin... O en “Lo imposible”, de Verhaeren: “Hombre: sube más alto, más alto... — todo el goce está en el vuelo...”

Sostener con más fuerte brazo y con más viva llama cada vez esa antorcha; volar a regiones cada vez más elevadas, he ahí el ideal de la vida, tal como lo comprende nuestro amigo el tolerante.

Tiene siempre, por eso mismo, una buena, una cordial palabra de simpatía y de estímulo para todo esfuerzo sano, noble, idealista. Aplaude y quiere a los mejores, sin preguntar mucho quiénes son. Se empeña más en señalar aciertos que en descubrir errores, y su juicio, por cuanto es sereno y sin intereses estrechos, resulta siempre el más acertado y sensato.

Es comprensivo y bondadoso, porque sabe y alcanza que muchas veces — a pesar de sus apariencias — la naturaleza humana alienta un íntimo anhelo de propia dignificación.

Juzga las cosas desde un punto de vista general y amplio, y sin debilidades o dobleces, a la voz de su conciencia de hombre bueno, que reconoce en todos los demás — mientras no deba pensar lo contrario — honesta intención y recta voluntad, se halla dispuesto a ayudar, a facilitar y aún a perdonar. No es el odio — piensa — el que hará grandes y buenas a las criaturas, sino la bondad, la mutua confianza.

—Estas que leo, son — decíamos días pasados — palabras ejemplares que quisiera no fuesen olvidadas:

Lo que da su fuerza de acción a nuestra obra “es un ideal que brota de la simpatía humana, del sentimiento generoso. No es posible atraer masas conscientes a la acción iluminando con su antorcha de fe la penumbra del presente, si la generosa simpatía que la enciende es apagada por el soplo helado de la suspicacia”. Y aún: “lo que importa verdadera y durablemente es cultivar el sentimiento de solidaridad responsable en una obra común que es superior a los individuos: una obra común en la que no se pueda cooperar con eficacia sin la fe de los espíritus cordiales”.

Nuestro amigo el tolerante, ha visto interpretada, alocutamente, en esas palabras, su manera de sentir y pensar. Escuchándole, emocionados, con “la fe de los espíritus cordiales”, proseguimos, con más entusiasmo y más fe que nunca, nuestra tarea. ¡Qué fácil, qué hermosa nos parecía!

MAXIMAS PARA REVOLUCIONARIOS

1o.) Tenga al compañero que trabaja a su lado por tan sincero y bien intencionado como usted, hasta tanto no le demuestre lo contrario. No desconfíe, no preiuzgue, no oscurezca su razón y sus sentimientos con visiones y sospechas que no deben haber jamás en la

mente ni en el corazón de un hombre de lucha. Tenga limpio el corazón y libre la inteligencia; cuando deba juzgar su fallo será más justo. No enturbie su alma en el pantano de la desconfianza; duerma tranquilo: los demás son tan sinceros como usted, aunque a usted le cueste creerlo.

2o.) Sea sencillo y modesto, pero no crea que ello le da títulos para nada, ni quiera imponer a los otros lo que usted llama sus virtudes. Cada uno es, en definitiva, virtuoso a su manera. No se presente jamás como un mártir de nada ni de nadie. Suponga que también se sacrifican sus compañeros y que se callan porque trabajan con entusiasmo, con amor y no creen necesario propalar a los cuatro vientos su martirio y su sacrificio.

3o.) Piense que no será posible hacer mejor el mundo hasta tanto no nos hagamos mejores nosotros, y empiece por dar ejemplo. Sea un hombre moralmente superior; reprima sus instintos; calle siquiera una vez, que es probable se lo agradezca a sí mismo. De algo d. ben servirle su cultura y sus libros, pues, de lo contrario, habría que pensar que si los anima. les leyera sería tarea difícil establecer diferencias con algunos hombres.

Escuche con ánimo favorable a los que saben más que usted y enseñe, sin petulancias de dómene, a los que saben menos. Aliente las buenas obras de los otros, aplauda, stimule, que, si no, se le romperán las uñas de tanto rasguñar en el mérito ajeno. No se piense el depositario de las buenas obras y de las buenas intenciones. No se infle de suficiencia, como los pavos.

Diga, sostenga, grite que todos son buenos y capaces de obra buena. No admita que el veneno de la envidia y, del odio se infiltre en usted ni en los demás, y aplaste a las víboras.

EL DISCUTIDOR

Este no es un hombre: es una viva, constante, interminable discusión. No podréis decir nada porque allí estará él, listo para iniciaros controversia. Porque sí, porque esa es su misión — estéril y perjudicial —, todas las cosas, y con más encarnizamiento las cosas que no entiende o ignora, él las discutirá cien horas con irreducible temeridad. Afirmará, negará, se escurrirá como una anguila, para volver a afirmar, negar y escurrirse, pero todo con un desparpajo y una sangre fría inconcebibles.

Hemos soportado muchas veces a este discutidor profesional, irresponsable, sistemáti-

co — especie de contrabandista de la razón humana—, y nos ha salvado tu advertencia, ¡oh, buen filósofo estoico! ¿Por qué discutir con gente que no se convence delante de las verdades más evidentes? Esta gente no son hombres, sino piedras”.

Frente al discutir profesional hemos tenido siempre presente tu consejo. No nos pusimos nunca a pensar si es pillo, inconsciente o ignorante. Discutidor le llamamos y sus palabras, para nosotros, se pierden en el vacío, “en la nada sin nada de la nada”...

“DICEN...” “ME DIJERON...”

No, señor: de los “dicen” y “me dijeron” no debe usted hacerse eco. Hay que terminar con esto. Dígalo usted, responsabilícese usted, afirmelo usted, y entonces sí.

Sepa callarse, no aumente, no magnifique las cosas, sea decente, esto es: no convierta su conciencia en un mostrador de chismes y alcahueterías. El decir cosas de las que no se está profundamente seguro, sobre todo cuando afectan a terceros, es una de las formas de la deshonestidad.

Haga callar al que se le acerca:

—“¿Sabe? Me dijeron que parece que el doctor X se vendió a Z en el asunto...”

Hágalo callar. Le hará un gran servicio, porque le enseñará a ser más hombre y será, así, útil a los demás.

EL INEXACTO

Pertenece a la misma repudiable categoría moral del anterior.

Si el de los “dicen”... y “me dijeron” nada afirma por su cuenta y bajo su responsabilidad y, al recoger habladurías, arroja sombras sobre otros, el inexacto miente y asegura decir verdad, con temerario cinismo.

Barrett, con pocos vigorosos trazos, ha hecho el retrato moral del inexacto: “Es un corrompido — dice. Es un ladrón, porque roba el tiempo ajeno; un cobarde, porque hace daño ocultándose; un embustero, porque promete y no cumple”.

Hay que despreciar al inexacto. No queda otra solución y es menester proceder, en cada caso, enérgicamente, sin miramientos.

UN GRAN ORADOR

Debemos agradecerle, porque, por tí, no hemos desesperado de esta larga asamblea: no hablaste, pero has votado bien!...

Juan Antonio Solari.

Avellaneda.

www.ahira.com.ar



I

El primero en llegar era siempre Virgilio, al galope tendido y no muy rítmico de su torquilla "Catalina", — así bautizada en un momento entre humorístico y sentimental de su dueño. Desmontábala, y sin dejar el rebenque, sacaba al animal el precario recado y el freno.

—¡Eh, jep!... Y hacía chasquear el rebenque en un gesto insólito y rápido. Inmediatamente la yegüita pegaba, espantada, dos eléctricos saltos, pero irónicamente se alejaba a tardos pasos a pastorear por ahí. Virgilio, antes de tirar al suelo el rebenque y de echarse él también sobre la hierba, miraba un rato hacia el Puentecito, por donde inevitablemente debían pasar los amigos habituales.

Buscaba la sombra un tanto avara de la casuarina, se tendía de pechos contra el suelo, mirando siempre hacia el Puentecito, levantada la cabeza apoyada por la barba en los puños. Miraba y miraba; su mirada iba perdiendo intensidad y fijeza, hasta que le ardían los ojos, se le cerraban, y caía en una modorra pesada y algo dulce, diluyéndose en el bochorno de la tarde.

Le despertaban los gritos ásperos y alegres de los amigos.

—¡Eh, boyero marmota!

Barullo y el Pibe llegaban exhaustos, chorreando sudor, calientes de sol, y casi derrenegados. Se dejaban caer, ¡por fin! al suelo, y gozaban la sombra de la casuarina con un goce de cosa alimenticia. Ellos no tenían caballo. ¡Cuánto habían revuelto para conseguir-

lo! Ni tenían ropa siquiera. Alpargatas rotas y viejas; bombachas rotas y viejas; camisa rota y vieja; pañuelo nuevo, o casi nuevo, al cuello; y gorra inglesa deformada. Y todo sucio. Al través de las roturas veíaseles la juvenil carne tostada, áspera. Hirsuta la agria pelambre de puereco-espín. Y, como contraste, eran los ojos infantiles y era la sonrisa franca y dulce.

Se desnudaban; al pie del árbol dejaban caer sus ropas, que se entreveraban sin orden ninguno. Ahora cayó una alpargata de Barullo dentro de la gorra de Virgilio. Así, desnudos, iban los tres corriendo a la yegüita, la cogían por el cabresto y la traían al arroyo a bañarla. Después la dejaban irse y ellos continuaban en el agua perfeccionando sus habilidades de nadadores. Con la prolongada sequía el arroyo estaba flaco y no servía para largas excursiones, que sino se iban los tres compañeros nadando hasta el Puentecito. Cuando hacía relativo frío, se les veía temblar a golpecitos de labios y codos, y al salir del agua, juntos, las seis manos se tendían, en una prisa temblorosa, hacia las amontonadas ropas. Ahora la sombra de la casuarina se acostaba hacia el terraplén del ferrocarril y era más larga.

Solían esperar la caída del sol para comenzar el regreso. Nuevamente echados en el suelo, o prolongaban largamente el silencio vacío, o trenzaban una plática despaciosa.

—¿Vá a ir éste a las romerías?

—¿Yo?

—Y sí...

—Yo ví a dir si me hallo en el pueblo.

—¿Y cómo paga la entrada éste?

—Y... pagamos... pues...

—¡Las ganas!... Ja... ja... ja...

—¿Se podría sacar el amarrado, no?

—No hay caso. Mucha luz.

—Y la gente.

—¿Y si le decimos a algún quiosquero que le ayudamos?

—Este, pensando siempre en el yugo.

—Y... con el trabajo se hizo éste de la yegüita, ¿no?

—¿Trabajo? Se lo prestó Martín Zuloaga. Lo que es yo, entro a las romerías.

—¿Y cómo?

—No se. Yo entro.

—¿Y si pagamos la entrada?

—¡Miren al hacendado éste! Yo entro sin pagar.

—Mirá, Pibe; éste compró la yegüita con el sudor de su frente. ¿No te dá envidia?

—¿Por qué envidia? Yo no quiero trabajar. Trabaje con fortuna. A la una de la mañana: "Pibe, arriba, que las vacas entran a la alfalfa... Pibe, arriba, que los chanchos se van por el camino"... Y yo me iba dormido... Si fuera como en Buenos Aires: ocho horas, traje... Ah, Buenos Aires...

—¿Y por qué no te vés si tanto te encandila?

—No se vá porque se la hacen pagar.

—¿Qué?

—Contale, Pibe, que éste no sabe.

—¿Qué fué?

—Devanto un estuche.

—¿Como cuánto?

—Doscientos; de a diez, de a cinco, y de a uno...

—Contá otra vez, Pibe...

—Yo estaba en el diario. Estaba bien, no me quejaba: treinta pesos y el uniforme. También, tenía que cuidar el uniforme más que a mí mismo. Tuve que comprarme un cepillo de ropa y tenía que hacerlo todos los días la raya al pantalón. Vos tampoco me conociste cuando estaba en el diario, con el pelo siempre arregado, con los botines lustrados, que tenían el taco derecho. ¡Y tan limpio!... Bon muy exigentes, allá. Y si iba con los botines sucios, un peso de multa; y si estaba despainado, un peso de multa; y si tenía rodilleras, un peso de multa... De cuando en cuando, el Administrador que me llamaba: "Despréndase la chaquetilla. Use tiradores; ¿cuántas veces quiere que se lo diga?" Así me decía. Y también: "Cámbiese el cuello día por medio". Quiere decir cada dos días. "Muéstreme los puños; no están muy cristianos". Bueno: había que estar reluciente como caballo de carrera. Me tenía a la baqueta. Pero en la redacción estaba bien; caían propinas. El doc-

tor Franco, que era un amigo del Secretario, siempre me mandaba a Flores. "Ché, Bertelli, lo mando al chico", le decía al Secretario. Me daba cincuenta centavos; treinta para el subte y veinte de propina. Estuve cuatro años en el diario. Una vez el doctor Franco me mandó a Flores. Me mandaba a casa de tu querria, que vivía en un quinto piso de una casa de departamentos llena de gente como un palomar. La señora siempre me recibía de cualquier modo, pero al último debió darse cuenta de que yo ya no era un chiquilín inocente, porque ya me hacía esperar en el vestíbulo. Pero una vez... Quiero decir que después se fué olvidando de que yo era grande, de que ya tenía diez y siete años, porque volvió otra vez a recibirme de cualquier modo. ¿Entienden?... Quiero decir que me recibía en su propio dormitorio, y que ella estaba en la cama muchas veces, y que una vez... ¡Retranca!... tenía abierta la camisa y se le veían las puntitas de los limones... ¡Por Dios!... Yo creo que ella me tomaba por un chiquilín del Patronato de la Infancia... Y se reía conmigo. "Decile al Doctor que si no viene esta noche, lo voy a traicionar". Así me decía. Y se reía. Y se movía como chingolo en la jaula. Una vez... Ahora viene lo lindo. La sirvienta me hace pasar al dormitorio y me dice que la señora está en el baño. "Séntese ahí", me dice la sirvienta. Me senté ahí. Esperé. Sobre una mesita había un montón de cosas, y, ¿qué creés que ví? Un estuche de mi flor. Lo abro, y, ¡hubieras visto!... ¡Un brillante así! ¡Así, no miento! ¡Quién tuviera eso! — pensé para mí. — Lo estuve mirando largo rato, y me dieron ganas... ¡Qué querés, ché, qué querés... me tiraba el estuchito!... Cabía en el repliegue de la gorra... Pero yo resistía. Y el estuche, que dejé abierto, estaba al alcance de mi mano... "Decidite, Pibe", me dije para mí. Y me parecía que el estuche me respondía también: "Decidite, Pibe". Y me parecía que el brillante se encaramelaba conmigo: "Decidite, Pibe". Me parecía que me estaba hablando: "Llévame, Pibe". Quiero decir que yo estaba sin saber qué hacer. Y el brillante que seguía hinchándose: "Llévame, Pibe, llévame". ¿Qué iba a hacer yo? Me doy vuelta, y lo cigo, detrás de mí, con voz de percaanta chalada: "Llévame, Pibe, llévame"... Parecía llorar: "Llévame, Pibe". Yo estaba como pruebista en la cuerda. Cuando de repente, al ir a agarrarlo, me abatato, porque oigo decir: "No te perdás otra vez, Pibe". Y del otro lado: "Tené cuidado, Pibe". Yo pensaba: esto tiene que acabar. Yo quería estar tranquilo como yegua de pisadero. Pero, ¡qué!... El brillante que se la tomaba conmigo. "Llévame,

Pibe". Y no la acababa: "Llévame, Pibe, ¿qué hacés que no me llevás con vos?". Y... bueno... lo agarré... Ahora, — pensé yo, — a hacerse el inocente como vaseo conversando. Bueno; después de un rato largo, la señora que vuelve. Vos nunca viste a una señora así, cuando vuelve del baño? ¡Ché, si parece vestida con barba de chocho!... Mirá... este... querés que te diga... "Que baje Dios y la vea", como dice don Claudio el de Villa Cavour... Se sienta en la cama, a la crillita, como si tal cosa, como si yo no estuviera en el mundo. Y yo que estaba... ¡no te digo nada!... Ella me hablaba del doctor... ¡Meta hablarme del doctor! Que no la quería; que cualquier día ella lo iba a traicionar... que se morecía un engaño para que aprendiese;... que lo traicionaba cualquier día con... con cualquiera... con un viejo... con un chico... con cualquiera, en fin... Que ella no merecía ser tratada así... que si ella quería, con sólo quererlo tenía a sus pies un montón de tipos... Sin ir más lejos, vez pasada, un chico como de diez y ocho años, hijo del médico del tercer piso... Y me contó que hacía el mozo cuando la veía a ella. Y: que no era fea para que el doctor faltase tan seguido a las citas. Y meta hablarme de estas cosas. Y yo atorado y con ganas de hacerme humo con el estuche... Y ella, que se vestía delante de mí: "Esperá un momento; me visto y en seguida le escribo la contestación; le voy a decir al doctor ese lo que se merece un hombre que tiene una mujer como yo y la desprecia". Así me decía. Y se ponía, delante de mí, unas medias más claras que vidrio de joyería. Y yo le veía más arriba de las rodillas... ¡Hum!... Y ella, como si tal cosa... Y yo, que estaba como alquitrán en caldero... De repente, enojada de golpe, no sé porque, me mira, se planta delante de mí, y me grita, conteniéndose: "Bueno, mirá: andate rápido, que sinó me la tomo con vos también, imbécil..." Yo rajé. Fuí a verlo al judío Simón, al lado del Parisiana. ¡Viejo escarriento!... "Vos robaste". Que no. "Vos robaste". Que no, pues. "Vos robaste; yo compromiso si compro". Que no, y que no. "Vos robaste; viene Policía y yo perder estuche y brillante y dinero y después mala fama negocio. Yo responsabilidades"... ¡Y dale que había peligros si compro!... Al fin me ofreció cincuenta pesos. Yo iba a agarrar, cuando me acuerdo de lo que decía un amigo del Secretario. Este hombre decía que cuando un judío ofrece cien, es que vale mil. Entonces yo pensé: si me ofrece cincuenta, es que vale quinientos. Yo entonces le dije al viejo que por menos de cinco canarios no había caso. Y él: que vale cien pesos. Al fin nos

arreglamos en doscientos. Al día siguiente salió en los diarios. Yo guardaba el recorte, pero después lo tiré, porque, ¿y si me cachan con eso?

—Yo v'í a contar...

Y Barullo se atropelló a sí mismo y empezó a contar cómo fué que en cierta ocasión hizo saltar el burro — (violentar el cajón del mostrador) — en el almacén del gringo Paulo. A mitad de su narración, los amigos determinaron regresar al pueblecito. Entraron en el camino y a poco Virgilio se desprendía sólo y al galope de su yegüita desaparecía tras el monte de duraznos.

Por el camino, despaciosamente, Barullo y el Pibe avanzaban recostados contra el cerco de cina-cina, y cuando la sombra cubrió la huella, fueron por ella. Se había levantado una brisa fresquita. A los automóviles los dejaban pasar por su izquierda, huyéndole a la nube de polvo...

II

Por la noche, saltaron el alambrado tejido y se metieron en el prado de las romerías como si tal cosa. Eso sí: caminando o detenidos, conservaban siempre una conducta silenciosa y apagada, para pasar inadvertidos o poco menos, rehuyendo los montones de gente para no atraer sobre sí la maliciosa curiosidad del comisario del partido y del único vigilante del pueblo... Así, despaciosamente, silenciosamente, miraron la rueda de los bombones, donde juega la aristocracia del pueblo a cincuenta centavos el número; y la rueda de las botellas y las gallinas, a veinte centavos el cartón de una serie de cinco números, preferida por la chusma de bombacha ceñida en los tobillos. Miraron la maza que al golpear la palanca hace levantar un señalador de hierro hacia arriba por un tirante graduado en cuyo extremo aguarda el son de la campanilla. Miraron el tiro a la paloma pintada; y el único quiosco de masitas y cigarrillos; y las mesas tendidas de la improvisada taberna; y, más detenidamente, miraron los dos redondeles donde bailaban las parejas: el redondel más amplio era para el pueblerío, y el otro para la crema. Sobre un frágil tinglado, una ronaldalla española tocaba hasta tangos de los típicos, de los de batería, aunque sin batería. Parecía que a la danza argentina, ¡y tan argentina!, le hubiesen arrancado el sistema nervioso. Lo único que vibraba un poco era la jota aragonesa. Dentro de los redondeles, giraban las parejas recogiendo como en una bandeja las miradas unánimes.

Todo el pueblo y sus aledaños estaban en las romerías. Aguardaban estas fiestas con deseos casi sexuales. Era las fiestas más re-

nombradas del lugar. Todo el pueblo estaba en las romerías.

—Están las turcas.

—¿Todas?

—Todas.

Los tres amigos se entendieron, se adivinaron. Con un fácil esfuerzo imaginativo vieron el tambo del turco Ali abandonado en medio de la noche como una absorbente tentación rebosando suntuosas promesas al cómodo alcance de la mano tendida fácilmente...

Recordaron que el turco Ali había despedido al capataz por haber querido arrastrarle el ala a la menor de las muchachas, la Zulema, — esa misma que ahora, en el redondel de la aristocracia, baila un fox trot con el jefe relevante de la estación.

—¿Y el Ali?

—Yo lo vide con Don Cosme, ahorita...

—¿Qué hora es?

—Yo v'í a ver...

Barulo fué a preguntar la hora a alguien. Del tinglado de la banda se vaciaba un tango chorreando lastimeramente.

—¡Mirá a ese, ese de los breeches; tiene más cortes que alfalfa vieja!

—Son pasadas las nueve.

Se salieron por donde entraron, que esta vez salieron por la puerta de entrada sin ser vistos ni por el comisario ni por el vigilante, a quienes seguramente hubiera intrigado ese extemporáneo abandono de la fiesta en su apogeo. En la calle, aguardaban caballos ensillados, sulkys, jardineras y fords. Los tres amigos alcanzaron la calle del Ferrocarril, cruzaron los campos de Salaverría y de Crispín, y el de Martín Baigorria, para ganar más prontamente el camino real a Plátanos, que a la media legua dejaron para entrar a los potreros de Pedraita, que daban con el tambo del turco Ali.

Era clara y limpia la noche; hasta los quince metros de uno había claridad suficiente, casi diurna; más lejos, la sombra se iba adensando progresivamente aunque con lentitud.

Los tres amigos pasaron el alambrado; ya estaban en el campo de las turcas. Ahora habría que llegar al jagüel, o corriendo, o arrastrándose. Llegaron agachados y torcidos. Bebieron agua de la canilla. De vez en cuando el molino desgranaba su matraca.

—¿Y los perros?

—¡Es cierto! ¡No haberse acordado de los perros!

Efectivamente: encandilados con la falta de capataz y la ausencia de los dueños, habían o'vidado a los perros bochincheros y vigilantes. No era cosa de poca monta. Si ladraran los perros, — que ladraran inmediatamente y no la acaban nunca, — se levantan los

peones; o por lo menos el peón de guardia. Y el peón siempre tiene su escopeta, y a mano cualquier caballo. Y la noche ¡tan clarita! ¿Dónde ocultarse? Eran tan perceptibles en la noche como un grito en una iglesia. ¡No haberse acordado de los perros!

—Yo me vuelvo.

—¡Voivamos, Pibe!

El Pibe miraba dentro de la oscuridad esperando clavar su visión en la puerta del galpón de guarniciones. Había que violentar la...

—¡Vamos, Pibe!...

...puerta sin hacer ruido, sin despertar a los perros; había que entrar al galpón, coger dos o tres mandiles, y lo que hubiese más o menos nuevecito y transportable; los pretales...

—¡Vamos, Pibe!...

...los pretales, por ejemplo... Después, era de necesidad apremiante retirarse...

—¡Los perros, Pibe!...

Los preocupaba el silencio equívoco de los perros. ¿Cómo así? De haberlos oído ladrar con sus ásperos gritos perforando a la noche, seguramente los tres amigos habríanse vuelto atrás. No habría sido la primera vez que, muy prudentemente, dejaban abandonado un proyecto semejante.

—¡Qué raro, sin perros!...

—¿Vamos?

—¡Esperá!

Aguardaron todavía unos largos minutos. Tendidos en el suelo, al pie del molino, miraban tenazmente en la liviana oscuridad. Alcanzaban a descubrir las paredes sin revocar, el zinc acanalado del galpón, los alambrados, las puertas, el pozo viejo... Volvían a mirar una y cien veces, atentos rigurosamente al ruidito más desdibujado.

—¿Qué hacemos, Pibe?

—¡Esperá!

Era espeso el silencio. El viento arrancaba a las copas de los árboles, flacos silbidos. Ruido de cadenas era el del molino. Un novillo mujía hendiendo en el silencio la prolongada nota.

—¡Quedate aquí!

—¡No, no!; yo me voy. ¿Y los perros?

—No hay. ¿No ves que no hay?

—¿Cómo no vá a haber perros? Tenían cuatro, nada menos, las turcas.

—Se los habrá llevado el capataz que echaron.

—Yo también estoy en contra. Es mejor irse.

—¡Clare! ¡Este, empeñado en una cosa, no hay quien le haga comprender! Y tiene más gambetas que avestruz chico. ¡No hay perros! ¿Cómo no va a haber perros? Yo me voy.

—Bueno, pueden irse. Me quedo solo.

—No, así no; o vamos todos, o nos quedamos todos...

—Yo he dicho que me quedo. No me echo atrás.

Callaron tras la afirmativa decisión del Pibe. El Pibe pensaba en un recado. O, por lo menos, freno y mandil; un mandil en buen estado podría agenciarlo en diez pesos; y en el galpón encontraría más cosas: riendas, pretalos, estriberas... Al Pibe se le hacía el campo orégano; sí, sí, entraría al galpón; atravesaría ahora mismo los treinta metros que unen el molino con el galpón; caminaría despacito, o arrastrándose; avanzaría con el ojo avizor, con el ojo abierto, encendido, vigilante, presto a captar el más pálido ruido.

Ya no piensa en los perros; no hay perros; las turcas están en las romerías; no hay capataz; los peones duermen en aquella pieza y no oirán nada... Al Pibe se le hace fácil la cosa. Es así: es optimista; tiene, más que fé y confianza en sí mismo, un convencimiento lógico de que cualquiera podría hacer eso... En seguida, sí, va ilusionándose; vá teniendo algo así como una creciente e incitante alucinación: el objeto que quiere él, regala su imagen a los ojos del Pibe; el Pibe vé, ve con sus propios ojos en sus propias manos, un felpudo mandil rojo; lo mira y lo toca; es al tacto áspero como la felpa peluda, y es a la vista hiriente con su rojo rabioso; y es grueso, y es nuevocito. Cualquiera da diez pesos por él... ¿Cómo iba a echarse atrás el Pibe, aguijoneado por todos sus sentidos, empujado por su fantasía, convencido por un convincente razonamiento lógico? Tenía el Pibe una imaginación fuertemente visual; y acaso por eso caía inmediatamente en la alucinación; creía que, tal como la imaginación le había anticipado el suceso, así dichosamente iba el suceso a realizarse. Iba derechamente a cumplir lo que ya sabía de feliz resultado. Y además, el paradójico sentido de la propiedad le incitaba a no retardar el alegre momento de la posesión. Todos estos detalles explicarían acaso la arremetida del Pibe, que iba tras los objetos deseados como tras de un fantasma.

—¿Quédense aquí!

Fué arrastrándose por el suelo. Como las víboras, levantaba los dos ojos. El molino con su ruido rajaba el cristal de la noche. El viento deshilachábase entre los árboles o corría abierto y amplio sobre el campo amplio y abierto. Los novillos dormían detrás de la casa: alguno, de vez en cuando, mugía como un lamento o un hostezo.

Avanzaba el Pibe con estudiadas precauciones. Los amigos, tendidos al pie del molino, le miraban avanzar; los cuatro ojos estaban

prendidos en el bulto que se iba aproximando a la puerta del galpón. Estaba por llegar el Pibe a la puerta del galpón. Arrimadito a la pared, y siempre agachado, llegó a la puerta; permaneció un rato quieto y agachado como una media bolsa de trigo. Era clara la noche y visible el bulto inmóvil. Sin mover el encorvado cuerpo, levantó una mano hacia la cerradura; la cerradura no funcionaba; la puerta no cedía; estaba atrancada. Ya los amigos no veían con precisión los juegos del Pibe. Renunció éste a la maniobra discreta y cuidadosa; se incorporó al fin; pujó por abrir; empujó; empujó con las manos; empujó con el hombro; después introdujo una cuña; crujió algo que le hizo temblar y retroceder apresuradamente unos diez pasos. Al verle correr, los amigos se apresuraron a huir campo traviesa. El Pibe se echó al suelo y permaneció quieto, atisbando con vista y oído. No era nada. Regresó a la puerta, dispuesto a un último esfuerzo y previendo ahora el inminente ruido de la puerta al abrirse. Introdujo un fierro en el contramarco; y la puerta, con un crac metálico y estridente, se abrió para dentro.

Al entrar el pie, una seca y ríspida detonación golpeó secamente en la campana del silencio. El Pibe cayó de rechos, como si hubiera tropezado. Tenía medio cuerpo dentro del galpón y las piernas fuera. En dirección a la puerta avanzaba el ojo de luz de una linterna. El hombre empuñaba la linterna y el revólver. El golpe de luz cayó sobre el cuerpo del Pibe.

—¡Desgraciado!... ¡A mí con éstas!...

Y apuntando siempre con el revólver y la linterna, dió con el pie unos golpes brutales al cuerpo del Pibe. Al comprobar que se hallaba mal herido, — y siempre con el pie, — le dió vuelta.

—¿Qué hubo?

Era otro niño que llegaba, atreído por la detonación. El hombre no respondió. Miraba la cara juvenil y pálida del herido que se arrascaba y retorecía y estiraba como las cuerdas de una guitarra o como un escorpión en el fuego. Los escuinceos refrenaban secamente el alarido inminente de dolor. Con ambas manos, el Pibe se oprimía un punto de la cadera.

—Con esta noticia, ya se acabaron aquí los ladrones!...

El Pibe continuaba retorciéndose. Respiraba a golpes estirados y silbantes. Ahora estaba doblado y las rodillas daban contra la boca. Estaba hecho un ovillo. Contenía varonilmente el grito; sólo aparecía el niño en el lamento:

—¡Ay mama... ay mama!...

EL ARTE DE VAGAR

Hay vagabundos, hombres oscuros, de vida en apariencias pintorescas y sugestivas, pero que en verdad sólo van y vienen cargando sobre sí a sí mismos. Van y vienen, y no saben donde depositar la carga. La fatiga los rinde, y ellos, inhábiles, no pueden desatar esas ligaduras, y terminan, así, como corcel y jinete de sí propios, sin desmontar hasta la muerte. Cuando van, van a algo; cuando vienen, vienen por algo; pero siempre en constante olvido, siguen buscando y buscando... Buscan en abstracto, que es buscarse, sin saber, a sí mismos; y como sus ojos miran hacia adelante, hacia allá quieren ir; y como sus pasos están dispuestos no para en sí internarse, sino como para salir de sí, los vagabundos vulgares son seres que parecen irse saliendo de sí propios. Sus piernas infatigables se mueven como devanaderas, y entre ellas se les va camino y vida.

Y el vagabundo, que no es sino vagabundo, logra serlo tanto, que llega a ser monstruoso, como organismo constituido fundamentalmente a base de piernas inquietas.

Si el arte es posible ante todo cosa que admita perfección será este último vagabundo el supremo artista de la vagancia?

El arte de lo que fuese, no es la perfección exclusiva de una actividad en desmedro de todas las otras; el arte de algo aunque sólo a ese algo atiende para ser digno de ser llamado arte, verá en cómo no olvidar nada y en no ser otra cosa que lo que es. Y para lograrlo, busca y mete el mundo entero en él y lo traduce a sí mismo, y cuando todo el mundo entero allí quepa y se le presenta, aunque no se le nombre, ese arte alcanza a su perfección.

Los verdaderos artistas no son seres limitados y deformes. Ellos recuerdan más que otro alguno, al hombre total: lo compendian y lo resumen.

El arte de vagar no es, por lo tanto, sino el cómo llevar a la perfección una amalgama formada de nosotros mismos y de todo lo que nos rodea, usando como medio el de ir consigo por los caminos grandes y pequeños.

Quien así marcha, sus pasos, en vez de ir por algo a él ajeno, van, en verdad, midiéndolo. Y no sólo sus pies, todos sus sentidos, su cuerpo entero, no hace otra cosa. Vá al crepúsculo, cuando comienzan a brotar las estrellas, en la distancia que de ellas lo separa, mide su pequeñez; y en su brillo creciente, la belleza de unas calladas esperanzas.

El vagabundo que sabe del gran vagar, desconcierta a todo ser sensible. Este ignora que aquél vá y vive tan fundido como el mundo, que le es imposible sentir la pequeña soledad.

Con ropas viejas y viejos y sólidos zapatos, con un bastón que sea suave al tacto y recio al golpe, el paso lento y muelle, comenzarán por esquivar en él todo esfuerzo.

No es difícil lograrlo si se acentúa el ritmo de la marcha, porque ésta, así deviene tan necesaria como la continuidad en los giros de un baile. Más sencillo resulta obedecerla que ser a ella es-

quivo; y de ahí como el vagabundo logra avanzar alegremente tal si fuese aguijoneado por una danza ordenadora.

La seguida y constante ondulación del ritmo de sus pasos, va embargándolo, y una especie de largo y dulce vértigo, comienza a nacer en él y le libera.

No es extraño ver que en su rostro aparece una flotante y casi imperceptible sonrisa. Desde allí, sin saberlo, comienza a divorciarse de su cuerpo, y sigue adelante por los caminos con tanta liviandad como si se deslizara. Acaparando para la contemplación toda su conciencia; impedito por ello de atender, en parte siquiera, al esfuerzo de su cuerpo, ninguna fatiga puede alcanzar hasta él; y él sigue adelante tan desligado de los pequeños dolores y limitaciones físicas, que flota y se expande hasta donde sus ojos alcanzan, y hasta donde llegan sus pensamientos. En tal estado vive abierto y extendido como una red flotante.

Los campos, los bosques, las aldeas, los ríos van sucediéndose, y cuando llega el medio día y saca de su zurrón un pan, continúa la maravilla de ese constante encantamiento. Si las piedras, las nubes, los panoramas que divisara desde los altos montes, le embargaron el ánimo con su belleza, ahora ese burdo alimento, truécasele en manjar de los dioses.

Lo contempla con amor tan real que experimenta hacia él una verdadera ternura; y si hubiese en la cercanía oídos capaces, escucharían elevarse un canto desconocido en acción de gracias.

Cuando después de continuar largo tiempo la jornada, la noche cuajada de estrellas comienza, no importa que no encuentre a mano un albergue. Su cuerpo macerado por el esfuerzo, proporcionalmente el último y mayor de los milagros. Bástale detenerse y reposar sentado, para que él comience a amararlo. Entonces solicita el vagabundo recoge toda su conciencia dispersa y se la devuelve alegremente, porque está, por ese día, saciado de maravillas.

Nunca crevera que ese su cuerpo, tan burdo, pequeño y banal, fuese capaz de convertirse en una fuente de la más insospechada y gran dulzura.

Su cuerpo, como una fruta madura, pesa lánguido y suave. Busca afanosamente la tierra, y cuando a ella cae blando, a todas sus rugosidades se amolda. Ahí y como, quieto, su sangre, al deslizarse, revéa que ha alcanzado un ritmo pleno; y de qué manera sigilosa la fatiga, largo tiempo olvidada, sube y lo envuelve más blanda que las mantas acariciadoras!

Jamás su espíritu ha estado más lejos de toda tribulación. Bien puede sobrevenir lo que fuese; el universo entero, desaparecer, si así lo desea; todo el futuro y los dioses ignorados hundirse en la nada, que él está libre de temores e inquietudes, y luego lo estará hasta de ese placer de libertad, porque sólo desea tan profundamente el reposo definitivo, que al sentir que el sueño se vá hundiendo, sin formulárselo en palabras, desea que- darse en su seno para siempre...

PEDRO PRADO.

LA PERSONALIDAD DE RUDYARD KIPLING

Por PEDRO MILLE

Hece veinte años, sobre un barco que volvía de Madagascar, hice leer *Soldiers Three* a un compatriota de Kipling. Dicho compatriota no le hacía gran honor: era un tipo bastante p'cero. Aprovechando que los Malgachos tenían en mucho nuestra moneda de cinco francos, él les había hecho aceptar, por ese precio, un millón de pesos mejicanos, del mismo modelo y del mismo tamaño, en aquellos lejanos tiempos, nada más que la mitad. Hecho esto, anunció él mismo que dichas monedas no valían más que cuarenta sueldos (dos francos), pero que por voluntad propia consentiría readmitirlos y canjearlos nuevamente por ese precio. Había ganado, sobre cada una, algo más de cien sueldos; fué bastante buena la operación.

—*It is low, pero es inferior!* me declaró mi escrupuloso compañero de viaje, al devolverme el volumen con aire escandalizado.

Extrañarán muchos franceses, por los cuales Kipling es el más grande escritor vivo de Inglaterra — y a menudo el único que conocen — el decirles que esta manera de juzgar es aún hoy el de una gran cantidad de ingleses, que contrariamente, están persuadidos que el autor de la *Geronimo* es el más grande nombre de la literatura francesa contemporánea.

Todo lo que podemos decir al respecto de eso es que nosotros hemos sabido escoger mejor en su casa que ellos en la nuestra. Nuestros gustos y la ductilidad de nuestra inclinación, se han ampliado desde Balzac y el naturalismo, haciendo que nos demos a Kipling en el sitio que le corresponde, que es bastante alto, con más entendedores que los ingleses, sobre todo que aquellos de esta época "victoriosa" en la cual se nos ha aparecido. Pues es verdad que imaginación la suya de tomar soldados, simples soldados — y cuáles! Un *cockney* de Londres, un irlandés no hace un verso campesino de las campañas indias — y de hacer de ellos algo así como Los T. Mosqueteros de la época colonial de la Inglaterra contemporánea! Entre paréntesis, no por mala ironía que haga alusión aquí de novela de Dumas padre. Se distingue, en una crítica que Kipling lo ha leído, y ha sido influenciado. Es por lo mismo que va no como por entero a la imitación de mi amigo P. Sanday para nuestra época e interesante artista mestizo: éste fué un creador; sin él muchas cosas bellas no hubieran nacido, hasta en el extranjero. Sobre todo en el extranjero; no se ven imperfecciones del estilo, se busca la sencillez en la riqueza de inventiva. El mismo Gené, ha ejercido sobre los escritores más particularmente en Dostoiewsky, una acción y marcada.

Y luego, en este Kipling del principio, las intuiciones eran tan oscuras, para el lector más de aquel tiempo! La "*Historia des G. hys*" es la de una hija que toma el amante a



madre, para hacer de él su marido! Los personajes de "*la Lumière qui s'éteint*", breve y para nosotros incomparable novela, no se cuidan para nada de moral convencionalista! Ello no puede chocarnos, hemos visto a tantos; pero, en Inglaterra, por allá el 1890, en horas que se tiraban trescientas mil y más las novelas de Mme. María Corelli, y las elucubraciones místico-protestantes de Hall Caine!...

Por lo demás a medida que Kipling se ha hecho una clientela en su propio país, a medida que ha ido volviéndose un *gentleman* inglés, sus temeridades, por legítimas que nos parezcan, se han dulcificado bastante... Pero no hay que confundirlo: el verdadero Kipling, el gran Kipling, es es Kipling anglo-indio, que escribe, en la India, para los anglo-indios como él. Y el inglés, en la India no se parece en nada al inglés en su isla: él es un *sahib*; se ha vuelto, sea quien sea, sean cuales fueran sus funciones y sus títulos, un señor que puede permitirse muchas cosas: no está más espiado. Las inhibiciones de la moral inglesa no pesan ya en él, o muy disminuidas. Y el escritor queda mucho más libre, no solamente en su composición, sino en la forma de tratarlo.

En fin, en este primer Kipling, tan fuerte, tan verde, tan ameno, se le podía encontrar tal vez algo de malignidad del eur por que es de raza absolutamente pura, que lleva un zambiento de sangre en las venas. Pero también, por lo mismo una más profunda, un más il conocimiento de la India indígena le era natural... No es bastante de sentir que el hijo mulato Dumas de la Palletería no haya nacido los veinte primeros años de su vida en San-Domingo? Que de novelas verdaderamente sociales hubiera podido darnos. No le queda más su origen que el de poder ser, involuntariamente, un sorprendente mudo!

Esta actitud, modificada luego, de Kipling con convencionalismos de la moral y de la literatura

tura inglesa en las postrimerías de la era victoriana, nos permite concebir el porqué, en Inglaterra, se extrañan, y se extrañan más aún del sitio al que nosotros lo hemos elevado. Han legado hasta a sugerir — fué un crítico muy inteligente, Mrs. Winifred Stephens lo hizo notar en el *Everyman*, y en los comienzos del año 1914, entonces que Alemania preparaba la guerra que nos sorprendió! — que nuestra "manía" por el menos singular, tenía por causa "la renovación del militarismo y del nacionalismo que inflamaban a Francia." Gran número de lectores ingleses, aún hoy, toman antes en Kipling al poeta de *Barrak Rooms Ballads* que al novelista de *Kim*. Voluntariamente no ven en él más que a un artista, vigoroso eso sí, que recoge con lenguaje popular conceptos aristocráticos e imperialistas.

Sin embargo ningún escritor de estos tiempos posee una genialidad más inglesa.

Todo el mundo sabe que existe, en la literatura inglesa, una corriente latina y otra sajona. Casi siempre un autor puede escoger entre los dos términos, de origen romano el uno, de origen germano el otro. El vocabulario de Kipling es casi exclusivamente sajón — tal vez porque los procedimientos de su estilo son los de cubrir una visión a menudo altanera, y de cadencias bruscas, pero sabiendo la forma elíptica de escribirlos, de un ropaje verbal sacado sea de lo más castizo del viejo lenguaje, sea al de uso común.

Por lo demás, él es realista—legalitario a la manera inglesa, con la intención de crear vida, y hacer "crédulos", de los cuales es uno de los modelos más perfectos. Y, sin embargo, ese artista de vocabulario germano se sitúa netamente en la oposición del espíritu germano. Habrá pocos franceses, creo, que no hayan leído en el *Livre de la Jungle*, el admirable cuento *L'Anka du roi*.

Se habrán fijado que el tema es absolutamente idéntico a aquel del tesoro de los Nibelungos de la trilogía wagneriana? El oro es fatal. No puede ser otra cosa que fatal. Su posesión no puede traer más que la desgracia y la muerte. Si el hombre es prudente, lo dejará en las entrañas de la tierra, o bien lo devolverá al monstruo provechoso a quien, por imprudencia, un momento le sacó.

Pero, en la versión alemana, aunque genial, el desarrollo oral y lírico, la lección casi metafísica toman paso sobre la acción. En *Anka du roi*, todo es acción, todo es real, todo es vida; de una violencia, con un esplendor, y una intensidad condensadas. Sí, en resumen, algo tiene del *Oro del Rhin*: algo para machos, para los hombres apurados, que aspiran al apresuramiento y que todas las imágenes sean activas y directas — en una palabra que se les diga, primero, la historia que vale de por sí misma — puesto que el símbolo que ella esconde es lanzado, con una sola palabra, al final, cual el sol que al ponerse neblara con un supremo rayo, con inmensas sombras, todo un paisaje. Y esta manera suya, sobre un fondo que sin duda es, no septentrional, sino antiguo ario, no es germana, ni hindú: es de un arte clásico, de un arte tal como nosotros lo concebimos.

Otra cosa aún, en Kipling: la nitidez de lo tratado, el espesor y la solidez del libro. En los

relatos, en los personajes, todos los contornos son acusados, pero todas las masas principales se elevan ante los ojos, toman su peso. La impresión se os dá con una seguridad extraordinaria. Puede estimarse que ella encierra alguna enseñanza. Nuestra literatura, hasta la más reciente, ha quedado impregnada de impresionismo; lo pone todo en un mismo plano, lo que es importante y lo que no lo es. Proust es el prototipo mismo de estos impresionistas; es a la vez su mérito y su defecto. O bien, si buscamos darle esta impresión de calidad y de composición, será con la ayuda del arte vulgar, como lo hacían ya los naturalistas: pero el volumen y el acento en un libro se encuentran raramente. Es muy interesante constatar que anteriormente, entre nosotros, los "movimientos" en la pintura aparecían después de los "movimientos" literarios, se dejaban suscitarse por ellos; mientras que, desde hace algunos años, es con las bellas artes que éstos toman algún impulso. La literatura viene a remolque.

Esas pocas líneas no tienen la pretensión de ser un estudio de Kipling. Un esbozo, todo lo más. Ni siquiera: notas tiradas al azar. Toda vez que ellas serían incompletas si omitiéramos lo siguiente:

Kipling publicó los *Plain Tales from the Hills* a los veinte y dos años; la *Histoire des Gadsbys* y la mayor parte de sus cuentos inmortales en los que sus tres amigos, Ortheris, Learoyt y Mulvaney, simples soldados del ejército de las Indias, son a la vez los héroes y los "aces", a los veinte y tres; la *Lumière qui s'éteint*, una de las más bellas novelas que corren tal vez por el mundo, en todo caso una de aquellas que dan más profundamente una impresión de originalidad, a los veinte y seis; y a los veinte y nueve años el *Livre de la Jungle*, la más popular en Francia de sus colecciones. Para encontrar ejemplos de tal precocidad, debemos remontarnos hasta los grandes románticos, Byron, Shelley, Hugo, Musset. Y éstos no estuvieron que en menor grado, en el período correspondiente a su carrera, esta especie de concepción impecable que es lo que marca la plena madurez del talento. Todo Kipling, no mejor de Kipling está ya del todo en sus primeros cuentos: la manera de presentar los personajes, en pocos trazos precisos, que los hacen presentar en escena sin aparente artificio; después el ambiente, el paisaje, por fin la relación, que se agranda, que se hincha en un curso de detalles de los cuales ninguno puede ser olvidado, y termina sobre todo un tiempo fuerte; tan bien que diríase se escuchan aún los ecos cuando el cuentista está ya parado...

Pero una tal precocidad, que es la marca del genio, debe ella rebajar su precio? Kipling, que no tiene aún sesenta años, escribe cada vez menos. Su voz se ha casi extinguido. Es cual si sus dotes dimanaran de una excepcional sensibilidad al servicio de una excepcional potencia verbal: que la potencia, la ciencia verbal le enflaquezca, pero que él haya tenido conciencia que su sensibilidad, su ingenuidad decrecían; y que entonces haya cesado de producir, con fiereza, para no aparecer inferior a sí mismo.

(Traducción de J. SERRA.)

COMPañERO

UN CUENTO DE AMBIENTE PROLETARIO

■ Por MONTIEL BALLESTEROS ■

Como animales, tirados sobre la cubierta del crucero, íbamos presos para Puerto Frío alrededor de doscientos encausados. Reos político-sociales, se nos trataba a golpes y denuestos, con mala comida y peor higiene; expuestos, a la menor infracción al severo régimen, a brutales y vejatorios castigos. Nos habían rapado la cabeza sin consideración, nos torturaron con esposas a los más peligrosos, y con la consigna de "matarlo sin asco" se turnaban los centinelas en los relevos, dándose la indicaciones de ordenanza y repitiendo en voz, asaz inteligible, la amenaza macabra.

No teníamos noticia alguna del movimiento social iniciado hacía ocho días en la Capital.

Sin prestar mayores declaraciones, golpeados, derrengados, algunos heridos, nos clasificaron entre el elemento terrorista, y sin abrimos causa, ya que la situación era difícil y extremadamente delicada, según el criterio del gobierno, se nos ponía a buen recaudo en el barco de guerra, que ya nos conduciría a la lejana tierra inhóspita.

Así se explicaba aquella heterogénea reunión de tipos, muchos de los cuales, a pesar de la afinidad ideológica, nunca nos habíamos visto ni tratado. Había rusos: individuos sufridos y silenciosos, expresándose con dificultad, que iban a la lucha por una ingénita necesidad de devolver a los viejos golpes del knout que desde remotos tiempos daban los señores de su raza; había italianos; gallegos verbosos y menudos; catalanes ásperos; algunos criollos amigos, de tez enfermiza y mirada triste y serena... A mí me habían tomado en "La Barricada", con otros redactores, de los cuales algunos ya se habían perdido de vista definitivamente...

De tarde, antes de la oración, a un toque de clarín, debíamos formar sobre cubierta y repetir nuestros nombres, a la orden imperativa de un impertinente oficialillo. Indudablemente se buscaba pretexto para castigarnos, ya que era imposible evadirnos del barco, en pleno mar.

Era lógico y natural que no tuviéramos confianza en los individuos desconocidos, aunque aparentemente fueran víctimas de la misma dura suerte. Más de una vez surge el traidor, el "perro" policía, que con la piel de cordero se mete entre filas para llevar a cabo un mezquino espionaje subterráneo. Por este motivo nos cuidábamos de los individuos que nadie conocía como amigos o como revolucionarios. Uno de estos, de quien me tocó ser compañero de dormitorio improvisado, me inquietaba.

Ni lo creía espía. Miraba de frente y tenía la mirada sincera y limpia, pero era sumamente nervioso, no parecía encontrarse bien entre nosotros y eludía en lo posible el contacto o la vista de los oficiales. El se encargó de contarme su historia, una noche, mientras dormían los prisioneros y cruzaba a pocos pasos nuestros el centinela armado.

—Yo no soy un "agitador", me dijo. Todo

lo que hay es que se me despertó dentro el hombre, en cuanto tiene este concepto de altura, de dignidad, de varón. Creo, amigo, que debe ser muy difícil cambiar así como así de ideas, de modos de ver. Pero si sometieran a la mayoría de los humanos a la prueba trágica y horrible a que estuve expuesto, no se pensaría lo mismo; quizá una simpatía cordial los acercara a esa ruda masa vejada que un día se alza en su natural reacción no midiendo distancias, no distinguiendo pianos, arrasando como una marea, pero llevando una elevada palpación de ideal, quizás de ensueño!... ¿Divago, amigo?

—Hable, compañero.

—La lucha, forma de concretarse una aspiración, es una ley natural de los seres. El hombre tiende a la perfección, a la superioridad. El tipo elevado se concreta al alma, la pule, la afina, la desmaterializa. El hombre común tiene también necesidad de esa lucha, de esa aspiración, que, cuando menos, se hace romántica cruzada de derechos desconocidos y de reivindicaciones justicieras.

Enciérrense unos en egoísmos criminales, legislen o teoriceen otros, den o nieguen razones, la cuestión es que está ahí el problema vivo, y a veces entenderlo es cosa de corazón, por aquello de comprender para amar.

Y cuando uno menos quiere creer, el drama va a buscarlo, lo rodea, lo incita, e inexcusable, impositivo, da un minuto, un solo segundo veloz para que uno se ponga del lado de la mezquidad rastrera o del ideal casi inaccesible, y por eso ideal!

Nunca había pensado en problemas sociales. Sin una vocación definida, me dediqué a la carrera de las armas y por esa misma falta de vocación quizás me he podido salvar de ese instituto retardatario y amoral. De guarnición en provincias; jugando al billar en los clubs de los pueblos; haciendo el amor, como el tordo, al descuido, vinieron los grados, y héteme teniente, empezando a sentir, si no cariño, apego a la carrera fácil y a la cohorte de comodidades y de vulgares satisfacciones que me deparaba, cuando, de pronto, a media noche, un día imprevisto, nos embarcamos para la metrópoli, obedeciendo a una terminante orden telegráfica.

¿Qué sucedería? ¿Una guerra? Era tan problemática una guerra en América. Sin embargo, por allí se abría sonriente el porvenir. Entre la sangre y el combate, el humo y la muerte, nos aguardaban los galones, los triunfos y la gloria. Aquel era nuestro medio. Aquel horror, aquella sombra, aquella hecatombe en perspectiva, no me hizo hesitar un punto. Al toque del clarín, bajo el retumbar de las descargas y el relampaguear de los aceros, íbamos a la victoria!

Pero ya estábamos en la capital y fué grande la desilusión. Nada de lucha bella y trágica. De triunfos, de combates. De aguardar, valientes y heroicos, al enemigo decidido. No! Era eso que

usted conoce. Las cargas salvajes contra el pueblo indefenso. El fusilar a mansalva a pobres hombres desarmados que huyen. El asaltar locales. El romper bibliotecas, amigos, para dejar desfogar a la tropa ignara.

Por momentos esperaba yo una orden de cesas que consideraba degradantes y vejatorias. Hicimos un día o dos pacíficas guardias y después, con una compañía, hube de ir a guardar el Congreso. Las noticias daban por dominada "la revolución social". Se había hecho un conato de apaciguamiento. Se retiraron tropas. Se suspendieron guardias y el pueblo, al regreso del cementerio, donde llevaría esa tarde sus ochenta muertos, se reuniría frente al Congreso.

En la sombra, traicionamiento, se preparaba la emboscada; en varios sitios se habían apostado, en secreto, tropas, y yo tenía bajo mi dirección una ametralladora, en la torre central del edificio. A través de los vidrios de una ventana — que había de romper al hacer fuego — se dominaba la ancha perspectiva lisa de la plaza y las calles que desembocaban en la principal avenida. El coronel X mandaba las tropas. A su alcance estaba el timbre que debía anunciar el momento de romper el fuego. Aquella orden yo sabía que llegaría; de cualquier manera, iba "a ser preciso". Un asomo de protesta me impulsó... no sabía qué iba a decir:

—Coronel...

—Teniente, cumpla con su deber!... — No me dejó ni hablar... Este hombre está mecanizado por la disciplina...

Tenía sólo un cabo y un soldado a mis órdenes. Subimos, y cuando desde mi atalaya cobarde contemplé la afluencia del pueblo, me empezó a temblar el corazón. Allí estaba, fría y ciega, la muerte, en aquella máquina de metal que a la presión de mi mano segaría a la multitud indefensa. ¡Cómo decirle a esa gente que había en la sombra un monstruo enemigo que cortaría, al golpe de un timbre impasible, un montón de vidas, de esperanzas, de amores...

Empezaron a afluirme como un desbordamiento las ideas. Uno puede matar en un momento de acaloramiento, de fiebre ancestral, pero asesinar fríamente, cobarde, arteramente a aquellos hombres que, después de todo, hasta quizá tuvieran razón, no podía ser!

Se engrosaba continuamente la manifestación. Sobre la hormigueante masa negra flotaban las rojas banderas; salía de aquella multitud exaltada un clamor de venganza, y yo sentía repercutirme en el alma aquel clamor.

Estaría pálido, con esa rara emoción que me ganaba. Así veía a los soldados que miraban por la ventana. Uno dijo:

—Y serán gringos todos?...

—Son hombres! — le respondí.

Se acercaban los gritos. Se alzaban amenazantes los puños. A menudo se veía arremolinarse los grupos e ir hacia un lado y otro. De pronto sonó un tiro, y otro y otro, y otro.

Los soldados ocuparon sus puestos. Abrieron las cajas de la munición. Ajustaron la cinta de metralla. El cabo elevó la mira y observó por entre la guía de acero reluciente.

Yo estaba ahogado, sudando, horriblemente nervioso.

De repente, la multitud se dirigió hacia el edificio, y sonó el timbre, impositivo, insistente.

Yo cché la mano a la rueda de la ametralladora y quedé duro, rígido, sobre olla! El timbre continuaba, desesperado...

—Fuego! mi teniente, me recordó el cabo.

—No!, no!, no!, le respondí, y empuñé el revólver.

Fué cosa de un instante, recapacité, apunté al aire, y tembló la habitación con el repiqueteo incitante y terrible.

El cabo intentó corregir el tiro. Me creyó loco y quiso dominarme. Lo tuve que matar. El otro soldado huyó, y entre el ruido y la confusión, yo conseguí escaparme.

Con mi revólver, con mis balas, me he puesto del lado de los "foragidos", y aquí me tiene usted, mientras no me identifiquen, quizás con mi sentencia de muerte ya firmada...

Sí, quizá firmada cuando me narraba su historia.

Ese compañero, como tantos otros, también "desapareció"...

MONTIEL BALLESTEROS.

CANTO A LOS GONZALEZ

(Dedicado a González Lozada, González Tuñón y al resto de los González)

A vosotros anónimos González que acaparáis la guía telefónica, que danzáis en las crónicas sociales de América y España; que recurrís de pronto a vuestras madres listas de postulantes y a veces con retratos de mal gusto asomados a notas policiales nos miráis con horror.

A vosotros innúmeros González, primeros de los Rodríguez y los Pérez mi verso os bese e inspirado os cante. González de esta tierra que recurrís de pronto a muestras madres sedientos de apellidos cuando debéis firmar algo importante o instalar una casa de comercio...

Vosotros sobre cuyas palpitantes cabezas infantiles congregóse el amor de familiares, a discutir el nombre merecido que la unanimidad transó más tarde en llamaros Eurípides o Hugos.

Oh reyes del homónimo, abundantes soldados de las listas de colectas, terror de los cronistas provinciales, víctimas de preguntas indiscretas e inocentes culpables de todos los errores telefónicos.

ENRIQUE M. AMORIN.

UNO DE TANTOS

— POR —
PEDRO MATA

—¿Me va usted a dar más original, señor López?

—No, señor Pérez; no pienso darle a usted más original. ¿Es que no tiene usted bastante?

—Me falta una columna.

—¿Y no hay nada compuesto de que hacer mano?

—Un artículo sobre el amor en los lapones.

—Magnífico.

—Pero habrá que regletearle.

—Regletee lo que le parezca.

—Entonces, ¿ajusto?

—Ajuste usted.

Son las cuatro y cuarto de la madrugada. La estufa se ha apagado. Hace frío. El viejo reloj de la redacción golpetea monótono, con lento martilleo, tic, tac..., tic, tac..., tic, tac...

López se incorpora en el sillón, estira las piernas, arquea los brazos, entrelaza los dedos, apoya en ellos el codo y bosteza, un bostezo enorme, que hace huir despavorido a dos ratones que se habían aventurado a salir de su agujero. Después saca del bolsillo un papel de fumar y unas migajas de tabaco, líta un pitillo, lo enciende, se levanta, se pone el gabán y el sombrero, desliza una mirada indiferente sobre las mesas, sobre los montones de periódicos desdoblados, sobre los papeles azules de los telegramas, sobre los papeles amarillos de los telefonemas, sobre las satinadas cuartillas, y por fin, pausadamente, avanza hacia un sofá viejo y desvencijado, sobre el cual hay una especie de envoltorio negro; pone la mano sobre él y grita:

—¡Eh! ¡Rodríguez, Rodríguez!

El envoltorio se agita y asoma una cabellera despeinada, unos párpados hinchados, unos bigotes lacios y caídos.

—¿Qué es eso? ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Que hemos cerrado.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Qué hora es?

—Las cuatro y veinte.

—¿Qué barbaridad!

El envoltorio se agita de nuevo, y tras la cabeza aparecen un pescuezo flaco, un tórax undido, unos brazos larguiruchos, unas piernas inabables.

—¿Qué barbaridad! ¿Qué sueño! ¿Y qué frío! Me he quedado helado. ¿Ha caído mucho que hacer?

López se encoge de hombros y se va. Tumbados en los bancos de la portería, los ordenanzas duermen.

Al abrir la cancela de cristales, un latigazo de frío le sacude el rostro y le hace estremecerse; pero, reponiéndose en seguida, se abrocha el gabán, se encasqueta el sombrero, mete las manos en los bolsillos, baja la cabeza y sale de estampín por la calle abajo. El viento sopla sutil y penetrante, azotándole las narices, asustándole las orejas, salpicándole el bigote de cristales de escarcha. Ha llovido. Las luces vacilantes de los edificios



ros rielan en los charcos y la luna resbala en las aceras, haciéndolas brillar como láminas de cristal bruñido.

López anda, anda, anda. Sus pasos retumban en las losas, y el eco los devuelve tan claros y sonoros, que dos veces se detiene y vuelve la cabeza para mirar si alguien le sigue.

No le sigue nadie. La calle está desierta. De tarde en tarde, el chacoloteo de una herradura, el trepidar de un coche, el tañido de unos cencerros, el ruidoso rodar de unas carretas, turban el reposo; y un coche pasa rápido y una carreta avanza, y luego otra, y luego otra, y otra, todas tardas, pausadas, balanceando su carga de jarras, de retama, de seras de carbón.

Poco a poco el chacoloteo se amortigua, el trepidar se apaga, el sonar de los cencerros se extingue. Entonces los pasos vuelven a retumbar sobre las losas y se oyen los silbidos de los trenes, unos breves, cortos, agudos como gritos de espanto; otros largos, graves, aflautados, lastimeros. Un gallo canta. Repica frenética la esquila de un convento.

López llega a su casa. A tientes — una ráfaga de aire le ha apagado en el portal la única cerilla que le quedaba — emprende la penosa ascensión de la escalera. Los viejos peldaños crujen y, la presión de la mano, tiembla con largo trémolo la mal sujeta barandilla.

Al abrir la puerta de su cuarto ve la alcoba iluminada y a su mujer vestida. Un escalofrío de miedo, el presentimiento de una noticia desagradable, le deja un momento indeciso. Luego avanza.

—¿Qué es eso? ¿Qué haces de pie a estas horas?

Ella inclina tristemente la cabeza y señala la cuna:

—El niño...

—¿El niño? ¿Qué le pasa al niño?

—Está malo.

—¿Qué tiene?

—No sé; ha estado todo el día muy fastidioso; no ha querido estar más que echado, no ha comido nada. A poco de marcharte tú le entró un frío muy grande, y luego mucha calentura, y con ella sigue. Tócale, tócale la frente; verás.

López avanza muy decidido hacia la cuna, pe-

ro al llegar cerca de ella se detiene.

—No me atrevo; tengo las manos eladas.

—Hace mucho frío, ¿verdad?

—Mucho frío.

Los dos quedan callados, pensativos. El silencio se hace tan profundo, que se oye perfectamente la respiración del chiquillo, atropellada, fatigosa. Fuera, el viento silba, golpeando las persianas, zarandeando la barra de una cortina, que, al chocar contra el quicio de un balcón, produce un sonido metálico y duro. Un reloj da lentas, acompasadas, unas horas. Otros relojes le contestan.

—¿Has avisado al médico?

—No; yo creo que esto no será nada; algún asiente; mañana le daré una purga y si, lo que no quiera Dios, se pusiera peor...

—No, no; hay que llamarle en seguida; en los niños todo tiene importancia. ¿Dices que ha pasado muy mal día?

—Muy inquieta.

—Sin embargo, ahora parece tranquilo. Duerme.

—No, no duerma. Está amodorrado. Llámale, verás como no duerme.

López se acerca a la cabecera de la cuna, se pone de cuclillas y chilla con acento destemplado:

—¡Cielin, rico de la casa...! ¿Quién te quiere a tí, gloria mía!

El chico abre los ojos y fija en su padre una mirada inteligente. Después, como si la luz le dañase, torna a cerrarlos.

Es un chiquillo anclenque, delgaducho, con la frente enorme, limpia de pelo. Las rosetas violáceas que la fiebre ha dejado en sus mejillas le dan aspecto de una muñeca de cartón.

López, en cuclillas de ante de la cuna, le contempla largo rato fijamente, como si quisiera leer al través de la carne el secreto de su enfermedad, hasta que el dolor que le causa en las piernas la violencia de la postura le obliga a incorporarse.

Entonces su mujer se acerca a él.

—Ove, Pepe, ¿tienes dinero?

López palidece.

—¿Dínefo? Según... ¿Cuánto necesitas?

—Poco; para acabar el mes. Estamos a veinticuatro.

—¿No te queda nada?

Ella saca del bolsillo del delantal unas monedas.

—Esto: seis pesetas y unos céntimos.

Luego, en voz baja, toda confusa, balbuciendo, trata de justificarse:

—¡Esta todo tan caro! He tenido que pagar al zapatero... El muchacho a venido tres veces... Pero López ha respirado ya.

—¡Ah, vamos! Tienes dinero para mañana. Bueno. Mañana buscaré yo dinero.

Y preocupado por la idea de dónde sacará este dinero, se pone a dar paseos por la habitación.

—¿No te acuestas?

—No: acuéstate tú; yo no tengo sueño. He tomado café en la redacción y me he desvelado. Tú tienes que levantarte temprano para aviar las cosas de la casa.

—¡Oh! Yo con una hora que duerma tengo bastante.

—Barón de más para que te acuestes. Anda, yo cuidaré del niño. Además, voy a trabajar.

Este último argumento la convence. Da las buenas noches a su marido, besa cinco o seis veces al enfermo, le arregla las sábanas, le pulsa, le toca la frente, vuelve a besarlo y, por fin, se desnuda y se acuesta.

López cambia las botas por unas zapatillas, el sombrero por una gorra, el gabán por otro más viejo; se sienta ante un pequeño velador, apoya la frente en la mano y queda pensativo.

El viento sigue silbando. La barra de hierro golpetea persistente el quicio del balcón. La persiana metálica de una tienda se alza con estridente estrépito. Un perro aúlla.

López se inclina febril sobre las cuartillas y escribe:

“Para los que disfrutamos de cierto bienestar y de relativas comodidades, la situación de las clases trabajadoras...”

El niño tose. El quinqué se apaga. Por los cristales escarchados entra tenue, vaga, difusa, la claridad del día.

PEDRO MATA.

UN REY DESTRONADO

(EN EL MANICOMIO)

Su majestad el Rey ha tenido visita por la mañana. A la hora de la comida asegura a sus compañeros que le han visitado la familia real y el presidente del Consejo.

—Volveré pronto a palacio.

—¿Por qué no? se dice uno.

—Cosas de este pobre hombre, opinan los restantes.

Su majestad llega a la huerta y enciende un cigarro puro. Los locos le rodean.

—¿Qué aire tan distinguido tiene usted!

El rey no contesta.

—¿Qué buen tabaco fuma vucencia!

El rey sigue impassible.

—Señor: Si V. M. se fatiga, yo chuparé.

—Después, cuando me quemé los dedos.

Y todos los locos piensan en lo que harán para conseguir la colilla.

El rey está en un banco elevado a trono, y sus vasallos le rodean. Hay algo extraordinariamente majestuoso en la apostura de aquel fumador y en el humo que rodea su cabeza.

Y después, cuando ya se quema los dedos, apaga el puro restregándolo contra el trono, enseñando la colilla a sus *cortesanos* y dice:

—Para picarla mañana.

Y se la guarda en un bolsillo.

Los locos se esparcen por la huerta.

—¿Y el rey? — pregunta un demente que acaba de llegar.

—Ya no lo es.

—¿Por qué?

—Por que apura la colilla.

SILVERIO LANZA.

BREVE NOTICIA DEL LADRON

Por LEONIDAS BARLETTA

Nació en una pocilga. Como un reptil se arrastró por la mugre del suelo los primeros meses. Su madre tenía mucho que hacer y no podía atenderlo. En lo sucesivo siempre estuvo muy atareada y no pudo ocuparse de su hijo. Si le ponía sobre la cama corría el riesgo de darse un porrazo; en brazos no podía tenerle; entonces, lo mejor era dejarlo en el suelo. ¡Del suelo no iba a pasar!

Pero pronto el niño aprendió a ir a gatas. Fué conociendo uno a uno los objetos de la pieza donde vivían y algunos de los que estaban en el patio. Lo que más llamaba su atención era la mesa que parecía una enorme casa sin paredes que él atravesaba en todos sentidos, y la tinaja de lavar la ropa, donde casi se ahogó un día que quiso explorar su interior.

También le dejaban maravillado los gatos, los perros que movían la cola con una velocidad que fatigaba sus ojillos de curioso, y también los ratones, pequeñitos, de ojos chispeantes que asomaban el hociquito trémulo por las juntas roídas de las tablas del piso.

Los gatos no le temían y restregaban el lomo en su espalda, ronroneando. Los perros dormían junto a él y le llenaban de pulgas; los ratones le cogían el pan de las manos y alguna vez hincaron el diente en sus piecitos desnudos.

La madre reñía continuamente con su marido y la leche con que le amamantaba era más propiamente un veneno. La escrófula ya le contaba entre los suyos y a causa de las frecuentes molestias intestinales y del hambre, lloraba noche y día y su garganta irritada por el continuo gritar, le escocía.

Así transecurrió su primera infancia y entró en la edad incierta en que se hacen las primeras armas con las cosas que se han de emplear en la vida.

Y sus ojos se iban a saltos detrás de las canastas del frutero, colmadas de frutas de variado y brillante color.

¿Y cómo de esta fruta que debía tener un riquísimo gusto no había en su casa?

Sobre otras le tentaban las manzanas, con sus caras pulidas, de rojas mejillas.

Y un día, metió la mano en el canasto y se llevó una. Su madre al verle se llenó de asombro:

—¿Se dan cuenta? ¡Mi hijo — ¡válgame Dios! — como si fuera un hombrecito! Ha



ido despacio, despacito, y se ha llevado una manzana de la canasta del verdulero... ¡Ay, ladroncito de mi alma!

Y el chico, gozoso, hincaba los dienteitos en el codiciado fruto. Pero ocurrió que al siguiente día, con toda inocencia quiso repetir el juego. El frutero le vió y se llevó un puntapié.

¿Como, ¿por querer comer una cosa tan rica se le castigaba? Esto no lo pudo comprender.

Pero el sol siguió cabrilleando en el agua de las tinajas y por las tardes hacía unas manchas rojizas, como de sangre, en las paredes vecinas.

Y un día en que su madre le llevó al mercado, él se percató de que el mundo era un enorme conjunto de objetos a cual más maravillosos, y, por lo menos, quiso coger algunos; pero sus manitos sucias tropezaron con el cristal de la vidriera, y allí hubieron de quedarse, crispadas y por más que pataleó, y gritó no pudo conmover aquella cosa que solo dejaba pasar los ojos.

Quizás de esta época data el odio que siempre tuvo a los cristales de las vidrieras.

Más tarde, cuando le dejaron ir a la plaza, vió que no todos eran como él. No eran todos iguales. Unos llevaban lindos trajes a la marinera; pero tuvo que conformarse con mirar lo que llevaban los otros.

Mientras él andaba en sus zapatillas destrozadas, los que vestían bien, como si esto fuera poco, iban además en automóvil. Tampoco pudo comprender claramente porque esa

gente que tenía la suerte de llevar hermosas botas de cuero, tenía necesidad de ir en automóvil.

Por otra parte, ¿que habían hecho para gozar esas delicias?

Se lo preguntó a su padre. ¿Porque, eh, porque los vecinos tenían automóvil y vestían lindos trajes?

El viejo movió la cabeza con cólera y gruñó:

—¡Porque roban!

Y siempre que en la mesa faltaba de comer el viejo decía que lo había perdido su honradez, que se había dejado avanzar por la vida y había sido siempre honesto y que por esto, ahora que estaba viejo, no tenía en que caerse muerto.

Y un día, algunos años más tarde, nuestro buen muchacho hizo un descubrimiento terrible. Descubrió que todo lo que apetecía podía ser suyo con solo ingeniarse para cogerlo sin que lo notasen. Porque apropiarse de las cosas sin pagar por ellas no era consentido y entonces era necesario cultivar la habilidad de sustraerlas.

Y una vez fué por gusto y otra vez porque la necesidad le hacía de escudo. Y aun su imaginación ardiente le hacía más atractivo aquel juego arriesgado.

Se diferenciaba de los otros muchachos en que no tenía capacidad de resignación. Si algo le faltaba se lo procuraba de cualquier manera.

Fué con el tiempo, el hombre que, no teniendo nada, lo tenía todo en cuanto estuviese al alcance de su mano.

Una noche, después de andar por las azoteas blanqueadas por la luna, le apresaron.

Fué insultado, vejado y apaleado. Se le encerró en un calabozo sucio y las desconsideraciones fueron pocas para él.

LEONIDAS BARLETTA.

"BESTIAS, HOMBRES, DIOSSES"

Sobre nosotros, condenados gacetilleros, pesa el designio fatídico de la opinión pública imponiéndonos la obligación de leer en un momento determinado por los demás el libro que a los demás entusiasma.

Cumpliendo con el deber sagrado y para mantener en alto el pendón de nuestra cultura, debemos suspender la lectura de Tito Livio, a la

cual nos hemos entregado con pasión, para enterarnos de lo que dice el señor Ossendowski, sabio polaco, antibolchevique, ingeniero en minas, director del ex-periódico "Oro y Platino", asesor técnico de la Comisión Superior de Marina durante la guerra y después empleado de Kolchak.

"Bestias, hombres, dioses" pertenece a esa categoría de libros que deben ineludiblemente leerse en plazo perentorio para sacarse de encima la pesadilla de su cita en el café, en la calle y en rueda de plumíferos. Está pues en el mismo plano editorial en que han estado "El hombre es bueno", de Leo Frank, "La Decadencia de Occidente" de Spengler, "La Real Politik" de Astrada, y muchas obras más que ya hemos olvidado.

Urge sentar un principio para esa especie de engendros intelectuales: así como la moda en el vestir no tiene siempre relación directa con la belleza. (Simmel) tampoco la boga y el éxito editorial tienen siempre relación con su calidad (Hugo Wast).

Hay fortunas desproporcionadas y la de "Bestias, hombres, dioses" es una de ellas.

¿Quiere decir esto que estamos hablando de un mal libro? No señor, de ninguna manera. Es interesante en sumo grado por las escenas y los lugares que descubre, envueltos en la espesa niebla de las leyendas y herméticos por causa de nuestra ignorancia. Uno de los valores primarios del libro es pues el ilustrativo, valor común por lo demás a todo libro de narración de viajes, salvo el del señor Medardo Alvarez Luque sobre el cual todos estamos de acuerdo en que es una inmoral porquería.

Pero "Bestias, hombres, dioses" no es un libro que haga época, como se dice por ahí, ni es un libro impecable, ni excelente, ni excepcional, ni genial. Es una correcta narración de hechos extraordinarios, semi-salvajes, ocurridos al autor en su odisea a través de la Mongolia mística, ignorante y sanguinaria.

Un libro que trata en forma correcta de tema tan sugestivo puede interesar al público cuando un editor se empeña. Es que el público de aquí está poco familiarizado, en realidad, con la corrección, virtud ausente en el noventa por ciento de las obras literarias americanas.

La producción europea siempre llega hasta nosotros depurada, escogida por traductores y librerías y para sobresalir un libro, en esas condiciones, necesita, a lo menos virtudes básicas que puedan hacerlo acreedor a la atención de los lectores ultramarinos.

Leyendo "Bestias, hombres, dioses", aparte de cumplir con un deber, hemos pasado un rato agradable, y tenemos la satisfacción de poder hablar de él sin girar al descubierto; pero... volvamos a Tito Livio porque con el otro los ingratos cordobeses no tienen ni para quince días.

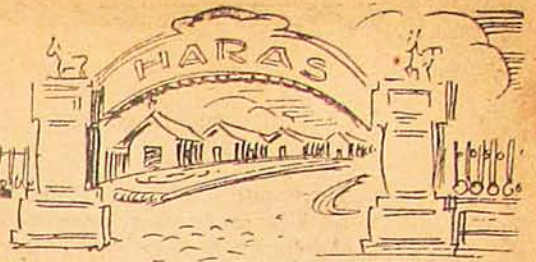
De todo esto Ossendowski no tiene la culpa.

JUAN JOSE.

Córdoba, febrero de 1925.

EL FOMENTO DE LA RAZA CABALLAR

1104
M. GIMENO.



EL VERDADERO SPORTMAN QUE NO TIENE RERAROS EN SACRIFICAR SU FORTUNA EN PRO DE SU IDEAL EL MEJORAMIENTO DE LA RAZA CABALLAR.

UNO DE LOS NEGOCIOS MAS BRILLANTES QUE EXISTEN A PESAR DEL CONVENIMIENTO DE QUE EL CABALLO DEJARA DE SER ELEMENTO PRACTICO EN EL PROXIMO FUTURO.



NUESTRO HIPODROMO -HAY QUE CONPESARLO- ES UNO DE NUESTROS MEJORES EXPONENTES, QUE GRACIAS AL ESFUERZO Y ABNEGACION DE NUESTROS SPORTMAN NOS SENTIMOS ORGULLOSOS EN QUE SEA UNO DE LOS MEJORES DEL MUNDO

BANCO MUNICIPAL DE PRESTAMOS



BENEMERITA INSTITUCION QUE GRACIAS A NUESTRA AFICION HIPICA HA PROGRESADO ENORMEMENTE, SIENDO UNO DE LOS BANCOS MAS CONOCIDOS QUE TRABAJAN EN PLAZA.



NINGUN GRAN HOMBRE DE LOS NUESTROS HA GOZADO DE UNA POPULARIDAD TAN ARRAIGADA EN EL PUEBLO COMO NUESTROS GRANDES "STAYERS," BOTAFOGO, OLD-MAN, ETC.

NUESTROS SPORTMAN TAMPOCO OLVIDARON LA FAZ CARITATIVA DANDO UN TANTO POR CIENTO A LA



SOCIEDAD DE BENEFICENCIA, ASI QUE TODO HA SIDO PREVISTO PARA EL EXITO... MENOS ESTOS DOLOROSOS CASOS.



TEODORINDA

Tiene quince años ya Teodorinda,
La hija de Lucas el capataz;
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

Carne, frescura, diablura, risa;
tiene quince años no más... ¡olé!
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pié.

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte fascina, daña...
y más de un mozo de sangre huraña
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío, la airosa facha
de la muchacha... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patrón.

Antes que el alba su luz encienda
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cuidala, viejo, como a una flor
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es al tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas brusca repecha...
el amo cerca del trigo acecha
y la echa un beso por el testuz...

POETAS

EN EL TALLER

Mientras el meollo puebla un chiste rancio
que dicho con gracia fuera original
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico,
un cuadro de otoño y una ancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color cognac
y enfermo incurable de una larga bruma
oye a un reloj viejo que dice... tic-tac.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondria, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar... ¿De qué?
Flojo y aburrido con un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe,

Su madre está lejos. A morir empieza
allá donde el padre sirve un puesto "ad-hoc"
ni le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block

Hace ya diez años, que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad...
Iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheos de antaño!
Se sufre, se sufre... ¿Por qué? ¿Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
Y otro año... ¡Qué diablos, la vida es así!

A. LABARCA.

CARLOS PEZOA VEJIZ.

CHILENOS

LA MAESTRA RURAL

A Federico de Oñs.

La Maestra era pura. "Los suaves hortelanos",
Decía, "de este predio, que es predio de Jesús.
Han de conservar puros los ojos y las manos.
Guardar claros su óleos, para dar clara luz."

La Maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel.)
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano.
¡Y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fué un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
Tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso.
Largamente abrevaba sus tigres el dolor!
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡Más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
El himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
Del lucero cautivo que en sus carnes ardía:
Pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
Su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
¡Y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!

Pasó por él su fina, su delicada esteva,
Abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
Es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
El día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
A La de Ojos Profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como cojín de luna:
Almohada de sus sienes, una constelación;
Canta el Padre para ella sus canciones de cura
¡Y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
Para volcar aljófares sobre la humanidad;
Y era su vida humana la dilatada brecha
Que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
Púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo, aroma, me cuenta,
Las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

GABRIELA MISTRAL.

FECUNDIDAD

El porte grave, el porte de esta robusta vaca
de cuernos recortados. El aire distinguido
de ésta que es corniabierta y ésta que es tan re-
[taea,
mandan el pasto alegre donde rumia el marido.
Sopla un aire soberbio... ¡Salud, señor paisaje!
¡Es usted tan potente! ¡Y es usted tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la pradera
la encantadora carne de la esquiva ternera
que hace saltar la brizna, buscando, hocico al aire,
no sé qué encanto nuevo que ha soñado... El des-
[gaire
de los gallos erguidos, de los peños de estacas
que hacen rueda a las pollas de floreados pom-
[pones,
entre el aire serrote de los toros y vacas
y el chirrido tedioso de cien mil moscardones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los pavos
empiezan ademanes de lujuria en los rabos
abiertos a la inmensa gloria de un sol lascivo
que torna oscuro el gesto y el ensueño agrevivo...
Los peones cuchichean en los ranchos agrestes;
las hembras escudriñan los espacios celestes,
como soñando un hombre superior, un mancebo
de formas endiabladas, un macho ardiente, un
[nuevo
peón que viniera a brineos por las viviendas de
[ellas,
violando a las esposas antes que a las doncellas...

Por el abierto campo las manadas tranquilas
alargan los lamentos de las tardas esquilas,
mientras un venerable carnero de agria testa,
salta por sobre aquella borrega o por sobre ésta.
Más allá un potro bayo de musculosos pechos,
baja a brineos los quiebrros de los bruscos repechos,
mueve la cola, mueve las orejas nerviosas,
salta, piafa, relincha; las patas temblorosas
se levantan, se doblan. El sol cae en el anca
y hay relampaguilleos de oro. Esbelta potranca
viene dando corecoeos... Ansía que la violen...
Sopla un viento de fuego que arrastra po'en.
[¡polen!

—Oiga usted, buena moza que las vacas ordeña,
más blanca que la leche de las vacas, la sueña
mi juventud. Sus pechos deben ser aún más blan-
[cos...
(El pastor le echa el ojo por los mórbidos flan-
[cos...)

Oiga usted, buena moza. Mire el sol; una brasa...
¿Vé usted a la potranca? ¡Pues ella se solaza!
Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora-
mira cómo en los campos la carne de las frutas
tiritá; cómo corren oleadas disolutas.
Mira cómo la vida revienta. Mira cómo,
el viento ama las tierras y les araña el lomo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira;
luego se va acercando. La pastora suspira...

A. LABARCA.

POETAS RUSOS CONTEMPORANEOS

(Traducción de ISRAEL ZEITLIN)

LA CANCIÓN

Alta está mi ventana sobre el mundo,
alta está sobre el mundo.
No veo más que el cielo del alba y del crepúsculo,
del alba y del crepúsculo.
Y el cielo me parece ¡tan pálido y vacío!,
¡tan pálido y vacío!
Piedad no tendrá para mi pobre corazón,
mi pobre corazón.
¡Ay de mí! Qué de locas tristezas me consumo,
¡ay de mí! me consumo.
Anhele ¡cómo anhele! eso que no conozco,
eso que no conozco.
Y yo no sé de donde me viene ese deseo,
no sé de donde viene.
Pero el corazón quiere el milagro y lo pide,
el corazón lo invoca.
¡Oh, que venga, que venga eso que tanto tarda!
eso que tanto tarda!
El pálido infinito me promete el milagro,
me promete el milagro.
Pero acodo sin lágrimas la promesa falaz,
la promesa falaz.
Porque yo quiero aquello que el mundo nunca tuvo
y que nunca tendrá.

ZENaida GHIppINS.

Nota. — Con su esposo — Demetrio Merejkovsky — fué la iniciadora en Rusia, de la novela filosófico-religiosa. Artista original y vibrante, ha cultivado todos los géneros literarios, excepto el teatro. Nació en 1868.

Del libro "La Madre" (1918)

Hoy, solo el hombre cruel no siente ira.
Demasiado dolor hay en el mundo;
hijo mío, obedece al dios austero:
mata, si hay que matar. El santo grito
de la venganza es siempre luminoso;
pero no seas un ciego criminal,
recuerda ¡cuán feliz soñabas sobre
el tibio seno de tu buena madre...

S. DUBNOVA.

Nota del Trad. — La autora de esta composición, que se iniciara en la vida literaria con un libro de versos románticos "La flauta de otoño", en el año 1911, forma en la actualidad, con Ana Achmatova, Linbov Stolitza, Marina Zvietajeva, María Szkapkaia y Marieta Seiazhinian, la falange de poetisas que consecuentes con el nuevo credo artístico, introdujeron un soplo de renova-

ción en la lírica rusa, humanizándola con tomas vibrantes de vitalidad y abandonando definitivamente el empaque académico de que adolecía la vana y fría producción poética de fines del siglo pasado, para hacerla de ese modo asequible a las masas populares, tan necesitadas de ese pan espiritual, que tan miserablemente le rehusan los pitécantropos literatúreses...

LA MUSA AL POETA

...Tu pecho está ya atravesado por las torturas de la melancolía, pero la ruta que vas a recorrer todavía es larga. Yo te diré lo que te espera en tu patria: piedras te arrojará tu pueblo, porque con verbo pujante tú habrás anunciado la hora terrible de la venganza, para el que se ha hundido en el fango de la ociosidad; para aquel cuyo corazón no sufrió la más ligera conmoción ante los lamentos desgarradores de sus hermanos perseguidos; para aquel que no ha conocido otra ley que la ley de sus padres; pero, no te arredres: piensa que yo estoy contigo y las piedras volarán por encima de tu cabeza soberbia.

Si te arrojan a la cárcel, no te amilanes, cree siempre: yo misma descorreré los inmundos cerrojos de tu prisión. Y tú marcharás de nuevo, levita predilecto de la musa, y tu voz no resonará en vano en el mundo.

La simiente del amor, caerá en el fondo de los corazones y vendrá el día en que ella dará sus frutos espléndidos. El hombre no tendrá que esperarte mucho; ni mucho que luchar ni sufrir. El mundo va a resucitar a la vida: mira, ya la luz de la verdad hace brillar sus últimos resplandores tras las nubes.

Ve pues, pleno de fé. Y sobre mi seno reposarás luego de tus angustias y tus padecimientos.

PLESCHEV.

N. del T. — Exprofesamente traduje en prosa esta conceptuosa composición, para demostrar que a los poetas, no les presenta el verso ninguna traba para expresar altas ideas y profundas reflexiones, que puestas en prosa no pierden su esencia. Elexis Niccolavitch Pleschev, que nació en 1825, pertenece a la misma escuela que Nekrasov. Su vida ha sido singularmente penosa. A la edad de 24 años, complicado como Dostoievsky, en el proceso de Petrachevsky, fué condenado a muerte, indultado por el zar; fué incorporado como simple soldado a un regimiento de caballería. No pudo volver a la vida civil hasta 1857; establecido en Moscú, después en San Petersburgo (hoy Leningrado) tomó parte activa en la redacción de los *Anales patrióticos* y del *Mensajero del Norte*. Su poesía respira una melancolía profunda y una ardiente simpatía por los humildes.

Trad. de Israel Zeitlin.



“La niña” es tan delicada y tan bonita, que a la madre le da pena consentir que trabaje. Por eso es ella quien, de la mañana a la noche, lo hace todo en la casa: cocina, plancha, lava, tiende camas, barre, mientras “la niña” dignifica el ocio de sus manos blancas, de uñas rosadas y largas, cuidadosamente pulidas, haciendo “irlan-da”, “filet” o “venecia” para sus elegantes camisas.

Cuando de noche, al acostarse, sola en su dormitorio, “la niña”, tan blanca y cuidada, se ve en camisa ante el espejo, no puede menos que confesarse a sí misma que haría una bailarina o una artista de “cine” deliciosa.

“La niña” se llama, simplemente, Teresa. Pero, como tiene apellido el vulgarísimo patronómico de López, por su cuenta y riesgo se ha antepuesto el lindo nombre de María y se ha agregado, además, el apellido materno, que es poco vulgar. Y así, ahora firma, elegantemente: María Teresa López Solar... lo que es distinguidísimo.

También se ha buscado un mote moderno bonito, mimoso y ya su familia y sus amigas le llaman “Chiche”, lo que a ella le satisface mucho. Al principio la madre no podía acostumbrarse y aun delante de gente le decía “Teresa” o “Teresita”. Pero “la niña” tomaba cada disgusto, que la pobre mujer, afligida, no hacía más que repetir el día entero: “Chiche”, “Chiche”, “Chiche”, para habituarse al sobre nombre. Vivían entre habitaciones pequeñas. Pero “Chiche”, cuya voluntad es en la casa una ley, exigió que se alquilara un chalecito, no lujoso, pero sí de bello aspecto en una calle más céntrica. El presupuesto, con el alquiler más subido, se ha recargado, es natural. Mas, ¿qué importa? Chiche, que es fecunda en recursos, ha suprimido el diario que el padre acostumbraba a tomar por mes; la mujer que venía a ayudar a la limpieza de la cocina y la leche para el café, con lo que todos salen ganando, pues es riquísimo el café solo y la leche viene tan mala, ahora... Hacen cada cosa, con ella, los lecheros.

Chiche está cada día más hermosa. Todas las noches, de sobremesa, “los viejos” se emboban mirándola, en tanto ella, abstraída, hojea un figurín o lee una novela de moda.

—¿Qué vida de princesa! — piensa cada uno

para sí. — ¡Qué manecitas más lindas!

La madre, acostumbrada al criollo “vení”, al “decí”, al “traé”, recibe cada reprimenda...

—¡Ave María, mamá! Pareces una lavandera. Se dice “ven”, “dí”, “trae”. ¡Qué pensará la gente si te oye!

—Bueno, hija. Soy ya muy vieja para corregirme — contesta, a veces impaciente, la pobre mujer.

Luego, en la soledad del dormitorio conyugal, sueña:

—Chiche se casará con un “doctor”. O, por lo menos, con algún ricacho. Es una mujercita capaz de enorgullecer a cualquier hombre. Chiche, asidua concurrente al cine, tiene ahora novio: un estudiante, hijo de un opulento estanciero del departamento del Salto. Será abogado y ¿quién sabe? Tal vez en el porvenir hasta llegue a ser presidente de la república.

Chiche sueña, sueña... Hace ya un mes que conversa con él todas las noches por el balcón. El muchacho, entusiasta y romántico, insinúa ya su deseo de hablar con los padres de la niña, de formalizar el noviazgo...

“Su menti”, Chiche, se dice que es preciso comprarle a la madre un corsé y obligarle, todas las noches, a ponerse un poco del col cream en las manos, emnegrecidas por el trabajo.

No quiere que la pobre mujer, basta y curtida, aparezca así ante su novio. Una noche el muchacho dice:

—Paquito Arana, mi compañero de cuarto, te vió ayer. Está entusiasmado y no hace más que felicitarme por la preciosa que eres.

Chiche, con vaga extrañeza, pregunta:

—¿Ayer?... ¿Dónde?... ¿Si no he salido!...

Sí, era de tardecita y venías por la calle Plata con una señora gruesa, que traía una cestita en el brazo... Paquito iba en auto. Tú no te fijaste. ¡Has con tu mamá!

Chiche maldice la ocurrencia que tuvo de acompañar a su madre a casa del verdulero don Nicola, en busca de las acelgas para los consabidos raviolos del domingo. Y, en la sombra, roja como una amapola, una amapola muy bonita, por cierto, dice con frialdad y aplomo:

—¡Ah! ¡Ya recuerdo! Me dió por ir con la cocinera hasta una quinta de aquí cerca, en busca de frutas. Por caminar, no más, pues tenía un dolor de cabeza tan terrible...

¡NO!

¡Cuánto sufrí! ¡y qué solo!... Ni un amigo, ni una mano leal que se tendiera en busca de la mía, ni siquiera el placer de crearme un enemigo.

De mi abandono y mi dolor testigo de mi angustiada vida compañera fué una pobre mujer, una... cualquiera que hambre, pena y amor partió conmigo...

Hoy que mi triunfo asegurado se ha'la, tú, amigo por el éxito ganado, me dices que la arroje de mi lado, que una mujer así denigra... ¡calla! con ella he padecido y he luchado; ¡el triunfo no autoriza a ser canalla!

JOAQUIN DICENTA.

MAXIMAS Y CHISTES

La pereza es madre de toda psicología. ¿Será la psicología... un vicio?

El más valeroso de nosotros rara vez tiene el valor de afirmar lo que sabe de ciencia cierta.

Para vivir solo es menester ser una bestia o un Dios — dice Aristóteles. — Falta un tercer caso: es necesario ser lo uno y lo otro: ser un filósofo.

“Toda verdad es simple”. ¿No es esto una doble mentira?

De una vez para siempre: hay muchas cosas que no quiero saber. La sabiduría marca límites hasta al conocimiento.

Aquello que vuestra condición tiene de salvaje es lo que mejor es cura de vuestra perversidad; quiero decir, de vuestra espiritualidad.

¿Será el hombre una equivocación de Dios? ¿O Dios no será más que una equivocación del hombre?

En la escuela guerra de la vida, el que no me mata me hace más fuerte.

Ayúdate a tí mismo y todo el mundo te ayudará. Principio del amor al prójimo.

¡No incurráis en cobardía respecto de vuestros propios actos! ¡No los repudiéis después de consumados! ¡El remordimiento de conciencia es indecente!

¿Puede resultar trágico un asno? Perecer bajo una carga que no se puede soportar ni desechar... Es el caso del filósofo.

El que posee su *por qué* de la vida, se aviene a casi todos los *cómo*. El hombre no aspira a la dicha. Sólo el inglés hace eso.

El hombre ha creado a la mujer; ¿con qué? Con una costilla de su dios... de su *Ideal*.

¿Qué buscas? ¿Quieres multiplicarte, centuplicarte? ¿Buscas prosélitos? Busca ceros.

Los hombres póstumos — yo, por ejemplo — son menos comprendidos que los que amoldan a su época, pero se les oye más. Expresándome con más exactitud: no se nos comprende jamás; de ahí viene nuestra autoridad.

Entre mujeres. ¡La verdad! ¿No conocéis la verdad! Es un atentado contra nuestro *puñal*.

Ved un artista como a mí me gustan. Es modesto en sus necesidades; no pide más que dos cosas: su pan y su arte. — *Panem et Circen*...

El que no sabe poner su voluntad en las cosas, quiera, al menos, darles algún sentido, lo cual le hace creer que hay una voluntad en ellas. (Principio de la fe.)

¿Como es eso? ¿Has elegido la virtud y la elevación de alma y al mismo tiempo echas una mirada codiciosa a los provechos de los indiscretos? Con la virtud se renuncia a los provechos. (Para escribirlo a la puerta de un antisemita).

La mujer perfecta *comete* la literatura, lo mismo que comete un pecadillo; por probar, de pasada, y volviendo la cabeza para ver si alguno lo advierte a *a fin* de que alguno se entere.

No hay que ponerse en situaciones en que no vale tener falsas virtudes, sino que, como el bailarín en la cuerda, se cae o se endereza uno... o se tira.

“Los hombres malos no tienen cantos”. ¿Cómo los tienen los rusos?

“El ingenio alemán” hace diez y ocho años es una *contradictio in adjecto*.

A fuerza de indagar los orígenes se vuelve uno cangrejo. El historiador mira hacia atrás, y acaba por creer hacia atrás.

La satisfacción preserva hasta de los enfriamientos. ¿Se constipa jamás una mujer que sabe que está bien vestida? Se puede hasta poner el caso de que esté muy poco vestida.

Desconfío de todos los que tienen sistemas, y huyo de ellos. La voluntad del sistema es una deslealtad.

Se dice que la mujer es profunda. ¿Por qué, si en ella jamás se llega al fondo? La mujer ni siquiera es plana.

Cuando la mujer tiene virtudes masculinas, no hay quien la resista; cuando no tiene virtudes masculinas, es ella quien no resiste, quien se zafa.

¿Cuánto roía antes la conciencia! ¿Qué buena dentadura tenía! Y ahora, ¿qué es lo que falta? Un dentista.

Rara vez se comete una sola imprudencia. Con la primera imprudencia se hace demasiado. Por eso se comete generalmente la segunda, y en ella nos quedamos cortos.

El gusano se enrosca cuando le pisan. Esto es muy prudente, puesto que reduce las probabilidades de que le vuelvan a pisar. En el lenguaje de la moral, eso se llama humildad.

FEDERICO NIETZSCHE.

LOS DOS MENDIGOS

— POR —

ALVARO YUNQUE

Baltasar, un viejecito tembloroso, marchaba por su derrotero de todos los días, un camino que unía la ciudad con aquel pueblecito veraniego. Corría el verano y era la hora del crepúsculo: en aquella estación y a aquella hora, no faltaban veraneantes de buen corazón, los que, movidos por su miseria, aunque tapándose las narices, le largaban un óbolo que él agradecía humildemente con su voz más quejumbrosa. ¡Y que aún hubiesen perversos, pensaba él, que renegasen de los ricos!, ¿qué sería de él, Baltasar, del miserable viejecillo Baltasar, si los buenos ricos no lo amparaban con su misericordia?

De esas ideas suyas se había burlado don Sebastián, el boticario del pueblo; mas el cura las había hallado muy justas y razonables. ¡Y vaya si sabría el señor cura!

...Por el camino llegaba un obeso señor; Baltasar descubrióse.

— ¡Una limosnita, señor!

El señorón, sin mirarlo siquiera, siguió su marcha, despaciosamente, gozoso de disfrutar aquel paisaje en aquella hora tibia y poética.

Aquello ocurría no pocas veces a Baltasar, no siempre los buenos señores lo socorrían; muchas veces, pasaban de largo sin siquiera mirarle; más aquello era justo también; no había sido poca su osadía al turbar el paseo de aquel buen señor con la vista de sus harapos nauseabundos!

El camino hacía un recodo, y, al doblarlo, vió el bueno de Baltasar, algo que lo llenó de asombro: como a diez pasos de él marchaba otro mendigo; mas no claudicante y tembloroso, sino fuerte y ágil; llevaba un grueso garrote en el que no se apoyaba casi.

Luego vió el viejecillo algo más que lo llenara de verdadero estupor: venían dos damas, y él, el mendigo del garrote, sin descubrirse siquiera, estiró la mano; las damas miráronlo, apresuradamente, metieron las manos en las carteras. El mendigo recibió el óbolo y se largó sin dar las gracias.

Cuando ellas llegaron ante Baltasar, una decía:

— ¡Qué susto!; y la otra:

— ¡Ay, me quedé helada!

Baltasar, descubriéndose hasta los pies, imploró lastimeramente:

— ¡Una limosna para este pobrecito!...

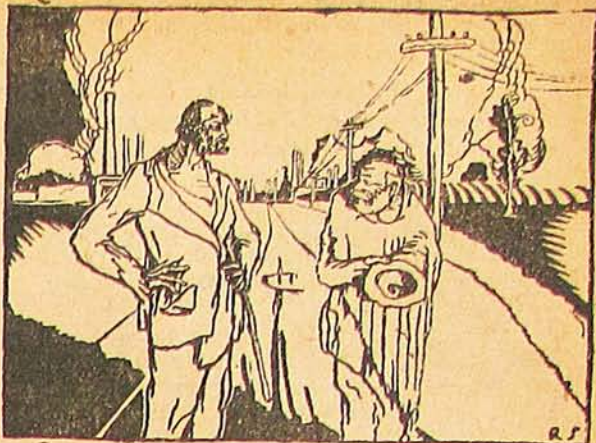
Las damas, como antes el señor, ni lo miraron.

— Ah — pensó Baltasar, — ah, pillo, él tenía la culpa, claro, va delante mío y recibe las limosnas, los ricos no van a dar a cuanto pordiosero encuentren. Ah, pillo; pero ¡ya verá, ya verá!...

Presuradamente, tomó por un atajo; cuando volvió a salir al camino, el otro estaba a quince pasos detrás suyo.

Venían tres jóvenes, iba a pedirles, cuando uno de ellos le dió una moneda; guardóse la y se quedó mirando a ver qué hacía su rival. Este pasó al lado de ellos sin hacer la menor seña de pedir.

— Ya está, — pensó el viejo, — lo he jorobado, ¡adelante! — Y apretó el paso.



Llegaban una señora joven y un niño. Baltasar les afrontó. Se detuvo la señora, sacó una moneda, dióse la al niño y éste se la entregó al mendicante.

— Dios se lo premiará, señora, Dios los hará felices, y al niño...

Calló porque ya no podían escucharle; la señora iba alocionando a su hijito:

— Hay que socorrer a los ancianos, la caridad...

No oyó más; pero quedóse observando, su rival esta vez se plantó ante la señora, tenía un gesto imperioso y una cara torva, los ojos le brillaban siniestramente bajo una enmarañada cabellera que le daba un aspecto salvaje.

La pobre señora se detuvo asustada; luego, maquinalmente, le entregó una moneda; él siguió su marcha con aire gallardo, revoleante el garrote.

Aquello no estaba en los planes de Baltasar. Tanta era su estupefacción, por aquel extraño y nuevo modo de pedir, que no se animaba a tener un pensamiento.

Ya anochecía. Por más que se apresurase Baltasar, la distancia entre ambos mendigos disminuía, sólo mediaban entre ellos unos cinco pasos.

Llegaban dos viejos de bracete. Baltasar, con su más dulce sonrisa, imploróles:

— Una caridad para este anciano...

La vieja respondió:

— Perdón. Y siguieron su camino.

El mendigo del garrote se les plantó delante.

— ¿Qué, qué?... balbuceaba el vejete todo trémulo.

— ¡Por Dios, por Dios! — tartajeaba la vieja temblorosa.

Y el mendigo, con un vozarrón rotundo, que al propio Baltasar amedrentó:

— ¡Quiero una limosna!

— Dale, dale; — salmodió la vieja.

— ¡Tome, tome!

Baltasar percibió el tintineante ruido de varias monedas al caer de la débil mano del viejo a la fuerte del joven mendigo.

— Eh?, ¿qué le parece, camarada? — dijo éste a Baltasar, cuando la pareja de viejos se hubo alejado. — ¿Creyó usted que con ir adelante mío?... Y lo miraba con aire de triunfador.

— Yo... yo...

— No me lo niegue, camarada, si he visto su maniobra.

— Yo... yo...

Baltasar contemplaba a aquel zanganote rudo, fuerte, brutesco, en la plenitud de la edad.

¿Qué me mira?, se asombra de verme joven y fuerte y de que ande pidiendo?, ¡ja, ja, ja!, bien imbécil sería si esperara a ser viejo y débil. Para pedir, camarada, hay que ser fuerte, joven y usar esto, como yo.

Y enarbolaba su pesado garrote. Baltasar, anonadado, callaba; todo aquello era nuevo, completamente nuevo para él. Le sonaba a blasfemia.

—El que da — prosiguió el otro — para que dé con gusto, ¡ja, ja, pa!, debe comprender que la misma mano que le pide puede acogerlo, ¡ja, ja, ja!, y por eso sé a quien pido y sé cuándo pido, ¡ja, ja, ja!, nunca me equivoco. Usted vió que a los jóvenes no les pedí, ¿para qué?, ¿acaso me temerían?; pero le pedía a las señoras y a la señora del niño y a los viejos, ¡que se llevaron un susto!, me dieron limosna triple, ¡ja, ja, ja!

—Pero... pero — balbuceaba Baltasar.

—¡Sé donde pido, no me verá en las ciudades, no!; y sé cuándo pido, no me verá de día tampoco, y salgo con la noche, como los asesinos... Y a los que "asalto" — y recalcó esta palabra, — ¿cómo no me van a dar con gusto si ven que quien podría quitarles todo se conforma con una pequeñísima parte? ¡ja, ja, ja!; es más cómodo para ellos y para mí que me evito de andarle huyendo a la policía, ¡ja, ja, ja! Adiós camarada.

Se alejó brioso, con andar gimnástico; y cantaba con la música del Himno de los Trabajadores, una cancioncilla picaresea.

Baltasar lo vió alejarse, luego, atontado, como si le hubiesen dado un golpe en la nuca, se echó a la vera del camino, cara al cielo. Una ráfaga le trajo la voz sonora del otro que se alejaba alegremente.

Ya era de noche; los astros tachonaban la inmensidad, las frondas traían un hálito suave, enervador; el anciano mendigo, quizás por vez naturaleza, se comprendió pequeño, mísero y déprimido en su vida, entrevió la hermosura de la bil, despreciado y dolorido; quizás, sentía una ola de sangre que, subiéndole del corazón, le calentaban los sesos; quizás hubiese querido gritar, insultar, rugir, maldecir; mas sólo sintió como si un vacío, un vacío enorme lo rodeara, percibió que algo amargo le llenaba la boca, y que una tristeza infinita lo aplastaba, lo hundía como a un miserable gusano.

Se tiró contra el césped oloroso y, lastimeramente, desgarradoramente, rompió a sollozar como un chiquillo...

ALVARO YUNQUE.

TANGARUPA

por E. Amorim.

La biblioteca "Los nuevos", editará próximamente este volumen de narraciones. Amorim describe la vida miserable del gaucho uruguayo en el norte de la república hermana. Este libro por su unidad es superior al que lleva publicado anteriormente.

TANGARUPA es el sitio donde transcurre la acción de los cuentos.

CARTAS ABIERTAS

H. de la G. — Mande otros *Instantes* más claros y se publicarán.

J. J. — El hecho de que aceptemos colaboraciones espontáneas no nos obliga a publicar todo lo que se nos envía. Aquí se publicará todo lo que se nos remita, siempre que a nuestro juicio sea publicable.

A. F. — "Pequeña historia real de una mujer", es un argumento demasiado trillado, y por añadidura usted lo ha realizado mal. Mande otra cosa.

A. C. (Córdoba). — Su cuento no es publicable. Despójese de la influencia de Vargas Vila y escriba otra cosa que sea mejor y más corta.

F. J. L. (Capital). — *La locura de María*, es una locura suya que no interesa más que a usted. Mande otra cosa que no sea de locos o por lo menos que sea del agrado de los cuerdos.

A. S. (Capital). — *Víctima social* no es posible publicarlo.

J. L. A. — "El Sentimentalismo del tango Magda" no interesa para una publicación como esta. Eso está bien para *La Novela Semanal*. Envíenos otra cosa.

Uno del Montón. — Muchas gracias. Estamos de acuerdo con todo lo que es bueno, venga de donde venga. No tenemos ni odios ni rencores para nadie, pero al pan, pan y al vino, vino.

La dirección de *verdad*, Maipú 187.

R. P. y J. Z. — El Facio Hebequer que figuraba en "Caras y Caretas" — un periodista que terminó en modisto — nada tiene que ver con el Facio Hebequer que ilustró "Malditos". Aunque llevan el mismo apellido no son de la misma familia. El uno vive en la calle Florida y el otro en Boedo...

J. A. — Flores. — El material de su cuento *María Teresa* es bueno. También es buena la intención que lo anima a escribir, pero esto no basta. Amontona demasiado elementos de una misma índole. Distribuya lógicamente las cosas y depure el estilo. No adjective por que sí, al azar, arrastrado por la sonoridad del vocablo. Aplique con precisión las palabras. No enumere fríamente los hechos. Trate de *ver*. Una cosa es *enumerar* y otra cosa muy distinta es *ver*. No escriba en frío nunca y menos sin antes haber pensado mucho qué es lo que va a escribir. No repita. Repetir no es profundizar; insistir tampoco es profundizar. Lea a los escritores rusos que son los maestros de la humanidad. Ellos le enseñarán más que nosotros. Lea una vez y dos veces y cien veces a Dostojevski, Tolstoi, Chejov, Gorki, Korolenko, Andreiev, etc. No se lo decimos por mal; se lo decimos por bien. Pues Vd. posee una condición primordial: la orientación. Mande otra cosa.

UN UNIVERSITARIO

(Historia natural de un zanahoria)

Juanito Rodríguez García, hijo de Juan Rodríguez, ibérico cobrador de una casa de comercio especializada en ventas a crédito, y de doña Manuela García, excelente administradora de su hogar, acababa de recibir el diploma de terminación de sus estudios elementales. Y, ante las sacramentales palabras: "Por cuanto Juan Rodríguez García, de trece años de edad, ha merecido la clasificación de suficiente en las pruebas finales correspondientes a los seis grados de la enseñanza primaria..." no se sentía menos orgulloso que sus padres, que a todo el mundo hablaban de la aplicación del *chico*, de las buenas notas que obtuvo y del cariño que le tomaron los maestros.

Por eso Juanillo, no podía soportar que en el almacén donde su madre le mandaba a comprar, le hirieran preguntándole para qué le había servido ir a la escuela, si se equivocaba al echar la cuenta de lo que debía pagar, y tenía que reparar siete veces las monedas del "vuelto"; para ver si éste estaba bien. Como le molestaba también sobremanera que, al leer algo en voz alta, le dijeran que nada se le entendía, o que, al escribir, le interrogara alguien sobre si para hacerlo con tan mala letra, necesitaba emplear tanto tiempo. ¡Qué se creía esa gente! ¡Cómo si no colgase de la pared, en un cuadro, su certificado — colocado sobre los de aprobación de los grados anteriores, — que acreditaba de sobra su suficiencia!

El destino del chico dio origen a algunas discusiones conyugales. Por fin predominó el criterio del esposo de que, ya que el muchacho era listo y dado al estudio, y el comercio era la mejor forma de hacer dinero, se haría un sacrificio y se le inscribiría en una Escuela de Comercio, en vez de mandarle a "recibir puntapiés" a un taller o a una tienda. La esposa aceptó tal resolución, después de sostener débilmente la conveniencia de hacer cura al muchacho, al igual que un tío suyo, "que pasaba la gran vida" como párroco de un pueblecillo de España.

Y así transcurrieron cinco años para Juanico, estudiando la carrera comercial: leyendo en Mallet la historia del mundo, desde la de la nación Egipcia, con sus faraones, esfinges, pirámides y bueyes sagrados, hasta la caída del poder temporal de los papas, para repetirla en clase en la misma forma que se relata un hecho de policía; copiando asientos de contabilidad y disposiciones del Código de Comercio, y cuadros sinópticos sobre el *europ. romano*; haciendo signos taquigráficos y caligráficos y escuchando profundos aná-

lisis gramaticales y literarios, desde las partes de la oración a las particularidades del "Mester de Clerecía"; en fin, dedicando su tiempo a la nada despreciable cantidad de cerca de veinte asignaturas de programas a cual más extenso. A decir verdad, que las naturales predisposiciones de Juanito no encontraron grandes obstáculos: con no decir menos ni más que los profesores, ni perder tiempo en leer otra cosa que los textos, fácil le fué ser el alumno que tenía las más altas notas al mismo tiempo en química y en historia, en tecnología y en literatura, a pesar de las orientaciones algo alejadas de estas materias. Así es como obtuvo el codiciado título de perito mercantil, siendo el más aventajado alumno de su curso.

Yo creo excusado decir la satisfacción que tal título proporcionó a sus padres, el gusto con que éstos pagaron los 50 pesos que costaba y lo pronto que mandaron hacer tarjetas de su vástago, en las que constaba la nueva dignidad del mismo. Y enormemente mayor fué la satisfacción de los progenitores de Juan, cuando vieron y pudieron enseñar a los conocidos el retrato de su hijo, aparecido en diarios y revistas, entre el de un pequeño número de compañeros que como él habían terminado su carrera, y, el de una gran cantidad de jóvenes que, adeudando las tres cuartas partes de las asignaturas de la misma, no tenían empacho en aparecer como habiéndola terminado. Lo que, por otra parte, disuadía a muchos de seguir estudiando, pues, si para los conocidos aparecían como peritos mercantiles en los periódicos ¿para qué querían serlo de verdad?

Juan conoció a Lucía en casa de su prima Concepción. Tenía ésta un pequeño taller de modista y Lucía era medio oficiala del mismo. Tanto la prima, como el primo y los tíos se deshacían elogiándolo a Juan. Como es natural, tan desmesurados elogios despertaron en Lucía ganas de conocer a quien los merecía, el cual, desde que terminó su carrera visitaba poco a sus parientes. Y este deseo, se relacionaba también con cierto prestigio que conquistaban sus amigas que tenían un novio estudiante, y, que ella ambicionaba para sí. Además, un día le había leído su "patrona" en un periódico estudiantil que Juan mandara, un artículo escrito por él con motivo del 25 de Mayo, en el que empleaba un lenguaje lindísimo y sonoro que terminó de cautivarla.

Así, cuando Juan vió por vez primera a Lucía, un día que visitó el taller de su prima, tenía ganada la batalla que él, hombre de aptitudes donjuanescas, iba dispuesto a librar siempre. En adelante, a sus muchos motivos de orgullo, añadió el

de poder pasear una novia bonita delante de sus compañeros de estudio.

El problema económico en el hogar de los Rodríguez, adquiría características alarmantes. El muchacho no podía menos que los otros: tenía que vestir bien, ir al café y pagar sus costosos estudios universitarios en la Facultad de Ciencias Económicas. De ahí surgió el empeño en buscarle trabajo; fueron hablados conocidos y amigos, pero nada se obtenía.

Un día, el padre regresó rebotante de gozo: había conseguido una teneduría de libros a su hijo, un trabajo que le llevaría dos horas por día y le produciría 120 pesos mensuales. Al enterarse Juan, exclamó:

—¡Ahora verán lo que vale un diplomado!

Llegó el día en que Juan debía entrar en funciones: Comenzó por objetar la forma en que se había trabajado hasta entonces, la necesidad de hacer reorganizaciones en el escritorio que eran imprescindibles... y comenzó su labor: eran las catorce horas y el anterior tenedor de libros empleaba dos diarias en ella...

Las veinte y el jefe se acerca para decirle que había que cerrar el escritorio. Juan despertó como de una pesadilla: ¡El, que conocía los últimos secretos de la contabilidad bancaria, agrícola y administrativa, él, que había aprendido que la contabilidad es ciencia y no arte, venía a enredarse en cosas tan elementales como las sumas! ¡Llevaba seis horas haciendo y rectificando sumas, sin conseguir sacarlas bien! Debía salvar el honor de su futuro título de contador público nacional, y lo salvó encolerizándose con el jefe, diciéndole que si esos libros los hubiese él llevado desde su iniciación, estaría organizado el trabajo en forma tal, que le bastarían 15 minutos diarios para realizarlo; que él, en fin, no podía seguir en tales condiciones, por lo que se retiraba del escritorio.

Y con la cabeza llena de números, y como si dos ruedas girasen en ella en sentido opuesto, salió a la calle mojada por la lluvia, con mucha amargura, pero con la voluntad de vencerse a sí mismo de que no había fracasado en su primer empleo.

Juan comprendía que su situación se salvaría con un puesto público, de esos donde pagan un buen sueldo por firmar y tomar café. Había hablado a profesores y compañeros, pero nada obtuvo que no fueran promesas vagas.

Sin embargo, al acercarse las elecciones del centro de estudiantes, le hablaron de prestar su concurso a cierto candidato, que personificaba la decadencia, que a nadie pedía ni compraba votos, pero que estaría dispuesto, si él y sus amigos le apoyaban, a darle un empleo en una presunta caja contra los riesgos de la ancianidad, creada en ese tiempo por el gobierno, a pesar de la protesta de los presuntos beneficiados. Se trataba por otra parte, de reventar a los revolucionarios en el Centro, y, de hacerlos saltar luego de la Facultad, de acuerdo con algunos funcionarios de la misma.

Juan Rodríguez García, se dió cuenta así por

vez primera, de que gozaba de algún prestigio entre sus compañeros. ¿Cómo, si él nunca se había ocupado de cuestiones estudiantiles? ¿Cómo podía contar con tantos elementos?... Juan mantenía se siempre rígido, lo que le impedía ver la elegante raya de sus pantalones y el buen tono de sus botines, que tal vez le hubiesen indicado algo.

Se realizaron las elecciones, triunfó el candidato de Juan y así consiguió éste su tan ansiado empleo. Dicho sea en honor a la verdad, no solo se guió en las elecciones ese interés personal: el odiaba profundamente al grupito de revolucionarios derrotados, por tener ideas tan raras, como la de que no todos los profesores son buenos, que hay que renovar los métodos de estudio, que la Universidad debe ser para el pueblo, etc.

Juan se recibió contador público nacional y prosiguió sus estudios de doctor en Ciencias Económicas. Una Universidad cercana a la capital, necesitaba alumnos para justificar la existencia de dirigentes y profesores con crecidos sueldos, estaba en ruidosa competencia con la de ésta y ofrecía los títulos a cambio de una labor menor. Allí fué Juan a conquistar en poco tiempo el diploma de abogado. Total, facilísimo le era estudiar, con lo desarrollada que tenía la memoria: todo era comprar las versiones estenográficas de las conferencias días antes del examen, repetirlas en éste y esperar el sobresaliente merecido.

Su empleo no le ocupaba casi. El trabajo más pesado era el de concurrir a las asambleas de la Facultad bonaerense, a votar las resoluciones y los decanos que le indicaba su jefe político. Pero en cambio, le proporcionaba lo suficiente para poder gastar bien el tiempo: teatro de sainetes y revistas, exhibición de trajes nuevos por las calles céntricas, cafés, cabarets y carreras de caballos los domingos. Bien es cierto que él no entregaba un centavo para los gastos del hogar... El padre seguía cobrando créditos, aunque en la puerta de la calle había una nueva chapa que decía: "Juan Rodríguez García, contador público nacional".

Rodríguez García, abogado y doctor en Ciencias Económicas, creía denigrante no abandonar su empleo subalterno, no vivir en casa elegante y que su madre constituyese toda su servidumbre. Pero ¿cómo con tantos títulos no ocupa mejor posición? se preguntaba. Había abierto estudio, pero su único pleito fué el que le iniciaron por no pagar el alquiler del escritorio. Y en él, fué vergonzosamente vencido por un procurador viejo y mañoso, que le hizo embargar el sueldo.

Alguien le indicó que siguiendo filosofía y letras, dado las carreras ya cursadas, podría obtener fácilmente una cátedra. Compró apuntes, dió nuevos exámenes y obtuvo patente de filósofo y profesor recibido, pero no la cátedra.

Juan, como no leía más que los diarios, conocía a fondo las cuestiones políticas. Así sabía cuál era el partido gobernante y donde tenía instalados sus comités. En el de la sección 21, se libra-

ba desde hacía tiempo una refida lucha entre don Martín Birilain, ex carnicero, actual rico propietario, que aspiraba a la presidencia del comité, y estaba bien con el gobierno, y, don Pedro Costa, que respondía al anterior presidente de la República. Ambos rivales buscaban hombres de prestigio que los apoyaran: buenos tiradores de faca, jugadores de taba y doctores y estudiantes, que supiesen decir palabras difíciles.

Al comité ingresó el doctor Juan Rodríguez García, a instancia de Birilain. Apoyó a éste con discursos que escribía — a veces él, a veces algún amigo, — donde se hablaba mucho del sol y de la bandera.

Birilain venció por fin en toda la línea y Juan obtuvo su recompensa: fué nombrado jefe de sección en un ministerio, con 1.000 pesos de sueldo. Además, se le designó catedrático de historia en un Colegio Nacional. Compró a Malet y repitió sus páginas como lo hiciera siendo estudiante. Los alumnos protestaron porque decían que era incapaz. El clasificó a todos con sobresaliente y las protestas trocáronse elogios.

Don Manuel Núñez, era tal vez el vecino más rico de la circunscripción 21. Poseedor en otro tiempo de varios almacenes de comestibles y actual prestamista, las vinculaciones que siempre tuvo con los hombres de gobierno le permitieron amasar una fortuna. Su preocupación actual era tratar con gente distinguida y casar a su hija con doctor que diera lustre a la familia.

En Juan, a quien sus muchos títulos proporcionábanle en el comité fama de "hombre preparado", fijó sus ojos don Manuel. Lo invitó a comer y le presentó a su retoño, muchacha fea y ordinaria, que parecía reclamara a gritos su puesto en el antiguo despacho de bebidas de su padre.

Juan, por la fuerza de la costumbre, había llegado a querer a Lucía, a lo que, si no veía en público por no restar importancia a sus títulos de doctor con el trato de una modistilla, veía en privado con tanta frecuencia, que hablaba hecho dos veces madre.

Pero, ¿podía por razones sentimentales perder el casamiento con la hija y heredera de don Núñez? Estas consideraciones hicieron que no volviera a visitar a la que, de no haber sido hombre universitario, hubiese unido su existencia.

El enlace del doctor Juan Rodríguez García con la señorita Estela Núñez, se realizó con gran pompa. El doctor pudo disponer de auto y gozar de nuevos empleos, debidos a la influencia del suegro.

El doctor Rodríguez murió como cualquier mortal. A su entierro fué mucha gente que charlo indiferente en los coches del acompañamiento; la viuda secó sus lágrimas al ver que el luto la favorecía. En el cementerio se colocó una hermosa placa en memoria del finado, en la que se mencionaban todos sus títulos universitarios. Y los días lo presentaron como modelo de hombre sabio y ciudadano probó.

PAULINO GONZALEZ ALBERTI.

Buenos Aires, febrero de 1925.

LOS GRANDES PENSADORES

PLATON

Platón, el genial discípulo de Sócrates, nació en Egina (Grecia) en 428 antes de J. C. Su obra no es otra cosa que la interpretación del pensamiento socrático, expuesto en forma dialogada, y cuyo principal personaje es el mismo Sócrates. El propósito de Platón fué el de conciliar todas las doctrinas de los filósofos del primer período en una sola, clara y comprensiva, basada en el principio moral de Sócrates y fundada sobre el método lógico. Predicó sus doctrinas en los jardines de Academia, de donde su escuela tomó el nombre de Academia. Murió a los ochenta y un años en 347 antes de J. C.

Dios nos ha dado dos alas para volar hasta El: el amor y la razón.

La belleza es el esplendor de la verdad.

La mejor tumba es la más sencilla.

Poco difiere una mujer de otra.

Canas, argumento son de edad y no de prudencia.

Casar es entre algunos un mal deseado.

No hay nada más venerable que un padre, una madre o un abuelo encorvados bajo el peso de los años. Todo hombre sensato ama y honra a sus padres; para los hombres de bien son un verdadero tesoro esos progenitores cargados de años, que alcanzan una extrema ancianidad.

Las Naciones y los hombres no son felices sino cuando por un favor del cielo, reunidos el supremo poder y la filosofía en el soberano, logra la virtud de triunfar del vicio.

El que desecha la religión, quita los fundamentos de la sociedad humana.

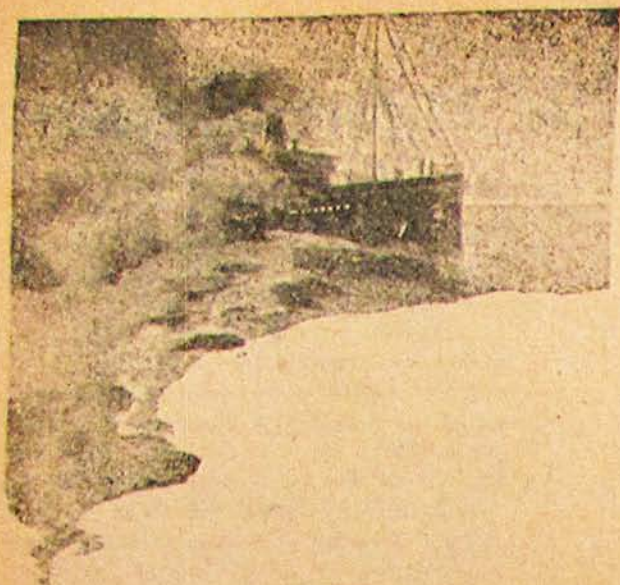
El hombre no es libre más que para obrar bien.

El hombre está todo entero en su alma: para saber lo que es y lo que debe hacer es preciso que se mire en su inteligencia, en esa parte del alma en donde brilla un rayo de la sabiduría divina.

Sagrada cosa es el consejo.

No puede ser nadie feliz sin que sea sabio y bueno.

El negocio principal del hombre es vivir y acabar de vivir de manera que la buena vida que tuvo y la buena memoria que deja le sean urna y epitafio.



AVENTURAS DE CONAN DOYLE EN AFRICA

SU DEBUT EN LA MEDICINA

(Traducción especial para
"LOS PENSADORES")

III

En el otoño del 1881, tomé posesión como médico a bordo del *Mayumba*, de la Compañía Africana de Navegación a Vapor, con destino a la costa occidental. Aparajamos el 22 de Octubre.

El *Mayumba* era un coqueton barco pequeño a vapor de alrededor de 4000 toneladas, gigantesco comparándolo con el ballenero en el cual había prestado mis servicios, que le adjudicaban 200. Construido para el comercio, llevaba para la costa occidental diversidad de mercaderías, y allí cargaba el aceite palma en barriles, nueces de palma a gran'l, marfil y otros productos del trópico. Aceite de ballena y aceite de palma: parecía impregnado de aceite mi destino! El barco podía llevar de veinte a treinta pasajeros: era por consideración a ellos que se me pagaban poco más o menos veinte libras de sueldo mensual.

Por suerte, manteníamos bien a flote; pues caímos en un temporal que, inmediatamente de la salida de *Mersey*, volvióse tan violento que tuvimos que refugiarnos en *Holyhead* por la noche. Al siguiente día, con el tiempo muy encubierto y un mar muy fuerte de o'cage, descendimos por aguas de Irlanda. Me he figurado siempre que fui yo quien salvó al navío de un desastre: como, efectivamente, estando cerca del oficial de servicio, vi al instante, delante de babor, la aparición de un faro en una clarísima de niebla. No podía concebir la existencia de tal faro a babor de un navío al que yo sabía debía estar bastante abajo de la costa de Irlanda. Pero como no siento placer en ser alarmista; toqué simplemente el brazo del oficial: "estáis bien seguro de vuestra ruta?" le dije yo. El saltó al darse cuenta de' faro, vociferó una orden al timonel, silbó con todas sus fuerzas una señal a la cabina de las máquinas. El faro, si no me fallan los recursos, era el de *Tuskur*; nos íbamos derechos hacia un promontorio rocoso que nos había escondido la niebla y la lluvia.

La tempestad nos siguió a lo largo de la Mancha y hasta al atravesar el golfo de Gascuña. Hechaba yo de menos las botas altas de marinero, pues no dá mucho gusto tomar duchas vestido con traje de paño azul y botones dorados. El viento de popa favorecía por suerte nuestra marcha. Con el fogue, la vela goleta y la gran vela, que era

todo lo que podíamos llevar, saltábamos y bailábamos, barridos por las grandes olas encresnadas del Atlántico que, fosforescentes de noche, hacían correr sobre el puente ráfagas de fuego líquido.

El 9 de Noviembre alcanzamos llegar en Freetown, capital de Sierra Leona: un sitio hermoso, pero un lugar de muerte. Había de aquellos tiempos en que imperaba el paludismo, antes de que Renald Ross y otros hubiesen cumplido su gran obra curativa y de prevención. La desesmeración reinante entre los blancos, hacía que tomaran libertades con el alcohol que no se hubieran arriesgado bajo un clima más salubre. Un año de residencia y parecía marcar un límite a la resistencia humana. Como yo cumplimentaba por su buena cara a un residente que habíame dicho que estaba desde hacía tres años, bajando la cabeza me dijo: "Soy un hombre perdido. He atravesado el mal de Bright". Se dudaba de que las colonias valieran verdaderamente el precio a que las teníamos que pagar.

De Sierra Leona fuimos a Monrovia, capital de la república negra de Liberia, que fueron sus fundadoras principales, tal como lo indica su nombre, esclavos fugitivos. El país, por lo que yo puedo ver, es bastante regularmente administrado. Pero las pequeñas comunidades cuando se lo toman en serio, tienen siempre algún aire de comicidad. Es así que, cuando la guerra franco-alemana, la república de Liberia mandó a su guarda costas, la sola unidad de su flota oficial, parar el barco correo inglés enviando medio de él a Europa la seguridad de que no intervendrían para nada en el conflicto...

Costa de Marfil, Costa de Oro o bien litoral liberiano, el espectáculo es de los más monótonos: por todas partes las mismas características, tórrido sol, largo viaje formando líneas blancas de rompientes, playas de arenas doradas, después las brozas verdeantes dominadas de trecho en trecho por alguna palmera. Quien ha visto una milla ha visto miles de millas. Mientras escribo esto, todos los puertos en donde toamos, Gran-Bassam, Cabo Palmas, Accra, Cape Coast Castle, no pro-

sentan a mi espíritu más que una sola y misma imagen.

La Costa es puntillosa, por la noche, innumerables incendios, a veces considerables, debidos sin duda a la costumbre inveterada que tienen los naturales de quemar las hierbas. Es una particularidad de interés que ya en la descripción de su viaje por esas costas, Hannon; la única literatura cartaginesa que ha llegado hasta nosotros, nos hable igualmente de esos incendios que los navegantes veían por la noche. Como él nos menciona a los gorilas, es probable que hubiese llegado hasta el Gabon o más al sud de la línea. Según nos cuenta, fué testigo de una gran actividad volcánica, en la que se pueden ver los restos aún en Fernando-Po, que en conjunto no es más que un volcán. En sus tiempos, las cimas escupían fuego, el país no era más que un mar en llamas, de manera que él no osó desembarcar. Me pregunto muchas veces si el cataclismo que hundió a la Atlántida no sería mucho más reciente de lo que comunmente se cree. Según Paton, data de alrededor de 9.000 años antes de nuestra era; pero debió haber producido gradualmente y el último episodio podría ser a un del que Hannon vió rastros. Toda esta actividad que él nos ha descrito tenía lugar en la misma parte opuesta del emplazamiento que atribuyen al continente desaparecido.

Nuestros barcos, durante su descenso por la costa, usaban procedimientos expeditivos y sumarisimos. Un día desamarramos, teniendo a bordo un centenar de visitantes indígenas. Fué cosa de risa verles tirarse al mar para alcanzar sus canoas.

Uno de ellos llevaba un sombrero de copa, un paraguas y una estampa iluminada del Cristo, objetos que había comprado él en sus incursiones y con lo que los marineros disfrazan al que subía primero a bordo todo ello nada le impedía de nadar bien.

Delante de un puerto de poca importancia, si el tiempo apremiaba, tirábamos simplemente por encima de la borda un cargamento de dachas, sabiendo que tarde o temprano alcanzarían entrar en la rada; lo que yo ignoro, es de qué forma



el destinatario hacía reconocer sus derechos. Los indígenas ganan algunas veces con este juego.

Hace unos cuantos años, antes de que Francia se anexionara el Dahomy, el capitán de un barco, en Anaida, quiso embarcar barriles de aceite tirándolos con un largo cable que movía una cabria: manera ingeniosa de evitar que subieran los indígenas a bordo. La operación fué interrumpida al momento por la llegada de una compañía de las famosas Amazonas, que lo amenazaron con hacer fuego contra el barco si no se les pagaba a las canoas de trasbordo el tributo acostumbrado.

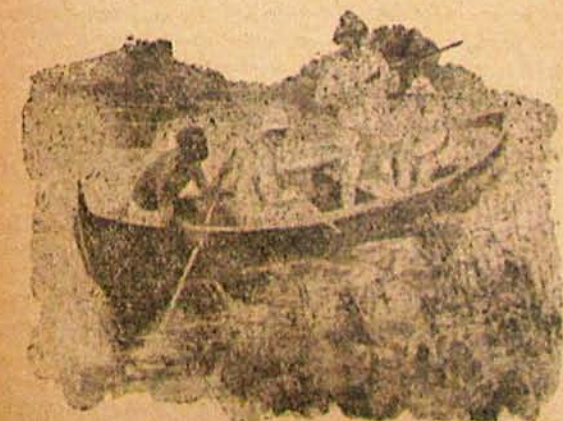
Yo mismo pagué mi tributo al clima, lo que atestigua mi diario, en significada laguna, con fecha del 18 de noviembre. Acabábamos de llegar a Lagos, gruesa mar amacábanos sobre las olas, cuando un mal germen, un mosquito o no sé qué determinó en mí un brusco ataque de fiebre. Me acuerdo que alcancé llegar como pude a mi litera: luego, todo es confusión. Siendo yo el médico del barco, no había nadie para cuidarme; estuve en cama varios días, llevando un combate muy recio con la muerte, sin asistencia alguna. Gracias a mi fuerte complexión, pude salir victorioso. No me acuerdo ya ni de fenómenos físicos, ni de las visiones, ni de los temores; únicamente de una calentura asiebrada, de la que salí tan debilitado como un niño. La alarma debía haber sido grande; tan pronto como me levanté, me comunicaron que otro pasajero, atacado del mismo mal, había muerto.

Después de Fernando-Pó, visitamos Victoria, una pequeña y hermosa factoría, detrás de la cual se levanta la enorme cima de los Camerones.

Una valiente joven escocesa, tipo de ama de gobierno completa, hacía el papel de misionera; si no evangelizaba, civilizaba, que era lo que más importaba. Victoria está situada en el fondo de una bella rada sembrada de islas y rodeada de bosques. La decoración, aquí, cambia del todo en su estilo; a qué se debe esto, no lo sé; y la sorpresa, después de tantas y tantas millas de áridas monotonías que hemos dejado al norte, la hace un tanto más excelente.

A. CONAN DOYLE.

(Seguirá)



Una vez, en la copa de un árbol que habíase inclinado hacia el agua, vi una hermosa serpiente de unos tres pies de largo. Le pegué un tiro, y se fué siguiendo el hilo de la corriente.

LA NOTA ROJA

Una mujer dió muerte de un tiro de revólver al juez de instrucción Manuel Pastor Malbrán.

La desgraciada mujer era madre y estaba casada con un hombre bueno y comprensivo.

Conoció al juez accidentalmente, simpatizó, intimó. un juez no es cosa que una mujer humilde pueda encontrar así nomás en su camino. María no lo dejó escapar. Aceptó un anillo de brillantes. Ocultó sus entrevistas, engañó a su marido y se convirtió en amante del hombre que administraba justicia.

Y como el amor de las mujeres es casi siempre desinteresado, un anillo de brillantes, el orgullo de ser la querida de un hombre tan poderoso, encendió en María una fogosa pasión.

El marido sospechó en un principio, comprobó al fin la infidelidad y se lo advirtió a su mujer.

Ella, atemorizada ante la inminencia de una tragedia, quiso suspender sus relaciones adúlteras; pero el juez la asediaba insistentemente.

—No le tengas miedo a tu marido, — le decía — ¿no ves que yo soy juez?

Así lo entendió el marido de María. ¿Qué iba a hacer él, extranjero indefenso, frente a un magistrado?

Juntos, marido y mujer fueron a casa del poderoso seductor. Conversaron tranquilamente del asunto.

El juez le habló al marido, paternalmente:

—Vea, che, ruso, su mujer está conmigo.

Se ha enamorado de mí. Usted sabe que yo soy juez, ¿eh? ¿se dá cuenta? Bueno, mire, lo mejor que puede hacer es divorciarse. Yo le voy a recomendar al doctor Carlos Baes, que es un gran caradura y los va a separar enseguida. Además, usted sabe que yo soy juez... Bueno, váyase tranquilo y que Dios lo acompañe...

El pobre hombre abatió la cabeza y volvió a su casa con la mujer que en adelante ni legalmente le pertenecería.

Y no hubo drama. Todo ocurrió como había sido previsto. El juez Malbrán le decía a María que por ninguna mujer había sentido una tal pasión vehemente.

Y María vivía feliz, olvidada del pobre ruso y de su hijita. Pero la felicidad es como humo. Tiene cuerpo y relieve a la distancia. De cerca, a menudo apesta y sofoca.

El juez Malbrán era un pobre hombre que no valía ni la sombra de su marido.

Tenía cáncer al estómago, cáncer al hígado. La sífilis le roía el cerebro; los médicos le daban apenas un año de vida...

Lector: hagamos un paréntesis. Un drama vulgar nos ha puesto frente a un caso monstruoso.

Este hombre, devorado por la sífilis, por el cáncer, por el libertinaje, ¿era el que administraba justicia? ¿Este hombre era el que decidía si su semejante debía concluir sus días en una celda? ¿Este hombre podía tener el claro discernimiento de penar, de castigar a quien en rigor se lo merecía. ¿Era justo que tuviese una autoridad, un poder, y que se le dejara en sus manos de enfermo el instrumento de la justicia?

¿Y cuántos yerros no habrá cometido? ¿Y cuántos purgarán en las prisiones no ya sus delitos, sino el odio, la desidia y el desvarío del canceroso?

¡Ah! María Batinich, fuiste torpe; pero los que pensamos estas cosas no sabes en cuánto valoramos tu acto de inconsciente.

Tu figura adouiere con este hecho un segundo contorno de mártir. Te castigarán seguramente, porque los que van a juzgarte son de la misma pasta del extinto; pero habrás hecho un gran bien al pueblo.

Prosigamos. Ella, entonces, como su felicidad se esfumaba. Era la querida de un sífilítico, canceroso. Además llegó a descubrir que era libertino. El, que apenas podía con su esamenta, que tenía un aliento pútrido, que por momentos era devorado por el cáncer, mantenía otra mujer.

Las dos mujeres se entrevistaron, hablaron largamente. Vieron con tristeza el fondo de sus almas. Ni siquiera se agarraron de los cabellos como siempre sucede en estos casos. ¿Para qué? Se compadecieron mutuamente. María Luisa, la otra, era hija de una ex-coquera de Malbrán. Las relaciones databan de muchísimo tiempo y se habían iniciado en Entre Ríos.

De repente, el juez quiso abandonar a María. ¿Cómo: ella ha sacrificado su vida, ha abandonado su hija y ahora la quiere dejar?

Sí; así es; está cansado y no la quiere ver más.

Al día siguiente la hace echar por los sirvientes: la pega, la llama *perra*, *loaa*...

Y también la ha contagiado su enfermedad. Entonces ella compra un revólver, le busca y le mete una bala en el corazón.

La justicia condenará a esta mujer; pero ella ha sido absuelta por la conciencia del pueblo.

EL DOLOR

El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales o deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfección moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste que ha de acompañarnos en el camino de la vida. Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansión de delicias, hallaremos un pueblo de monstruos repugnantes. El que no recibe más que impresiones gratas, se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud.

Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún grande dolor, como su raíz necesaria.

EN LA ORILLA DEL BOSQUE

UN CUENTO SOBRE EL DERECHO A QUITARSE LA VIDA

— ○ POR E. T. BARADLAY ○ —

Iba un joven cantando por el campo hacia la orilla de un bosque. El sol lo inundaba con su lava de rayos, y, cantando tiró su gorro al aire. Cuando llegó a la orilla del bosque, la mitad de su rostro lo tapaba la sombra, la otra mitad lo iluminaba la luz. Ahora ya no cantaba, silbaba. Su silbido, semejante al trino del tardo, recorrió el bosque y llegó a los oídos de un anciano, que apoyándose en un bastón nudoso, se esforzaba por salir del bosque. Justamente llegó a la orilla cuando el joven con fuertes gritos de alegría curreda una saga en su garganta para ahorcarse.

El anciano: — ¡Por el amor de Dios! ¿qué haces?

El joven: — ¡Bah! Me ahorco.

El anciano: — Teme a Dios, joven no tires la vida que posiblemente todavía haya mucho bueno y hermoso para ti. ¿Por qué quieres morir?

El joven: — ¡Mi corazón está rebosante de placer y me siento tan feliz! Y esta rama me mira tan cautivadora que he pensado: estaría bien que me ahorcara.

El anciano: — Eres un granuja irreflexivo que juegas conmigo, no con la muerte.

El joven: — No te tengas más respeto, oh anciano, que el que yo te tengo. Tus cabellos están blancos, tu rostro triste. ¿Adónde van tus esfuerzos, buen anciano?

El anciano: — Reposaré un poco aquí a la orilla del bosque. Mis pies están caducos y pesada mi alma por la carga de la vida. Voy a Occidente.

El joven: — Tu alma está pesada por la carga de la vida y vas a Occidente. ¡Que tristes palabras y que triste perigranaje. ¿Cuántos años tienes?

El anciano: — Si Dios me permitiera alcanzar, en diciembre tendré ochenta años.

El joven: — ¿Y todavía vas solo por el camino de la vida? ¿No tienes una cabaña donde poder esperar la muerte? ¿No tienes un nieto que te besa la mano?

El anciano: — Tengo una cabaña, pero en ella residen otros, jóvenes e incordiales. Tengo un nieto, pero no me besa la mano. En ochenta años no he encontrado la alegría. Y no quiero morir antes de que la vea.

El joven: — A principios de la primavera yo cumplí veinte y cuatro años. Como niño me gustaron los cabritillos y los perros. Como muchacho, los libros, y ahora, la flor, la muchacha bonita, el fruto maduro y la temblorosa hoja del árbol. Y todo me sonrió: el fruto, la muchacha bonita; y mi corazón se llenó de placer. Lastimero anciano ¿cómo podría darte algo de ello?

El anciano: — ¿Y sin embargo quieres morir?

El joven: — ¿Y sin embargo quieres vivir?

El anciano: — La esperanza me retiene.

El joven: La plenitud me empuja. Anciano, en verdad todo es igual lo que hacemos, lo principal es que podamos hacer lo que queremos. He aquí, cuando el sol iluminaba mis ojos y la brisa de la orilla del bosque me balanceaba en este sublime rama, como si hubiera aparecido un rostro de ninfa ante mí, y el bosque riera a carcajadas y por todas partes el amor y la felicidad me rodearan, todo me insinuó ¡ahorcate! ¡ahorcate!

El anciano: — Y si yo no hubiera venido ya serías cadáver inerte. ¿Oyes la codorniz? Ya estaría arrancándote los ojos. Tu hermoso y brillante mundo sería negro. Nada.

El joven: — Esa es la vista del vivo, pero no el lamento del muerto. Tengo compasión de ti, buen anciano, parece que nunca fuiste feliz. Si solamente un minuto hubieras sentido qué dulce es vivir, no lamentarías el morir antes que la duzura se vuelva amargura.

El anciano: — Mis viejos ojos han visto a muchos hombres felices; todos abominaron la muerte.

El joven: — Realmente no fueron felices, sino avaros, avaramente juntaron los minutos como si se pudiera juntar el tiempo. Un minuto más un minuto, no son dos minutos, sino uno. El amor solo es un beso prolongado, la felicidad solo un suspiro prolongado, la felicidad solo un suspiro profundo. Cambia rápidamente los besos, por que de lo contrario, no conservarás ninguno, solamente empezará a fastidiarte. He aquí, anciano, por lo que celo de mi felicidad. Cuando lo tenemos todo, cuando todo nos gusta bien, entonces morir, como la amorosa oruga, he ahí la plenitud de la vida y no el cansancio lento, la segura miseria, la triste orfandad.

El anciano: — No conviene burlarse del ciego hablándole de colores, los que no conoce, en los que ni creer puede.

El joven: — Mira en el espejo y dí: ¿es deseable para un joven feliz volverse tal cual eres tú?

El anciano: — Un joven feliz nunca se vuelve como soy yo. Se volverá anciano feliz, y otras alegrías semejantes germinarán como el placer del alma después del brillo cegador del verano.

El joven: — Si yo tuviera un siglo, sin embargo, pensaría solamente en mi juventud. Esta felicidad nunca podré conseguirla de nuevo, y quien necesita esa felicidad para él, otra felicidad no es tal. Adiós, lastimero anciano, no me confundas más con el placer de la felicidad muerta.

El anciano: — Es posible que en alguna parte nazca esa nocturna flor para ti, para mañana. ¿Podrías morir no sabiendo si el mañana no será más hermoso que el hoy?

El joven: — El mañana es siempre más bello,

más celestial que el hoy. Hasta que la vida alcanza a su mediodía. Ahora tengo la plena conciencia de la vida y vendrá el mañana que me dará mucho menos. La vida colma de flores mi árbol para después ella tomar flores del árbol de mi vida. Pero no me engañarás astuta vida, acepto tus flores, y después, bien cargado de ellas, huyo. ¡Evoel! ¡Viva la muerte!

El anciano: — La vida no puede engañarte. Saltarás a la tumba y tus flores quedarán aquí.

El joven: — Pero no veré cómo me las roba el tiempo. No sabré de ello; no lloraré por ello; lleno de gracias y amor a Dios, me dormiré sobre mi floración.

El anciano. — En verdad que te guarecerás del mañana, que es el objeto de la vida. Después de mi infancia yo espero el mañana, camino con los tendones caducos frente al mañana. Si alcanzo a este mañana, voluntariamente también yo moriré, pero con sudor en mi frente y con un amargo fastidio en mi corazón, voy ante él y si una venenosa serpiente me silbara ni escapar podría con mis pies gastados para salvarme de su mordedura.

El joven: — Mi mañana está tras de mí. Mi amada nunca estará más bella que ayer. Mis brazos jamás la apretarán tan fuertemente contra mi pecho que ayer. Después de mi beso ella nunca se enrojecerá tan castamente como ayer. Pero comprende, anciano, yo no quiero morir solamente muerto.

El anciano: — Yo no moriré solamente quiero. Es pecado irse de la tierra antes de haber sido feliz, y es pecado abandonar la tierra cuando se es feliz.

El joven: — No te engañes a tí mismo, lastimero anciano, vas a la vida y vienes a la tumba. En vano esperas ya una felicidad, ella está tras de tí. Para la felicidad se necesita juventud: ¿cuándo serás joven?

El anciano: — Lo he sido.

El joven: — Hasta si lo has sido, no lo has sido sin embargo. La felicidad la encontraste ya hace tiempo, pero entonces, esperando el mañana, la desechaste de tí. Lastimero anciano, al que espera algo de la vida, la vida no le da nada. Adiós.

El anciano: — Qué, ¿no te matarás?

El joven: — También eso sería un buen pasado, también así es bueno. No quiero ligarme a nada. Adiós.

Después de esto, el joven alegremente empezó a gritar y desapareció en la densidad del bosque. El anciano escuchó hasta la última rotura de rama. Después, inexprresable alegría brilló en sus viejos ojos. El joven había dejado olvidada la soga; estaba en la rama.

El anciano: — ¡Qué felicidad!

Y se ahorcó.

Del húngaro: E. T. BARADLAY.

Por la traducción de "Tutmondá Literario", Trófolo Dactil.

DOS POEMAS TRUNCOS DE LA
OBRA POSTUMA DE JUAN
PEDRO CALOU

(Sin título)

¿Cómo explicarme esta ansiedad, y cómo seguir viviendo una ansiedad tan grande, que a la vez de nostalgia de los dioses es la turbia exigencia de la carne?

¡Estoy perdido! Ya no sé en qué modo será un día posterior, y pienso que este afán de querer será algún día como una piedra dirigida al cielo.

Y yo ansío otra. Yo he deseado que el amor me trajese a ras de tierra para olvidarme un poco de este dueño de tener que vivir con mi conciencia.

(Inconcluso)

—:—

(Sin título)

Vengo a minar tu dicha, compañero; mi leal corazón te lo declara, lo que hoy te conforma es miserable, lo ha sido ayer y lo será mañana.

Tu tienes dicha. Bien. Grata te sea, pero si la mitad de tu alegría depende de otro, te verás inútil porque tarde o temprano el que dá, quita.

Aquel que te hace bien, yo sé que lo hace porque ya su bondad le pesa mucho y para no sufrir por tanto peso viene a gemir contigo tu infortunio.

Es generoso aquel que está excedido, se en vitalidad, sea en fortuna, y así te aprendía espléndido el borracho y te deja sin pan cuando se cura.

Porque no puede él solo con la viña, busca el participante, y tú anheloso del afable placer le serle grato resultas su deudor sin ser beodo.

Y es así con la dicha de tu casa, donde reina la pácida medida y se dá al que más dá, y al que no ha dado se le ha de dar en la futura vida.

Siempre deudor, al fin de la demanda te dirán que te amaron y cuidaron, pero no te dirán de tus tristezas por la desigualdad de aquel reparto.

(Inconcluso)

LAS FIESTAS DE LA LIBERTAD DEL PERU HAN SIDO UN SANGRIENTO ESCARNIO

El ex-anarquista Lugones aró en el mar.—La esclavitud de una raza es el pedestal de la dictadura.—Atropellos y prisiones.—Aspectos de la tiranía.

El formidable impulso que anima a las fuerzas jóvenes del Perú a luchar por un futuro de libertad y justicia social, ha tenido un nuevo choque con la tiranía reaccionaria encaramada en el poder. Relievan esa colisión el ambiente que le ha servido de marco: la celebración de un acontecimiento que diera libertad política a los pueblos sudamericanos y la presencia en Lima de numerosas personalidades extranjeras.

Pero nada ha detenido a la dictadura, inficionada ya por el virus del desprecio a los tutelares principios sociales, cuya arma esgrimen en el mundo las fuerzas conservadoras para defenderse del empuje renovador. En plenas fiestas se han producido los atropellos que han de leerse, en medio del silencio o de la consciente ignorancia de tanto enviado popular de pega.

El cable, al servicio de los gobiernos, ha ocultado o desvirtuado la verdad. Algunas voces honradas, como la de Martínez Paz en la Argentina, han descrito el velo de la censura. Pero juzgo indispensable publicar estos párrafos de cartas, porque ellos tienen una completa impresión de lo acaecido en el Perú. Hay en esas líneas la emoción indignada del que sufre tiranía a la par que un ateísmo juvenil, valiente por las condiciones circundantes. La tenaz persecución policial obligame a ocultar los nombres, por un elemental sentido de precaución.

A los muchachos de Perú envío nuevamente un aliento fervoroso en la lucha, al tiempo mismo que uno mi protesta contra el cesarismo capitalista del Perú que pretende ahogar el surgimiento de un cercano porvenir mejor.

Manuel A. Scoane

Pres. de Honor de la F. E. P.
(Desterrado)

El sainete del Centenario

“Las fiestas han sido una farsa. El ministro Rada y Gamie “perpetró” innumerables discursos; Chocano, el vi cantor de las dictaduras elogió a la Libertad en un poema “confeccionado” por cuenta del Gobierno (Soles 70.000 setenta mil); Lugones cantó la fuerza, aunque para ser lógico debió aplaudir a los buenos enemigos que lo apresaron; hubieron bailes, desfiles, conferencias, beodos. La Federación organizó una graff manifestación en honor de la Libertad, con carteles alusivos, algunos de los cuales son cuerpo de

delito en la Policía, como el que dice: La Fed. de Estudiantes saluda a Chile”. Fué disuelta con enorme rudeza. Al poco rato, Loguía y Saavedra pasaron y los silbaron estridentemente. Algunos estudiantes se acercaron amenazando al coche envolviendo en iguales “requeintadas” a los dos tiranos. Loguía se quitaba el sombrero. Esta silbatina ha sido muy comentada.”

Como procede el Gobierno con los que viven la libertad

“En los preliminares para organizar la manifestación en homenaje a la Libertad, el Prefecto notificó al presidente de la Federación que ella sería prohibida. Bustamante respondió que constitucionalmente podía hacerse y entonces se le amenazó con prisión. Bustamante contestó que él no era “dictador” y que haría lo que determinasen los compañeros. Pues bien, a las 2 nos comenzamos a reunir. Habría ya dos mil personas, cuando en eso aparecieron legiones de gendarmes, de caballería y de “huayruros”. Al obligar el despejo se produjeron multitud de incidentes brutales. Un grupo de obreros y estudiantes desplegaron las banderas preparadas con países de Sudamérica, incluyendo a Chile. La fuerza se abalanzó y a sablazos rompieron las banderas y golpearon a los manifestantes. En la plaza de la Merced hirieron a un obrero. Al mismo tiempo Terreros, por defenderse, era reducido a prisión. Intentamos reunirnos nuevamente, pero era imposible. La gran cantidad de fuerza nos cerraba el paso. Ya sabrás la pifia enorme. Y ni aún en el hipódromo, el público sibarita y estúpido que lo abastee, lo aplaudió por cortesía”.

El Congreso Científico anduvo con temores y titubeos

“El Tercer Congreso Científico está esencialmente desorganizado y al margen de la auténtica mentalidad peruana. Varios delegados extranjeros han manifestado sus quejas. Además se carece de libertades para la discusión. El único resultado obtenido es el contacto, en privado, de especialistas de toda América. Pero ideológicamente el Congreso no ha marcado ninguna tendencia. Indigestado de trabajos heterogéneos, no abordó ningún problema fundamental. Ha habido desconcierto y no ha habido libertad. Los delegados extranjeros no han tenido virilidad, salvo algunas excepciones. La mayoría prefirió bailar, comer, dormir y callar.

Leguía huyó de una velada intelectual en que se le silbaba

“José León Suárez, aunque repitió el soneto de las cautivas, ha estado bien en su ataque a las tiranías. Sus frases condenatorias han sido estruendosamente aplaudidas por los estudiantes en las asambleas en que las pronunció. En la velada ofrecida por el Ateneo de Lima, cedieron la galería a los estudiantes. Cuando entró Leguía estalló una formidable silbatina. Hubieron grandes vivas a la libertad. Un poeta cubano terminó un verso diciendo: “naufraque todo, pero sálvese la libertad”. La ovación que se produjo duró cinco minutos. Leguía se retiró inmediatamente, en medio de rechiflas.”

Una anécdota interesante de un conservador

“Un grupo de muchachos fuimos a visitar a Caso, como a profesor. Se puso a hablar de las juventudes gallardas. Y entonces nosotros le preguntamos su opinión sobre el movimiento estudiantil peruano, ya que las gallardas eran más fuertes y altivas según la situación de cada país. Dijo que desconocía nuestra posición y que como diplomático debía seguir ignorándola. Argüimos: es que venimos a visitar al maestro... Y él respondió: es que el maestro Caso es el embajador Caso. Para mí, el “caso” es que el maestro Caso es peor que el diplomático Caso”.

El ex-anarquista Lugones aró en el mar

“Lugones estuvo totalmente aislado. Como ya conocíamos su orientación nadie le hizo caso. Sus intimidades sospechosas con el gobierno lo distanciaran más de los intelectuales honrados. Claro que la prensa, amedrentada, le aduló algo. No se pudo hacer conocer el mensaje de los estudiantes de La Plata, porque ninguna imprenta se atrevió a imprimirlo. Pero se leyó en las actuaciones universitarias produciendo una gran impresión. Después de su exilio a la tiranía, Lugones fué boyoteado. El día de la velada del Ateneo se le iba a silbar y a pedir que se fuera del país, pero él avisado oportunamente, se excusó a última hora, de asistir a pesar de ser invitado y actor en la fiesta”.

Octavio Mendes Pereyra estuvo valiente

“El ministro de Instrucción de Panamá ha estado sorprendentemente franco. Nos ha alentado mucho. En el acto de su incorporación a la Facultad de Letras rindió homenaje a la Universidad, “cuya juventud era celosa defensora y sostenedora de las libertades del país”. Ha presentado un valiente mensaje sobre el papel de las Universidades en la vida social. Su discurso concluyó con el ofrecimiento del hogar panameño para los estudiantes “que tuvieron que abandonar el país por imposiciones injustas exteriores.”

La esclavitud de una raza es el pedestal de la dictadura

“La carretera de Ayacucho se ha abierto obligando a millares de indios a trabajar gratuitamente. Como éstos huyeran internándose en lugares inaccesibles, se asaltaron, nocturnamente sus chozas y se les obligó a concentrarse en cam-

pamentos. A cuanto indio se veía trabajando en su “chacra” era arrastrado por los soldados, mandados al efecto, y sin resistencia posible porque se les amenazaba con los fusiles. A los soldados no les pagaban ni les daban ración, diciéndoles que se las “rebuscaran” de modo que tenían que ir a saquear las mismas chozas de los mismos indios. Y si alguno se rebelaba lo mandaban preso a Lima por “querer insubordinar la tropa”. He aquí a que precio se abren las deslumbrantes carreteras con que engaña a los extranjeros la tiranía leguista”.

Atropellos y prisiones

“Ha comenzado, coincidiendo con la celebración del centenario de la Libertad, la obra sistemática de extirpar los brotes de agitación estudiantil y obrera, como antes se extirpara el peligro político con la proficua cosecha de “civilistas” y “germanistas”. Antes de las fiestas cayó Heysen y con él toda la correspondencia de Haya. En uno de los numerosos incidentes de la manifestación de la Libertad, cayó Nicolás Terreros. Quienes firmaron la nota de anuncio del mitin: Bustamante y Hurwitz fueron sindicados y perseguidos. La “viveza” del primero le hizo salvarse para Hurwitz cayó “mansamente” en la puerta de su casa, ignorante de lo que lo esperaba. Después tomaron a Cornejo Kester. Muchos están escondidos. Ayer desterraron a Hurwitz y a Terreros al Norte y a Heyson al Sur, después que declararon la huelga del hambre. Lo mismo ha hecho Cornejo. Anoche quisieron llevarse preso a Bustamante antes de la actuación en homenaje a la revolución mexicana. Al secretario de la Federación Obrera Local y otros obreros más que fueron a pedir garantías, han sido encarcelados. Todos están cayendo, toda la obra de la U. Popular G. P. está amenazada. Sin embargo, la propaganda obrera, seguirá aunque sea clandestina.”

La obra del jesuitismo. Destierro de mujeres libres

“María Alvarado Rivera, directora de la escuela Evolución Femenina está presa por no haber aceptado introducir la enseñanza religiosa en su escuela. Dícese que se la va a desterrar. Bustamante, Castillo, Cox, Ravinas están perseguidos. Los líderes proletarios están amenazados de la U. P. G. P. esta notificada de clausurar.”

Aspectos de la tiranía

“Después de los sucesos del 14, se ha desencadenado la opresión. Ya desterraron a cuatro estudiantes. A Miguel Arcelles, secretario de la Federación Obrera Local se le torturó inhumanamente en la prefectura. El mismo funcionario burgués le dió de puñadas y luego hizo que sus sicarios le obligaran a tragarse, a punta de golpes de palo en los pies, la nota de protesta que por la anterior había enviado. Ya partió rumbo al destierro. Han apresado a muchos otros. Numerosos obreros vimos escondidos. Han clausurado varios locales. Pero ya habrá de caer la sanción sobre estos despotas, que no satisfechos con la explotación económica, impiden hasta el ejercicio de los sustantivos derechos humanos.”

LA BRUJA BABA-IAGA

LEYENDA POPULAR POR AFANASIEV.

Vivía en otros tiempos un comerciante con su mujer; un día ésta se murió, dejándole una hija. Al poco tiempo el viudo se casó con otra mujer, que, envidiosa de su hijastra, la maltrataba y buscaba el modo de librarse de ella.

Aprovechando la ocasión de que el padre tuvo que hacer un viaje, la madrastra dijo a la muchacha:

—Ve a ver a mi hermana y pídele que te dé una aguja y un poco de hilo para que te cosas una camisa.

La hermana de la madrastra era bruja. Y como la muchacha era lista, decidió ir primero a pedir consejo a otra tía suya, hermana de su padre.

—Buenos días, tía.

—Muy buenos, sobrina querida. ¿A qué vienes?

—Mi madrastra me ha dicho que vaya a pedir a su hermana una aguja e hilo, para que me cosa una camisa.

—Acuérdate bien —le dijo entonces la tía— de que un álamo blanco querrá arañarte la cara; tú átale las ramas con una cinta. Las puertas de una cancela rechinarán y se cerrarán con estrépito para no dejarte pasar; tú úntale los goznes con aceite. Los perros te querrán despedazar: tírales un poco de pan. Un gato feroz estará encargado de arañarte y sacarte los ojos: dale un pedazo de jamón.

La chica se despidió, cogió un poco de pan, aceite y jamón y una cinta, se puso a andar en busca de la bruja y finalmente llegó.

Entró en la cabaña, en la cual estaba sentada la bruja Baba-Iaga sobre sus piernas huesosas, ocupada en tejer.

—Buenos días, tía.

—¿A qué vienes, sobrina?

—Mi madre me ha mandado que venga a pedirte una aguja e hilo para coserme una camisa.

—Está bien. En tanto que la busco, siéntate y ponte a tejer.

Mientras la sobrina estaba tejiendo, la bruja salió de la habitación, llamó a su criada y le dijo:

—Date prisa, calienta bien el baño y lava bien a mi sobrina, porque me la voy a comer.

La pobre muchacha se quedó medio muerta de miedo, y cuando la bruja se marchó, dijo a la criada:

—No quemes mucha leña, querida; mejor es que echas agua al fuego y laves el agua al baño con un colador.

Y diciéndole esto, le regaló un pañuelo.

Baba-Iaga, impaciente, se acercó a la ventana donde trabajaba la chica y le preguntó a ésta:

—¿Estás tejiendo, sobrinita?

—Sí, tía, estoy trabajando.

La bruja se alejó de la cabaña, y la muchacha, aprovechando aquel momento, le dio al gato un pedazo de jamón y le preguntó cómo podría escaparse de allí. El gato le dijo:

—Sobre la mesa hay una toalla y un peine: có-

gelos y echa a correr lo más de prisa que puedas, porque la bruja Baba-Iaga correrá tras de ti para cogerte; de cuando en cuando échate en el suelo y arrima a él tu oreja; cuando oigas que está ya cerca, tira al suelo la toalla, que se transformará en un río muy ancho. Si la bruja se tira el agua y lo pasa a nado, tú habrás ganado delantera. Cuando oigas en el suelo que no está lejos de ti, tira el peine, que se transformará en un espeso bosque, a través del cual la bruja no podrá pasar.

La muchacha cogió la toalla y el peine y se puso a correr. Los perros quisieron despedazarla, pero les tiró un trozo de pan; las puertas de una cancela rechinaron y se cerraron de golpe, pero la muchacha untó los goznes con aceite, y las puertas se abrieron de par en par. Más allá, un álamo blanco quiso arañarle la cara; entonces ató las ramas con una cinta y pudo pasar.

El gato se sentó al telar y quiso tejer; pero no hacía más que enredar los hilos. La bruja, acercándose a la ventana, preguntó.

—¿Estás tejiendo, sobrinita? ¿Estás tejiendo, querida?

—Sí, tía, estoy tejiendo —respondió con voz ronca el gato.

Baba-Iaga entró en la cabaña, y viendo que la chica no estaba y que el gato la había engañado, se puso a pegarle, diciéndole:

—¿Ah, viejo goloso! ¿Por qué has dejado escapar a mi sobrina? ¿Tu obligación era quitarle los ojos y arañarle la cara.

—Llevo mucho tiempo a tu servicio, —dijo el gato, —y todavía no me has dado ni siquiera un huesito, y ella me ha dado un pedazo de jamón.

Baba-Iaga se enfadó con los perros, con la cancela, con el álamo y con la criada y se puso a pegar a todos.

Los perros le dijeron:

—Te hemos servido muchos años, sin que tú nos hayas dado ni siquiera una corteza dura de pan quemado, y ella nos ha regalado con pan fresco.

La cancela dijo:

—Te he servido mucho tiempo sin que a pesar de mis chirridos me hayas engrasado con cebo, y ella me ha untado los goznes con aceite.

El álamo dijo:

—Te he servido mucho tiempo, sin que me hayas regalado ni siquiera un hilo, y ella me ha engalanado con una cinta.

La criada exclamó:

—Te he servido mucho tiempo, sin que me hayas dado ni siquiera un trapo, y ella me ha regalado un pañuelo.

Baba-Iaga se apresuró a sentarse en el mortero; arreándolo con el mazo y barriendo con la escoba sus huellas, salió en persecución de la muchacha. Esta arrimó su oído al suelo para escuchar y oyó acercarse a la bruja. Entonces tiró al suelo la toalla, y al instante se formó en un río muy ancho.

Baba-Iaya llegó a la orilla, y viendo el obstáculo que se le interponía en su camino, reclinó los dientes de rabia, volvió a su cabaña, reunió a todos sus bueyes y los llevó al río: los animales bebieron todo el agua y la bruja continuó la persecución de la muchacha.

Esta arrimó otra vez su oído al suelo y oyo que Baba-Iaga estaba ya muy cerca: tiró al suelo el peine y se transformó en un bosque espesísimo y frondoso.

La bruja se puso a roer los troncos de los árboles para abrirse paso; pero a pesar de todos sus esfuerzos no lo consiguió, y tuvo que volverse furiosa a su cabaña.

Entre tanto, el comerciante volvió a casa y preguntó a su mujer:

—¿Dónde está mi hijita querida?

—Ha ido a ver su tía. — contestó la madrastra.

Al poco rato, con gran sorpresa de la madrastra regresó la niña.

—¿Dónde has estado? — le preguntó el padre.

—Oh padre mío! Mi madre me ha mandado a casa de su hermana a pedirle una aguja e hilo para coserme una camisa, y resulta que la tía es la mismísima bruja Baba-Iaga, que quiso comerme.

—¿Cómo has podido escapar de ella, hijita? Entonces la niña le contó todo lo sucedido.

Cuando el comerciante se enteró de la maldad de su mujer, la echó de su casa y se quedó con su hija.

Los dos vivieron en paz muchos años.

AFANASIEV.

CAPERUCITA

Caperucita, la más pequeña de mis amigas, ¿en dónde está?

—A lviejo bosque se fué por leña, por leña seca para amasar.

—Caperucita, di, ¿no ha venido? ¿Cómo tan tarde no regresó?

—Tras ella todos al bosque han ido, pero ninguno se la encontró.

—Decidme, niño, ¿qué es lo que pasa?

¿Qué mala nueva llegó a la casa?

¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

¿Caperucita no regresó?

—Sólo trajeron sus zapatitos...

¿Dicen que un lobo se la comió!

FRANCISCO VILLAESPEA.

El hombre tiene el amor por ala, y por yugo el deseo.

Hugo.

Los grandes hombres tienen confianza en el destino, conocen parte de su porvenir, porque son parte de su porvenir ellos mismos.

Maeterlinck.

No se trata de saber de donde viene el mal, sino de saber cómo ha de combatirse, como ha de aplicarse el amor.

León Tolstói.

EL ESTUDIO

Se designa con el nombre de "aprendiz" al que se adiestra en algún arte u oficio, y llamamos "estudiante" al que aprende alguna facultad. Es decir, que los conocimientos que adquiere el primero son prácticos, y los del segundo son, por lo regular, teóricas.

Y, sin embargo, tanto los primeros como un gran número de los segundos serían de más provecho si "aprendices" y "estudiantes" lograsen hermanar la teoría con la práctica.

Doy algunas reflexiones al respecto. He aquí una del gran filósofo y pensador Jaime Balmes:

"El perfecto conocimiento de las cosas en el orden científico forma los verdaderos sabios; en el orden práctico, para el arreglo de la conducta en los asuntos de la vida, forma los prudentes; en el manejo de los negocios del Estado, forma los grandes políticos, y en todas las profesiones es cada cual más o menos aventajado a proporción del mayor o menor conocimiento de los objetos que trata o maneja. Pero este conocimiento ha de ser práctico; ha de abrazar también los pormenores de la ejecución, que son pequeñas verdades, por decirlo así, de las cuales no se puede prescindir si se quiere lograr el objeto. Estas pequeñas verdades son muchas en todas las profesiones, bastando para convencerse de ello el oír a los que se ocupan aún en los oficios más sencillos.

¿Cuál será, pues, el mejor agricultor? El que mejor conozca las calidades de los terrenos, climas, simientes y plantas; el que sepa cuáles son los mejores métodos e instrumentos de labranza y que mejor acierte en la oportunidad de emplearlos; en una palabra: el que conozca los medios más a propósito para hacer que la tierra produzca, con poco costo, mucho, pronto y bueno. El mejor agricultor será, pues, el que conozca más verdades relativas a la práctica de su profesión... ¿Cuál es el mejor carpintero? El que mejor conoce la naturaleza y calidades de las maderas, el modo particular de trabajarlas y el arte de disponerlas del modo más adaptado al uso que se destinan. Es decir, que el mejor carpintero será aquel que sabe más verdades sobre arte. ¿Cuál será el mejor comerciante? El que mejor conozca los géneros de su tráfico; los puntos de donde es más ventajoso traerlos; los medios más apropiados para conducirlos sin deterioro, con presteza y baratura; los mercados más convenientes para expenderlos con celeridad y ganancia: es decir, aquel que posea más verdades sobre los objetos de comercio, el que conozca más a fondo la realidad de las cosas en que se ocupa."

De modo que, lector mío, ya seas aprendiz, ya estudiante, lo que debes procurar es conocer a fondo el ejercicio o la facultad de aprender; quiere decir que debes por todos los medios que estén a tu alcance informarte de todas las cosas y detalles que estén más o menos íntimamente relacionadas con tu facultad u oficio. Cuanto más extensos y profundos sean los conocimientos que acerca del mismo adquieras, mayor será el dominio que de él tengas y mayor, por lo tanto, tu ventaja sobre tus competidores.

A. CULLAS.

COMO CURARSE SIN DROGAS

EL AYUNO

El ayuno, como medio de curar las enfermedades, ha sido increíblemente descuidado por los médicos, que son ciegos para cualquier método que requiera algo más de trabajo y de reflexión y un mayor cuidado que el recetar drogas. En los libros de texto oficiales sobre el tratamiento de las enfermedades, escritos por y para médicos, no se hace mención en ningún sitio del ayuno como remedio. Ningún tratado de Fisiología admite la posibilidad de un ayuno de mucha duración.

Los autores no parecen aprender mucho de los hechos y acontecimientos. Son muy testarudos. Desde no sé cuántas generaciones siguen afirmando que ningún hombre puede vivir más de algunos días sin tomar alimentos. Algunos creen que después de un ayuno corto el paciente queda tan débil que le es extremadamente difícil recuperar sus antiguas fuerzas. Es claro que si los profesores no creen que un ayuno largo sea posible ni que pueda ayudar a curar la enfermedad, sus discípulos, o sean los médicos del montón, o lo ignoran también o se burlan de tal idea.

La ciencia moderna exige que nada se dé por supuesto ni se crea así porque sí, sin experimentos o sin observación directa y estudios. Se supone que la Medicina es una ciencia experimental. Se pretende que ha descartado muchas supersticiones antiguas y muchas teorías que no estaban basadas en los hechos. Se pretende que saca su conclusión únicamente de los hechos y que examina éstos sin ningún prejuicio ni ideas preconcebidas. Pues esto no es exacto en muchos casos. Por lo tanto, muchas de las enseñanzas de sus grandes maestros y autoridades no tienen más valor que las supersticiones.

¿Cómo saben los grandes augures de la medicina alópata que un ayuno prolongado es imposible o peligroso? ¿Lo han experimentado personalmente sobre sus propias personas o siquiera sobre otros? Que sepamos, esto no ha sido hecho sino una vez de manera oficial y en un centro oficial de enseñanza, en Boston, en 1912. El doctor Levanzin fué el sujeto del experimento, habiendo durado el ayuno treinta y un días. Pero esto no ha traído ningún cambio en la situación ni ha tenido la fesión médica referente al ayuno. Únicamente se ha conseguido el hecho y el experimento en algunos anales.

Desde luego que los centenares de casos de ayuno que se han dado a conocer en los últi-

mos años y que han sido hechos por razones de tratamiento curativo o por otros motivos, no han sido considerados dignos de atención por parte de nuestros médicos habituales. ¿Cómo va a ayunar un médico o a recomendarlo a sus pacientes, si tiene la creencia de que el resultado de ello puede ser la muerte? Su ignorancia anda de la mano con sus consecuencias lógicas.

Mas el lector nos preguntará: "¿Cómo y de dónde han sacado los profesores de la Medicina su convicción de que el ayuno era peligroso?" Pues de las fuentes, las menos fidedignas. Han aprendido su lección de los naufragos, de los sitiados, de las víctimas de catástrofes en edificios, minas, erupciones de volcanes o temblores de tierra, que estuvieron obligados a estar algún tiempo sin alimentos, o sea de gente cuyo ayuno era forzado por circunstancias excepcionales y cuyo estado de espíritu era de lo más anormal. Es la fuente de información más anticientífica y menos imparcial. Ofrece el material peor para el estudio de los efectos del ayuno, que son considerablemente alterados por el terror y desesperación del que lo hizo y por su ignorancia de suerte definitiva. Esa gente no ha de morir en muy pocos días, no de hambre, pero sí de miedo y exposición a la intemperie. Tienen que aguantar la fatiga, la suciedad, la humedad, la falta de aire puro, la falta de luz, la sed. O bien tienen que respirar gases envenenados. O a veces tienen todo esto a la vez. Si se añade la causa más importante, el estado anormal y altamente excitado de su sistema nervioso, y además que en su infortunio no cesan de creer que han de morir de hambre a los muy pocos días, según han oído siempre decir, se comprenderá que la autosugestión en ciertas circunstancias, como es bien sabido, puede causar la muerte. Los infelices están muy lejos del consuelo que les podría traer el conocimiento del hecho de que sus cuerpos pueden resistir el hambre por mucho tiempo en caso de necesidad.

Esos casos son, además, contados generalmente influencia sobre la actitud de la promente por gente totalmente desprovista de conocimientos científicos, a quien falta la costumbre de la observación seria. Los relatos están generalmente mezclados con bastante cantidad de leyenda o imaginación. No; esos no son casos de los cuales hombres de ciencia pueden sacar conclusiones, que podrían ser de la mayor importancia para la humanidad.

Aparte del experimento oficial sobre el ayu-

no, del cual hablábamos más arriba, hay otra señal de que unos pocos ¡oh, muy pocos! médicos oficiales han visto que puede haber un poder curativo en la abstinencia de alimentos. El doctor Guelpa ha tratado con éxito muchos casos de diabetes por el ayuno en un hospital de París. Un establecimiento de Nueva York ha hecho lo mismo por algún tiempo muy corto. Pero estos ensayos eran tímidos y no han despertado ningún eco, ninguna simpatía entre los doctores en general. Además, el ayuno no duraba más de cinco días y era incompleto, puesto que se permitía a los pacientes tomar zumos de fruta y otros alimentos muy ligeros.

Por otra parte, la mayoría de los que han adoptado el ayuno como remedio han cometido muchos errores. Y uno de ellos ha sido el exagerar su valor.

Toda clase de "chiflados", y mucha gente que combate la medicina, pero sin saber por qué, han ido muy lejos en sus exageraciones. Algunos lo miran como un culto o como una cura infalible para todos nuestros males y dolencias. Otros hasta predicán la necesidad de períodos de ayuno a intervalos regulares para todas las personas, aunque gocen de buena salud.

Los dos extremos son erróneos. El ayuno es un tratamiento maravilloso y muy eficaz; pero tampoco se puede emplear sin discernimiento. Puede hacer, y ha hecho a veces, incontables daños al enfermo.

Valor higiénico de la fruta

Conocidos son los efectos saludables de la fruta sobre el cuerpo humano; sólo ingeridas con exceso llegan a ser nocivas ciertas clases de frutas. El limón es la perla entre las frutas: purifica la sangre y penetra en todas las mucosas y glándulas del cuerpo, purificándolas. Usándolo continua y moderadamente, su jugo llega a reavivar hasta los puntos atrofiados de la mucosa, como se ha observado bastantes veces en gargantas enfermas. El limón disuelve formaciones litíásicas, concreciones reumáticas y gotosas y mata las formaciones fungosas (difteria). Su acción provoca la contracción de los vasos sanguíneos, en lo que consiste su fuerza hemostática y su facultad de fomentar el regreso de la flebectasia.

Higos y dátiles son excelentes alimentos; pero, al secarlos, pierden gran parte de sus cualidades. En estado fresco los granitos de los higos son sanos; pero, secados, obstruyen fácilmente los canalitos de los riñones y del hígado. La acción de la naranja es más suave que la del limón. Su jugo también penetra en las mucosas, pero obra más electrizante. Las

cortezas de naranja y limón contienen los mismos principios amargos electrizantes que los melocotones, pero mucho más concentrados, y empleados parcamente surten los mismos efectos.

La manzana, una de las clases de fruta más cultivada, contiene mucho hierro, y es de recomendar, por lo tanto, en la anemia como medio auxiliar para la formación de la sangre. Es rica en oxígeno, que pasa a la sangre, con lo cual facilita la actividad de los pulmones en los estados asmáticos; pero ante todo nutre el bazo y por medio de éste el cerebro. De ahí se derivan los brillantes éxitos que se han logrado en enfermedades nerviosas mediante la nutrición con pan de cebada y manzanas. Por la misma razón pasa la manzana por ser un excelente calmante y medio somnífero.

La pera es muy nutritiva y contiene mucha cal para la formación ósea. Se disuelve principalmente mediante la saliva y es expelida por los riñones; por eso su acción es más diurética que la de otras frutas, pero mal masticada molesta y produce obstrucción del estómago y del intestino, y al existir un riñón débil, obstruye también los finos canículos urinarios.

Las ciruelas son muy nutritivas: obran poderosamente sobre el intestino; pero, estando éste irritado, produce diarreas. Limpian los pliegues del intestino, pero a causa de la propensión a fermentar que tiene su corteza, provocan fácilmente flatulencia e hinchazón del vientre. Por eso es preferible pelar las ciruelas.

Melocotones y albaricoques animan las paredes del estómago; asimismo obran favorablemente sobre el pulmón y el hígado, favoreciendo la secreción de la biel. De particular valor resulta la corteza de ambas clases de fruta.

Las uvas purifican la sangre, el pulmón, el hígado y el bajo vientre.

Las fresas son ricas en fósforo; por lo tanto, son un excelente remedio para los nervios. Ingeridas en demasía excitan la sangre hasta producir fiebre (fiebre articular). El tomate tiene su puesto entre la fruta y las legumbres. Su jugo pasa por los riñones y el bazo limpiando la sangre y los nervios. En casos de cefaleas, herpes, sarampión y toda clase de manifestaciones de sangre impura, su acción supera a la de la fruta.

Las nueces dan grasa a los nervios, sobre todo el coco maduro. Las cortezas de la almendra contienen ácido prússico, por lo cual atacan fácilmente los ligamentos superiores de la glotis, causando ronquera. Las avellanas son las nueces más finas y sanas.

UNA PROMESA IMPRUDENTE

Por MAX Y ALEX FISCHER

I

Los Moutier decidieron aprovechar el haberse mudado de piso para señalar un día de recibo a sus samistades. Fijaron el primer domingo de cada mes.

La primera vez, el mes último, el 3 de noviembre, el domingo 3 de noviembre, Gisela y Gustavo Moutier debían "quedarse en casa" de cuatro a siete.

A las tres y media, de vuelta los dos de hacer sus compras, se encontraron en la puerta de la calle, ambos cargados de paquetes.

—¿Y bien? ¿Has encontrado pasteles? — preguntó Gustavo.

—Sí... unos bizcochos borrachos y unos babás excelentes en una modesta pastelería de poca apariencia, pero muy acreditada... Y a diez céntimos nada más.

—Muy bien.

—¿Y tú? ¿Los vinos? ¿Tienes lo necesario?

—¡Todo lo necesario!... Un económico oportuno en unas botellas de suciedad tan repugnante, que apenas si se atreve uno a tocarlas con las manos y que tienen el aspecto de ser anteriores a la invención del vidrio... Y no adivinarías a cómo lo he pagado... ¡Treinta y ocho sueldos la botella!

Iban a empezar la ascensión, escalera arriba. Moutier retuvo a su esposa por un brazo.

—¿Y la portera?...

—¿La portera?... ¿Para qué?

—Ya lo sabes... Para hacerle aquel encargo que dijimos...

Se dirigieron a la portería. Con aire de humildad rogaron a la señora Ludovico, la portera, que cuando sus amigos le preguntaran en qué piso vivían, no respondiera "en el quinto", sino "en el cuarto... con entresuelo".

Para estar más seguros de que les concedería esta pequeña satisfacción de amor propio, añadieron:

—A propósito, amable señora Ludovico: tenemos unos pasteles. Cuando se hayan ido nuestros amigos, tendremos mucho gusto en bajarle algunos.

II

Los Moutier habían comprado, en obsequio a sus amigos, veinte bizcochos borrachos y veinte babás.

A las ocho menos cuarto de aquel domingo, 3 de noviembre, después de que sucesivamente una docena de personas, entre las cuatro y las siete, hubieron apoyado sus pulgares en

el botón eléctrico colocado en la puerta del piso, después de que habían hundido sus riñones durante cincuenta minutos en uno de los cuatro sillones colocados a lo largo de las paredes del salón, y de haber comprobado que alguno de los amigos no sabía estar de visita, los Moutier hicieron el inventario de los pasteles que se habían ahorrado.

—Catorce — afirmó Moutier: — quedan catorce.

—¡Qué suerte! — exclamó la mujer. — Por una vez vamos a poder regalarnos.

Acababan los dos de calcular mentalmente que, aun dando dos pasteles a la criada, les sería permitido, al final de la comida, tomar seis cada uno, de postre.

Moutier, bruscamente, exclamó:

—¡Caramba!... ¿Y la portera?...

—¡Es verdad!... — asintió la señora Moutier. — ¡La habíamos olvidado!... ¡Es divertido haberse de imponer una privación por esa vieja!

—En fin, cosa prometida, cosa debida... — afirmó Moutier. — Es, sin duda, enojoso, ya que sólo nos van a quedar tres para cada uno, pero... ¡bah, tanto peor!... No se puede hacer otra cosa: hay que bajarle seis.

Resumiendo su sentimiento y el de su mujer, había dicho "cosa prometida, cosa debida". En su consecuencia, pocos minutos después llevaba seis pasteles para ofrecérselos a la señora Ludovico.

En el momento de ir a cerrar tras sí la puerta, cambió de opinión:

—Oye, Gisela.

—¿Qué quieres?

—Seis... ¿Crees necesario que se le lleven seis a esa vieja sucia?... ¿No crees que cuatro serán suficientes para esa boca desdentada?... Pues bien, escucha... Sí. Vuelve al comedor este bizcocho y este babá. La cosa es sencilla: le diré que hemos tenido más visitas de las que esperábamos, que nosotros creíamos que quedaría más para ella, y que la próxima vez, el domingo próximo, haremos por llevarle algunos más.

III

Por segunda vez, ayer, domingo 5 de diciembre, el señor y la señora Moutier "se quedaron en casa".

A las cuatro menos cuarto, sobre un velador de la sala, estaban los cuarenta pasteles en orden de combate, y el regimiento de vasos desplegado en línea a las órdenes de las botellas.

Desde las cuatro, Gisela y Gustavo, ataviados con sus mejores galas, esperaban impacientes la llegada de sus amigos.

Dieron las cuatro y media. Dieron las cinco menos cuarto. Dieron las cinco. Ningún visitante se había dignado aún llamar a la puerta.

—¿Qué pasa?... — dijo, extrañado, Gustavo.

—¡No se comprende!... — dijo, extrañada, Gisela.

Dieron las cinco y cuarto. Dieron las cinco y media. Dieron las seis menos cuarto. Ningún visitante, sin excepción, se había dignado llamar a la puerta.

A las seis, Moutier no pudo contener su mal humor.

A las seis, Montier no pudo contener su mal humor.

—¡Ea, basta! ¡Yo ya he esperado bastante a estas gentes que se burlan de mí! ¿No has sido tú la que has querido tener días de recibimiento? Pues tú recibirás sola a tus amigos... ¡si vienen! Yo me voy a la calle a fumar un pitillo.

Pocos instantes después estaba ya al pie de la escalera y acababa de abrir la puerta de cristales que da acceso al vestíbulo del inmueble, disponiéndose a salir a la calle. Entonces, cuando nadie podía sospechar que él estaba en aquel sitio, fué cuando descubrió la causa por la cual ninguna visita había llamado aquel día a su puerta.

Dos personas — que, aunque las vió sólo de espaldas, conoció que eran sus amigos, el señor y la señora Salignac — acababan de abrir la puerta de la garita de la señora Ludovico y de preguntarle en qué piso vivía él.

La portera, con voz lo bastante fuerte para que pudiera oír palabra por palabra, respondió, écnica e imperturbable:

—En el quinto; pero es inútil que se cansen ustedes en subir... No están. Han salido inmediatamente después de almorzar.

Luego, mientras los Salignac, visiblemente contrariados, se alejaban, la señora Ludovico, en voz tan alta que Moutier la oyó perfectamente, y volviéndose hacia el fondo de la portería y dirigiéndose a su marido, que tumbado en el un sillón leía el periódico, dijo jovialmente y tapándose las piernas:

—¡Es gracioso, Ludovico!... ¡Hoy esto marcha! Dos pasteles más que no se comerán los tragones de la banda de los Moutier. ¡Lo que nos vamos a regalar esta noche los dos con lo que nos bajen de lo que les haya quedado a esos cicateros!

EL CORAJE

El coraje para todos vosotros — coraje de todas las horas — consiste en soportar, sin doblegarse, las pruebas de todo género, físicas y morales que la vida prodiga. El coraje no consiste en librar nuestra voluntad al azar de las impresiones y las fuerzas; sino en mantener, en los desfallecimientos inevitables, el hábito del trabajo y de la acción. El coraje en el desorden infinito de la vida que por todas partes nos solicita, consiste en elegir un oficio y desempeñarlo bien, cualquiera que él sea; en no desechar el detalle minucioso o monótono; convertirse, en tanto que se pueda, en un técnico perfecto; en aceptar y comprender esta ley de la especialización del trabajo que es la condición de la acción útil, y procurar entretanto a nuestra vista, a nuestro espíritu, perspectivas más extensas y mejores.

El coraje, consiste en ser simultáneamente, y sea cuál fuere el oficio, un práctico y un filósofo; en comprender nuestra propia vida, en precisarla, y profundizarla, establecerla y coordinarla a la vez, con la vida general. Coraje es vigilar celosamente nuestra máquina de hilar o tejer, para que ningún hilo se rompa, y preparar, entre tanto, un orden social más amplio y más fraternal donde la máquina sea la servidora común de los trabajadores liberados. Coraje, es aceptar las nuevas condiciones que la vida crea a la ciencia y al arte, acoger y explotar la complejidad casi infinita de los hechos y detalles, e iluminar, a la vez, mediante ideas generales, esta enorme y confusa realidad; organizarla y enaltecerla por la sagrada belleza de las formas y los ritmos. Coraje es dominar nuestras propias faltas, sufrir por ellas; pero no acobardarse y continuar el camino. Coraje es amar la vida y mirar la muerte con tranquila mirada; es marchar hacia el ideal comprendiendo lo real: es obrar y entregarse a las grandes causas ignorando qué recompensa reserva a nuestro esfuerzo el universo profundo, y acaso si la reserva; coraje es investigar la verdad y decirlo; es impedir el imperio de la ley de la mentira triunfante que pasa, y no hacer eco, en nuestra alma, en nuestra boca, y en nuestras manos, a los aplausos imbéciles y a los hurras fanáticos.

JUAN JAURES.

SUEÑO

Soñé que iba entre el tardío Otoño a lo largo de las riberas de un desierto. En ellas habían sido arrojadas perlas y piedras. Llené mis manos con ellas, y el brillo pálido de cada perla tenía el valor de siete años de ensueño y de deseo...

Mas he aquí que llegé a mis oídos el canto de un ave. Me puse a temblar porque me pareció escuchar la voz que durante toda mi vida me fué tan querida como la vida misma... Y, lentamente, dejé caer las perlas, porque me parecieron sin brillo y sin valor alguno...

CARE KJERSMEIER.

MAX Y ALEX FISCHER

GLOSARIO POLITICO

En la política ocurren cosas curiosísimas. La desvergüenza de los políticos ha llegado a su máximo. Para conseguir número en la asamblea hay que cazar a lazo a los legisladores.

No quieren trabajar — si a eso se le puede llamar trabajo sin deshonrar la palabra.

¿Se les cita para tal día? Inmediatamente Mengano se ausenta para tal punto, Zutano se siente atacado de influenza, Perengano va tranquilamente al corso y la cámara pasa a cuarto intermedio por falta de número.

El único día que no se registra ni una falta es el de pago.

Los partidarios del ciudadano Irigoyen, en Córdoba, habían resuelto conmemorar la fecha de la revolución de 1905, yendo al cementerio de San Jerónimo, a media noche, a visitar las tumbas de los caídos en la tal revuelta.

El intendente ha prohibido este acto grosero, con lo que ha dado pruebas de sentido común. Pero la intención de los dirigentes radicales nos ha dejado perplejos.

¿Es tan estúpida la masa del partido de las boinas blancas que se alimenta de espectáculos impresionantes?

Esto va en camino de convertirse en una nueva y ya muerta religión. Como es natural habría que posternarse ante San Hipólito y demás satélites, con la ventaja de que se podría obtener un empleo de peón de aduana, en el momento oportuno.

En el asunto del famoso monseñor que por amor a Jesucristo sigue cobrando sus ochocientos pesos de sueldo de la Contaduría Nacional, el gobierno está jugando un papel estúpido.

Se nos han revelado nuestros gobernantes como unos santurriones de corte antiguo que, por temor al infierno, siguen pagando los gastos.

El ciudadano Leopoldo Melo ha sido reelecto senador nacional. El hombre si mucho no nos equívocamos tiene una hija o una sobrina poetisa; vale decir, que hace versos.

¡Que gracia! Cualquiera de esas chicas fabriceras, si les cayera en suerte un tío con el cargo de senador vitalicio, serían capaces de componer hasta una sinfonía.

El peludo, el santón de los analfabetos, el padre de los estúpidos que corren detrás de los tambores de los boy-scouts y se emocionan hasta las lágrimas cuando saludan a la bandera, está en plena actividad política.

La actividad política de Irigoyen es ésta: él sabe que su figura de mártir sacrificado por la causa produce en el ánimo de los analfabetos de provincias un grandísimo efecto. Entonces viaja. No dice nada o dice cosas banales; pero se asoma a la ventanilla en todas las estaciones, mira con ojos extáticos a la muchedumbre, extiende la mano paternalmente, abre los dedos y la gente

delira, grita, patalea, aplaude rabiosamente, incluso el jefe de estación.

¿Qué cuál es el secreto? Bien sencillo. Los ojos del peludo máximo dicen:

“¡Ahora estoy en el llano, dejen nomás!”

Y las manos que se abren sobre las cabezas desnudas de los partidarios dejan escapar un poderoso fluido:

¡Empleos!... ¡empleos!...

Sin embargo, debemos agradecer a Irigoyen la innovación política de “la propaganda muda”.

Entre escuchar un largo discurso lleno de vaciedades y no oír sino los gritos de “viva el doctor”, optamos por esto último.

Es un decir, porque a nosotros se nos importa un comino la propaganda peludista.

Elpidio González que ha sido jefe de policía antes que vicepresidente de la nación, está trabajando en el sentido de que voten los agentes de policía de Córdoba, con lo que el triunfo de la fórmula irigoyenista sería un hecho, agregados que sean los frailes y los muertos.

CORTE DE AMOR

Florilegio de nobles
y honestas damas ::

— POR —

Don RAMON DE VALLE-INCLAN

Esta obra se publica
en el tomo 6 de ::

CLASICOS DEL AMOR

* que se pondrá en venta el *
Miércoles 11 del mes corriente

a 30 centavos cada ejemplar, se venderá en
todos los kioscos y puestos de periódicos

LAS FLORES DEL MAL

POR

CARLOS BAUDELAIRE

SE PUBLICA EN EL VOLU-
MEN 23 DE “LOS POETAS”
QUE SE PONDRÁ EN VENTA
EL JUEVES 12.

:: 20 CENTAVOS CADA EJEMPLAR ::

BIBLIOGRAFIA

LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS

Las horas alucinadas, nocturnos y otros poemas, por Evar Méndez

Evar Méndez ha dado a luz un nuevo libro de versos titulado "Las horas alucinadas".

Pertenece este joven poeta a los parásitos literarios que cantan al cisne, a la luna, al otoño, al lago azul y a los surtidores. La melancolía, la abulia, el pesimismo, en fin, sivinga a todo trapo.

Más que un trabajo original el libro en cuestión es una suerte de imitaciones poco afortunadas. Darío, Verlaine, Reissig y otros de segunda magnitud, son los patronos de estos versos de una época ya olvidada.

Los elementos poéticos de Evar Méndez son extraídos, no de la vida, sino de lecturas asimiladas sin ningún control intelectual.

Acaso lo malo de esa literatura del pasado es lo que más hondamente se ha arraigado en su espíritu. A parte de que son cosas ya gastadas por el uso, nada nuevo nos dicen y que han sido repetidas por multitud de líbreros de reconocida mediocridad.

Viene, pues a presentarnos, este libro, el caso curioso de un hombre joven en estado fósil. Un poeta sin ojos y sin oídos para los verdaderos dolores del mundo. Un hombre que canta a la princesita azul y se ha desflorado con una ramera hedionda; un hombre que en sus versos liba ambrosía y en la realidad come en la fonda del pinchazo.

Canta al organillo y no piensa ni le preocupa la precaria vida del que voltea el manubrio; ni le asquean sus manos verdosas encallecidas. Nos agnuela con sus lamentaciones, con la exposición de sus penas pueriles, de sus dolores intangibles, que se debía callar porque es una vergüenza hablar de esas cosas en un mundo donde hay tanto dolor y tanta tragedia verdadera.

Y pensando esto, recordamos los primeros versos del Prólogo del malogrado Juan Pedro Calos que duerme injustamente en el olvido:

*Yo no canto las rosas ni la melancolía,
ni el nublado recuerdo de un afectivo día,
ni la luna que pasa por el lejano cielo
como los corazones que duermen en el duelo...
Yo no canto a la amante que murió en primavera
ni la ilusión que endulce la cuita verdadera!
Vengo para incitaros al ansia permanente
de reavivar el fuego de la pena creciente.
Mal hombre es aquel hombre que en su dolor, pe-
[queño,
No se capuz de la férvida integridad del leño!*

Santiago Roque Palazzo, por Julio César Ford

Ford nos cuenta algo del pintor Santiago Roque Palazzo, que murió en la miseria sin poder realizar su ideal artístico.

El propósito de difundir la incipiente obra pictórica del amigo ausente, es de por sí plausible.

Como no conocemos la pintura de Palazzo no estamos en condiciones de apreciar el fondo de verdad que pudiera contener este ensayo, como lo califica su autor.

Creemos, eso sí, que si se hubiera despojado de cierto tonito magistral que campea en casi todos los capítulos, y hubiera puesto más atención en la prosa, por veces incomprensible, Ford hubiera cumplido su deseo de muy otra manera.

Los versos a Riganelli, que no sabemos porque aparecen en este folleto a manera de pórtico, son muy, pero muy malos.

No reincida.

Nosotros

Hemos recibido el número de *Nosotros* correspondiente al mes de enero. Lo más importante del sumario, un artículo de Ingenieros, no aparece en la revista, posiblemente debido a un error de compaginación.

Los trabajos que figuran en este número no acusan ninguna mejoría como se podía esperar con la vuelta de Bianchi y el reintegro de Giusti.

El sumario es pobre, pobre de solemnidad. Todavía, en 1925, nos vienen jeringando con las prosas de Rafael Obligado, que en paz descansen. Todavía, todavía nos están amolando con el valor y la influencia literaria de Groussac. En una palabra: trabajos de arqueología.

No podía faltar en este número, para empeorarlo, la consabida página de las poetisas. Esto merece un breve comentario aparte.

Una de ellas, la poetisa Adler, se planteó un curioso problema espiritual.

*Porque quisiera como tu — ¡oh, árbol! —
Cumplir humana y religiosamente.*

Opinamos que no va a poder satisfacer sus deseos. Si cumple con la vida, Dios se lo echará en cara. Si cumple con Dios su hombre le dará calabazas. ¡Dios mío, qué difíciles se ponen los tiempos!

La otra poetisa, Carmen Argenti, se deshace en lamentaciones... ¡porque ha olvidado al novio! ¡Qué caso raro! E escuchemos:

*Ese miedo dulce, ese miedo suave
de que te alejaran otros de mi lado,
hoy ya no es posible, en mi alma no cabe
ya está sepultado.*

¡Oh dolor! Decididamente las mujeres solo sirven para fregar cacharros. Hay que creer o reventar. Y esto todavía no lo saben en *Nosotros*, que si no reacciona cerrando sus puertas a los escritores tilingos que figuran en sus páginas, va en camino de convertirse, en breve tiempo, en una suerte de Tib-Bits de la literatura.

L. B.

EL PROXIMO NUMERO DE
LOS PENSADORES
APARECERA EL MARTES 24 DE MARZO.



A Vd. LE CONVIENE

conocer las condiciones liberales que ofrecemos a todos los hombres de trabajo para otorgarles un

CREDITO EN 10 MESES

Pida en 10 meses y en pocas horas podrá efectuar sus compras en la acreditada casa Muro y Cía. Nuestra numerosa clientela obrera es una garantía de seriedad y corrección en nuestro sistema de ventas.

MURO y CIA
BME. MITRE-ESQ. MAIPU

